

Bianca®

Heridos en el corazón

Carole Mortimer

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

HERIDOS EN EL CORAZÓN, Nº 1568 - julio 2012
Título original: His Bid for a Bride
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-0707-5
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Prólogo

Era atracción sexual. Pura y sencillamente; salvo que para Skye no tenía nada de pura ni de sencilla en aquel momento.

Se sentía caliente y febril, sabía que sus mejillas debían de estar rojas y sus ojos debían de brillar más de la cuenta, y le costaba respirar. Tenía los pezones duros bajo el jersey rosa ajustado y sentía un deseo ardiente entre las piernas.

Sentía todo aquello a pesar de no estar segura de que le gustara el hombre responsable de aquellas sensaciones nuevas y desconcertantes.

–Connor, no tengo intenciones de venderte a Tormenta sólo para que pueda romperle el cuello a tu preciosa hija la primera vez que intente montarlo delante de sus amigos –le estaba diciendo Falkner Harrington al padre de Skye en un tono mordaz.

Falkner Harrington. Arrogante, condescendiente, burlón. Tenía el pelo rubio y largo, lo que debería resultar ridículo a una edad propia de estilos mucho más cortos, pero que en él sólo reafirmaba su masculinidad, pues remarcaba sus facciones duras, las cejas rectas sobre sus ojos azules, nariz arrogante, labios sensuales que en aquel momento reflejaban desdén, mandíbula cuadrada; rasgos que enfatizaban su aspecto indomable.

Skye reconoció compungida que su padre, mucho más conservador en traje y corbata, parecía un gato doméstico enfrentándose a la fiereza de un felino salvaje.

–Skye ya montaba antes de saber andar –dijo su padre sonriendo–. Falkner, le prometí a mi hija que le regalaría un caballo árabe al cumplir los dieciocho –le explicó antes de que el hombre más joven pudiera continuar con su escarnio–. Es más, tú sabes tan bien como yo que el carácter impredecible de Tormenta no va bien para el circuito de saltos.

A sus treinta y dos años, Falkner Harrington era uno de los mejores jinetes de saltos del mundo desde hacía diez años, aunque, como Skye sabía por los periódicos, era tan conocido por sus

proezas fuera del circuito de saltos como por las de dentro.

Sin embargo, a ella le parecía que tenía mucho descaro al hablar a su padre de forma tan condescendiente, cuando la compañía de whisky de aquél había sido su patrocinadora durante los últimos siete años. Tampoco le gustaba que la viera como a una niña rica que no sabía nada de caballos y que sólo lo quería para alardear de él ante sus amistades.

–¿Skye? –se burló Falkner, mirándola con frialdad–. Apellidándose O'Hara, ¿no le habría quedado mejor llamarse Escarlata?

La joven estaba segura de que el comentario tenía más que ver con su cabellera pelirroja por la cintura, recogida en una cola de caballo, que con su apellido, y se le encendió la cara ante la rudeza de aquel hombre, como si su nombre fuera más normal. Aunque tuvo que admitir que pegaba con su aspecto vikingo.

–Tengo los ojos azules –habló ella a la defensiva por primera vez, con voz ronca y con un ligero acento irlandés.

–Es verdad –contestó Falkner, mirándola a los ojos y absorbiendo la belleza de su rostro, su jersey rosa sobre los pechos duros y unos vaqueros que se ajustaban a sus largas piernas–. Y tienes casi dieciocho años –repitió con escepticismo, como si le costara creerlo.

Medía casi un metro setenta y su pelo, cuando no estaba sujeto, era una mezcla de rubio, castaño y cobrizo; su piel, pasada ya la pubertad, era pálida e impecable, y su figura quizá más cerca de la delgadez que de la voluptuosidad, pero ya habría tiempo para esta última. En cualquier caso, Skye decidió indignada que no tenía nada que justificara que aquel hombre la mirara como si no fuese más que una niña precoz.

–Vamos, Falkner –siguió el padre–. Sólo por dejar que Skye le eche un vistazo no va a pasar nada, ¿no?

–No, claro –aceptó, sin dejar de mirar a la chica como si la estuviera evaluando.

Una mirada que a ella le sentó realmente mal, y deseó que la dejara acercarse al semental aunque fuera una vez para demostrárselo. Suspiró y forzó una sonrisa, algo nada fácil teniendo en cuenta que los estaba insultando a su padre y a ella.

–Me encantaría ver a Tormenta, señor Harrington. Mi padre no

hace más que contarme sus alabanzas desde que lo vio la semana pasada.

La mirada azul de Falkner Harrington se tornó al padre.

–No sabía que habías venido a ver a Tormenta, Connor –murmuró.

Skye también miró a su padre y se dio cuenta por su mirada de reproche de que acababa de meter la pata.

–Coincidió que estuve haciendo negocios por aquí la semana pasada. Tú estabas fuera en una competición, pero tu mozo de cuadra fue tan amable de dejarme ver al semental del que tanto me habías hablado.

–¿En serio?

El porte relajado del jinete no había cambiado más que por un ligero parpadeo, pero aun así su descontento era tangible, y Skye no tenía muchas esperanzas de que el mozo saliera indemne, al menos verbalmente, de aquello.

–Es lógico que mi padre quiera ver algo que tiene intención de comprar, ¿no?

–Lógico, sí –repitió Falkner mirándola fríamente–, si hubiera tenido alguna idea de que tu padre pretendía comprarme un caballo. Y menos Tormenta.

–Pero, ¿por qué iba a querer quedárselo si no sirve para saltar? –continuó Skye, consciente de que su padre, como patrocinador, sabía lo que costaba mantener a un caballo que sirviera para competir, por no hablar de los que no servían.

–¿Pudiera ser que precisamente porque no vale para eso tengo mis dudas de que pueda servir para una jovencita que apenas acaba de dejar el aparato? –replicó Falkner.

Skye se irritó, y se preguntó cómo aquel hombre podía saber que había llevado aparato en los dientes hasta hacía tan sólo unos meses. Por el rabillo del ojo vio cómo su padre se removía en su silla al ver el creciente malhumor de su hija, pero ella estaba demasiado indignada como para tenerlo en cuenta.

–¿Así que no está dispuesto a dejarme ver a Tormenta?

–No tengo ningún problema en que lo veas –se encogió él de hombros.

–¿Entonces?

–Sólo en que te lo quedes.

Skye abrió la boca pero la volvió a cerrar cuando su padre se sentó hacia delante y le rozó el brazo. Lo miró, consciente de la frustración que debía de revelar su rostro, y lo vio mover la cabeza de modo apenas perceptible antes de volverse al joven.

–Como ya sabes, Falkner, tengo un establo bastante impresionante en Irlanda, y mi hija aprendió a montar allí. Es muy buena amazona. De hecho, tiene nivel de profesional.

–Ya hemos acordado que el carácter de Tormenta no es adecuado para ese tipo de vida –reprochó él, tras dirigir de nuevo su fría mirada a la joven.

–Nos conformaremos con verlo –le insistió Connor.

–Si insistís –aceptó él tras una rápida mirada a su reloj, consciente de que le debía al menos aquello al hombre que lo patrocinaba–. Tormenta debería haber vuelto ya de su galope.

Se levantó y Skye comprendió por qué la había mirado hacia abajo con aquella arrogancia. Con su metro noventa y cinco debía de estar acostumbrado a descollar sobre todo el mundo. En cambio, su padre, a quien ella siempre había admirado, parecía mucho más bajo, a pesar de la anchura de sus hombros. Falkner Harrington también era ancho de espaldas y tenía las piernas musculosas.

El establo, tal y como había descubierto Skye cuando lo habían visitado su padre y ella unos minutos antes en el coche alquilado, era una empresa gigantesca y, a pesar del aspecto abandonado de la casa, tanto por dentro como por fuera los establos y el picadero eran del más alto nivel. Skye pensó, contrariada, que debían serlo, puesto que era la empresa de su padre, O'Hara Whiskey, la que pagaba todo aquello.

Sin embargo, mientras los acompañaba fuera, y a pesar de todo el resentimiento que sentía hacia él tanto por su parte como por la de su padre, se dio cuenta de que la atracción sexual que sentía hacia Falkner Harrington crecía hasta extremos agobiantes.

Era un hombre obviamente esbelto y en buena forma; sin embargo, era su magnetismo animal lo que la hacía temblar de deseo, y lo que la hacía ser consciente de cada centímetro de su cuerpo de un modo del que nunca lo había sido.

Pero incluso aquellas sensaciones perdieron todo su valor al entrar al establo, donde Skye se enamoró por primera vez en su vida. Era fantástico; alto, oscuro y tan bello que quitaba el aliento, y

su cara preciosa cuando la miró con curiosidad arrogante.

Tormenta.

Su padre le había contado que el semental era magnífico, totalmente negro y con la fina delicadeza por la que eran conocidos los caballos árabes, pero no le había advertido de su impresionante belleza.

–Gracias, Jim.

Falkner Harrington tomó las riendas de manos del mozo que acababa de regresar de entrenar al magnífico semental, y acarició el cuello del caballo.

–¿Qué te había dicho, Skye? –preguntó su padre, entusiasmado–. ¿No es lo más bonito…?

–Perdonen que los interrumpa –dijo una mujer de mediana edad que se aproximaba a ellos–. Señor O'Hara, lo llaman por teléfono.

–Ah –asintió él–. ¿Puedo dejarte a Skye unos minutos, Falkner? Necesito contestar esta llamada.

–Adelante –aceptó el joven–. Skye estará totalmente a salvo conmigo.

Ella lo miró con odio y después sonrió a su padre, pues sabía que esperaba impaciente la llamada de su hermano Seamus desde Irlanda.

–Ya ves a qué me refiero –Falkner apenas esperó a que el padre desapareciera para dirigirse mordazmente a Skye, mientras el caballo se movía nervioso y reflejaba en sus ojos marrones su disconformidad con aquel cambio en sus rutinas–. Tormenta no vale para una principiante de peso ligero.

–¡Una principiante…!

Su padre no había exagerado al decir que llevaba montando a caballo antes siquiera de saber andar. Su madre había muerto cuando ella tenía menos de un año, e inmediatamente después del funeral en Inglaterra, su padre lo había vendido todo y había regresado a su Irlanda natal para hacerse cargo del negocio familiar de su padre, el viejo Seamus, llevándose a la pequeña Skye consigo. Allí no la había dejado en manos de una niñera sino que se la había llevado siempre consigo, tanto a la oficina como a los establos, su gran pasión.

Skye gateaba entre las patas de los caballos y la subían a lomos de éstos antes incluso de poder mantenerse en pie, y ya a los dos

años los llevaba con las riendas, llegando a salir a montar con los mozos en su entrenamiento diario cuado tenía ocho años. Por tanto, no podía soportar que la llamaran principiante.

Sin pensar en lo que hacía, de repente Skye le quitó las riendas de las manos a Falkner y subió con agilidad al caballo para cabalgar por las tierras que había visto detrás de la casa. Fue emocionante, y Tormenta respondía al mínimo toque, feliz de hacer lo que más le gustaba, correr libre, con su negra crin al viento, estirando el cuerpo mientras sus cascos golpeaban la tierra cubierta de hierba, y parecía volar al saltar una valla casi sin esfuerzo.

Montar a Tormenta fue la experiencia más excitante de su corta vida, y se sabía totalmente perdida en la felicidad del momento. Tanto que no se dio cuenta de que ya no estaba sola hasta que una mano agarró las riendas y tiró de ellas, provocando que Skye casi cayera sobre la cabeza de Tormenta cuando éste se detuvo en seco.

–¿Estás loco? –se volvió a Falkner, sobre lomos del que ella reconoció enseguida como Chico O'Hara–. Podías haberme tirado.

Falkner respiraba agitadamente y la ira se reflejaba en su rostro mientras se bajaba del caballo y agarraba con fuerza el brazo de Skye para desmontarla.

–¡Estúpida! –la zarandeó–. ¡Podías haberte matado!

–No –negó ella, sonriendo con confianza en sí misma–. Yo…

–¡Sí! ¡O a Tormenta! –añadió, lo que, probablemente, era lo que más le preocupaba.

Antes de que Skye pudiera protestar, los labios de Falkner se posaron en los de ella, con más furia que amabilidad. Ninguna de las experiencias anteriores con el par de chicos con los que había salido la habían preparado para aquel beso adulto, en el que Falkner no le dio cuartel mientras movía con fuerza la boca, y sus brazos de acero la apretaban con tanta fuerza que a Skye le costaba respirar. Justo cuando la joven pensaba que no iba a resistir más, Falkner la soltó y la miró fríamente, respirando con dificultad y con los músculos y los tendones tensos de la rabia.

–Eres todo lo que había pensado que eras, ¡y más! –le dijo–. Además eres totalmente irresponsable, mimada, imprudente. Pero sobre todo estúpida.

Con una última mirada de ira, Falkner montó en Tormenta y se fue sujetando por las riendas al Chico O'Hara, dejando a Skye en

mitad de Berkshire Downs teniendo que volver andando al establo, donde sabía que la esperaban no sólo la furia de Falkner Harrington sino también la de su padre. Aunque lo peor de todo era que sabía que Falkner nunca dejaría que su padre le comprara a Tormenta.

Capítulo 1

Cuánto tiempo más piensas quedarte tumbada en esa cama de hospital compadeciéndote de ti misma?

Skye se quedó paralizada al oír aquella voz arrogante y cerró los ojos como si con ello pudiera hacer desaparecer a su dueño. A pesar de que hacía más de seis años que había visto por última vez a Falkner Harrington, nunca podría olvidar aquella forma de hablar arrastrando las palabras que reflejaba la tremenda seguridad en sí mismo.

–He dicho…

–¡Ya he oído lo que has dicho!

Skye se volvió a él, y se echó un poco hacia atrás al darse cuenta de que Falkner se había acercado a la cama y tenía que doblar el cuello para mirarlo. Atracción sexual.

A pesar de todo por lo que había pasado, y por lo que aún estaba pasando, el escalofrío que recorrió su cuerpo sólo con ver a Falkner le indicó que nada había cambiado en lo que respectaba a su atracción por él.

Aunque notó que el hombre había cambiado algo. Ya no llevaba el pelo largo, que además ahora adornaban mechones grises, aunque su rostro seguía siendo igualmente hermoso y sus ojos azules la observaban evaluadores al comprobar su propio cambio. Además, Skye pudo descubrir arrugas alrededor de sus ojos y de su boca escultural que no estaban allí seis años antes, unas arrugas de dolor y de determinación.

Una semana antes habría sabido perfectamente lo que habría visto Falkner al mirarla; ahora llevaba el pelo corto y la redondez de su cara se había afinado, dejándole hoyuelos en las mejillas bajo los ojos azules. En cuanto a las curvas que entonces tanto había deseado, si bien ahora estaba más delgada, las largas horas de ejercicio le habían proporcionado un cuerpo perfecto. Sin embargo, desde hacía una semana no se había mirado al espejo; tampoco se había peinado ni maquillado, ni siquiera había mirado el camisón

de hospital que llevaba.

–¿Bien? –gruñó impaciente Falkner ante su silencio.

Ella suspiró de agotamiento, odiándolo por hacerla esforzarse para responder. Deseó que la dejara tranquila, que todo el mundo la dejara tranquila.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó.

–Visitarte –contestó él con una sonrisa burlona.

Como para demostrarlo, colocó una silla junto a la cama y se dejó caer en ella, dejando traslucir la rigidez de su pierna derecha.

Tres años antes, Skye se había enterado por los periódicos de que Falkner había sufrido graves heridas cuando su caballo había tropezado en un salto y él había caído debajo, rompiéndose las dos piernas. Una de ellas sufrió una fractura tan grave que tuvo que pasar casi seis meses en el hospital. Por el modo en que movía ahora la pierna derecha, era obvio que, aunque curada, no había recuperado del todo la movilidad.

–No recuerdo haberte dicho que te sentaras –le espetó Skye, irritada por su exceso de confianza–. De hecho, ni siquiera recuerdo haberte invitado a venir.

–Como tienes tantas visitas, ¿verdad? –repuso él, totalmente imperturbable, y Skye notó cómo la rabia le encendía las mejillas–. Lo siento; eso ha sido imperdonable –se disculpó.

–Un reportero entró el día después haciéndose pasar por mi hermano, y llegó a hacerme una foto antes de que se dieran cuenta del error y consiguieran echarlo.

–Sé todo eso. La fotografía salió en los periódicos hace unos días.

Ella se encogió de hombros. No había visto la fotografía; ni siquiera había visto un periódico desde hacía días, aunque sabía que no sería muy favorecedora. También sabía que no le importaba.

–Desde entonces no acepto visitas. Lo cual me recuerda –cayó de repente–, ¿cómo has conseguido entrar?

–¿Por mi natural encanto y diplomacia?

Skye bufó de incredulidad, pues sabía que Falkner no se caracterizaba precisamente por su encanto, y mucho menos por su diplomacia.

–Te he hecho una pregunta cuando he llegado, Skye –le recordó–. Ya has pasado la conmoción cerebral y las fracturas de tus

costillas se están curando bien. ¿No crees que es hora de que te den el alta?

–No sabía que uno de tus triunfos fuera ser licenciado en Medicina.

Skye sabía perfectamente que desde el accidente que lo había sacado del circuito de saltos hacía tres años se había dedicado a invertir en bolsa, y le había ido muy bien.

–Te asombraría conocer alguno de mis triunfos. Aunque la licenciatura en Medicina no es uno de ellos. Lo cierto es que he tenido una charla con tu médico antes de entrar.

–No tenías ningún derecho...

–Tenía todo el derecho –la cortó, y se inclinó hacia ella en la silla–. Skye, me doy cuenta de que probablemente soy la última persona a la que esperabas ver hoy, incluso que quisieras ver. Pero el caso es que…

Se calló de repente, y se pasó una mano por su espesa cabellera rubia.

–¿El caso es que…? –lo apremió Skye, que de repente sospechó de los motivos de Falkner para estar allí.

No había visto a aquel hombre en persona desde hacía más de seis años, aunque sabía que su padre había seguido manteniendo una relación laboral con él hasta el día del accidente y que su respeto hacia él había aumentado al verlo tener que luchar contra sus terribles heridas y abrirse camino en un campo completamente distinto.

Su padre… Le dio una punzada en el corazón al pensar en él que la obligó a cerrar los ojos, aunque no logró sacarse de la cabeza los recuerdos que la habían llevado hasta aquel punto.

Se preguntó cuándo había empezado a irles todo mal, algo a lo que llevaba una semana dándole vueltas en aquella cama de hospital. Era evidente que había sido un mal año para la familia O'Hara. La mujer del tío Seamus lo había abandonado tras cinco años de matrimonio. El tío Seamus siempre había sido demasiado aficionado al producto familiar, sus arranques de bebida se habían hecho cada vez más frecuentes, y normalmente terminaban en peleas con su hermano pequeño, Connor. Con la ayuda de Skye aquella situación al final se había calmado y los dos hombres se habían vuelto a hacer amigos.

Pero lo que había seguido había sido algo aún más desastroso. Hacía seis meses la compañía O'Hara Whiskey se había visto en serias dificultades financieras y se habían disparado los rumores sobre la mala administración de su padre. Pero lo peor había ocurrido una fatídica noche hacía una semana. Estaba entrada la noche cuando Skye y su padre regresaban a su hotel en Londres tras otra insatisfactoria reunión de negocios al sur de Inglaterra. La lluvia golpeaba con fuerza el parabrisas y la visibilidad era prácticamente nula, tanto que su padre no vio el camión que se aproximaba en el otro sentido y que iba por el mismo carril que él. Hasta que fue demasiado tarde.

–¿Te importaría irte y dejarme sola? –rogó a Falkner, con la voz rota.

Él intentó tomarle la mano, pero no tocó más que la cama puesto que ella la retiró.

–Skye, sé lo que es el dolor. ¿Quién mejor que yo? Pero, ¡diablos!, ojalá hubiera una forma más sencilla de decir esto, pero últimamente sé que no la hay –dijo, y agitó la cabeza con impaciencia–. ¿Sabes que cerraron la investigación hace tres días?

Skye asintió sin girarse. Ella misma había declarado ante la policía hacía unos días, aunque no podía recordar cuántos, y sabía que se había dictaminado un veredicto de muerte accidental.

–Skye, el funeral de tu padre va a ser a finales de esta semana.

De repente, le llegaron a la cabeza los momentos finales, el grito de advertencia de su padre cuando giró para evitar el camión, el terrible sonido de los dos vehículos chocando y el extraño silencio que siguió a la colisión. Ella había recuperado la consciencia cuando un extraño la había sacado del coche, con un dolor tan fuerte en la cabeza y en el costado que había sentido que podía desmayarse de nuevo.

–¡Mi padre! –había gritado al sentarse–. Tienen que ayudar a mi padre.

Pero al tiempo que gritaba era consciente de que era demasiado tarde para él, pues su lado del coche estaba tan destrozado que habría sido imposible que nadie sobreviviera. Una vez en el hospital, más extraños le habían asegurado que la muerte de su padre había sido instantánea, que no habría sufrido, y por fin, cuando era obvio que el dolor de Skye era inconsolable, que sus

heridas habían sido tales que había sido una bendición que no hubiera sobrevivido.

Ella no podía comprender cómo podía ser una bendición que su padre, la persona a la que más quería en el mundo, hubiera muerto de forma tan trágica y tan repentina.

En aquel momento, otro extraño, Falkner Harrington, había ido a decirle que el entierro de su padre tendría lugar dentro de cuatro días. Ni siquiera lo miró.

–Vete –le dijo.

–No puedo –repuso él, con lástima–. Y algún día me agradecerás que no lo haga.

–Lo dudo mucho.

–Skye, a petición propia, tu padre será enterrado junto a tu madre dentro de cuatro días, y estoy aquí para llevarte a casa.

–No voy a ir a ningún funeral, ¡ni dentro de cuatro días ni nunca! –se negó ella, y lo miró con odio mientras intentaba sentarse, pero el dolor de cabeza la obligó a tumbarse otra vez–. No voy a ir, Falkner.

–Claro que vas a ir –le replicó él, y se puso de pie–. Sabes tan bien como yo que el deseo de tu padre siempre fue ser enterrado junto a tu madre en Windsor. Admito que no puedo ni imaginarme cómo te sientes en estos momentos puesto que mis padres siguen vivos en Florida, pero he perdido a un muy buen amigo, un amigo al que voy a echar mucho de menos. También sé que ese buen amigo habría querido que cuidara de su hija.

–Si eres tan amigo, ¿dónde estuviste los seis últimos meses, cuando mi padre necesitaba más que nunca a todos los amigos que tuviera?

–Estuve allí, Skye.

–Pues yo no te vi.

–Yo a ti sí.

–¿Cuándo? –preguntó, incrédula, ella–. ¿Dónde?

–No importa. Lo que importa ahora es conseguir salir de aquí con el mínimo revuelo. Todavía hay periodistas delante del hospital, así que sugiero…

–Falkner, creo que he dejado más que claro lo que opino sobre eso, pero por si acaso…

–Sí, lo has hecho. Pero eso no cambia el hecho de que ya estás

como para que te den el alta, más que bien, si nos fiamos del especialista. Skye, ellos necesitan la cama, tú no –le espetó impaciente, al ver que le iba a volver a discutir–. Así que vístete.

–No tengo ropa. Lo que llevaba… –tragó saliva–… lo que llevaba quedó tan destrozado cuando me lo cortaron que les dije que lo quemaran.

–No importa. Tengo aquí las cosas que dejaste en el hotel.

Falkner se volvió a una maleta que Skye no se había dado cuenta de que llevaba consigo, y la abrió sobre la cama. Ella se quedó boquiabierta al reconocer su ropa cuidadosamente doblada.

–¿No crees que te estás involucrando demasiado? Imagino que has sido tú el que ha organizado el funeral, también.

–¿Y quién lo iba a hacer si no? ¿Tú? No sé por qué, no lo creo. ¿Tu tío Seamus? –gritó, y agitó la cabeza–. Skye, el fin de semana pasado, cuando le informaron sobre el accidente, tu tío se agarró la mayor de las borracheras. El ama de llaves de tu padre lo encontró en la escalera todavía ebrio, lo cual pudo incluso venirle bien, porque se había roto una pierna al caerse por las escaleras.

Skye lo miraba fijamente. Había pasado toda la semana esperando la visita de su tío, aunque en parte la aliviaba que no hubiera ido, pues sabía que le habría resultado demasiado duro tener que cargar con el dolor de su tío además de con el suyo. Pero aquello era demasiado.

–Lo sé –suspiró Falkner–. Si no fuera tan traumático, sería de risa.

Skye pensó que tenía razón, pues de hecho tenía ganas de reír de histeria.

–Tienen que darle el alta también a finales de esta semana –la informó Falkner distraídamente, que había vuelto su atención a la maleta, mientras ella pensaba que entonces no le daría tiempo a ir a Inglaterra para asistir al funeral de su hermano.

–Anda, déjame a mí –lo interrumpió, porque, aunque aceptaba que le hubiera sacado la ropa de los armarios, no le hacía gracia que rebuscara entre su ropa interior de seda–. ¿Podrías esperar fuera? –le pidió, mientras intentaba sentarse en la cama sin mirarlo, asaltada por una repentina timidez.

A sus veinticuatro años, había pasado casi toda su vida rodeada de hombres; su padre, su abuelo, el tío Seamus, los mozos del

establo, la mayoría de los trabajadores de O'Hara Whiskey… pero como había acompañado a su padre desde que era muy pequeña, siempre la habían tratado como a «uno de los chicos». Ninguno la había hecho ser tan consciente de su feminidad como Falkner hacía seis años, y, sorprendentemente, en aquel momento.

–Si crees que te puedes arreglar –le dijo él con una media sonrisa.

No le cabía ninguna duda de que le llevaría su tiempo. Era consciente de estar hecha un desastre y quería ducharse y lavarse la cabeza en el cuarto de baño contiguo, lo cual no le resultaría sencillo cuando aún sentía que no tenía la cabeza sobre los hombros y las costillas rotas hacían doloroso cada movimiento. Aun así, prefería la lentitud a que Falkner la ayudara.

Por otro lado, a pesar de lo que él hubiera dicho, no se había pasado toda la semana tumbada compadeciéndose de sí misma, sino que había dado paseos por la habitación y al cuarto de baño. Era lo que le esperaba fuera lo que la asustaba. De algún modo, encerrada en la atmósfera de hospital, sin ninguna otra responsabilidad que tomarse la medicación cuando se lo dijeran o comer la comida que le ponían delante, había hecho de aquello su realidad y había convertido en artificial lo que había ocurrido una semana o seis meses antes.

–Me puedo arreglar –le aseguró bruscamente–. Gracias.

–Tómate tu tiempo –le indicó él–. Yo voy a tomarme un café a la sala de espera.

Se dio la vuelta y Skye notó el daño permanente de su pierna derecha al verlo andar con dificultad por la habitación. Recordó la gracilidad con la que se había movido seis años antes, y se preguntó si aún le dolería la pierna, aunque sabía por su experiencia de entonces que él no respondería bien a su curiosidad; ni a su lástima.

–Falkner –lo llamó, con voz temblorosa.

–¿Sí? –se volvió él, que ya tenía la mano en el picaporte, con cautela.

–Antes has dicho que me ibas a llevar a casa –le recordó.

–Sí –asintió él–. A mi casa, Skye. Te llevo a mi casa –repitió, con mirada desafiante, como si estuviera preparado para que se lo discutiera.

–Bien –asintió ella–. Está perfectamente bien –repitió.

Falkner se quedó mirándola unos segundos antes de asentir él mismo.

–Esperaré en el pasillo para cuando estés lista. Y no te preocupes por los periodistas; lo he arreglado para que nos dejen salir por una entrada de personal.

–Gracias.

Tenía una sonrisa trémula, aunque ya había aceptado que Falkner podía «arreglar» cualquier cosa que se propusiera. No podía imaginar nada peor que repetir el incidente del reportero que se había colado en su habitación para sacarle fotos mientras la acribillaba a preguntas.

–De nada –contestó él antes de cerrar la puerta con suavidad.

Skye se quedó sin moverse un rato, completamente abrumada por tanta amabilidad de un hombre que, hacía seis años, no había creído capaz de tener sentimientos, un hombre del que llevaba enamorada todos aquellos años.

Capítulo 2

Falkner, ¿por qué haces esto exactamente?

Se había mirado al espejo al entrar al baño y había gruñido al ver su aspecto, peor de lo que esperaba. Tenía el pelo grasiento y un moratón enorme en la cara donde se había golpeado con la puerta del coche, lo que había provocado su contusión. El cardenal del ojo había pasado por todos los colores y ahora estaba amarillento; el resto de su rostro estaba pálido. Además, al ponerse los vaqueros y la camiseta negra, había descubierto que había perdido peso. Por todo ello estaba segura de una cosa, que Falkner no estaba siendo tan amable porque estuviera aturdido por su belleza.

Él la miró de reojo desde el asiento del conductor de su todoterreno verde, al que se había subido con dificultad, momento en que ella había procurado mirar hacia otro lado.

–¿Hubieras preferido que te hubiera dejado enfrentarte a esos periodistas sola?

A pesar de la precaución, una pareja de reporteros con mucha iniciativa los había asaltado en la puerta de personal, y Falkner había agarrado a Skye con fuerza del brazo hasta verla a salvo en el coche, que había rodeado para sentarse en su sitio.

–No –suspiró ella, agotada de todo lo sucedido a lo largo de la mañana, y con un fuerte dolor en las costillas por la inusual actividad–. Pero…

–Ya te lo he dicho. Connor era mi amigo. Él querría que cuidara de ti.

Antes de la sospecha y los rumores de los últimos seis meses, el padre de Skye parecía tener muchos amigos, pero la mayor parte habían desaparecido en los últimos meses, como si creyeran que la especulación que rodeaba a Connor pudiera ser contagiosa. Sin embargo, Falkner no parecía afectado por aquello. Por supuesto, ella había sabido de la amistad de su padre con él, pues de vez en cuando le contaba que había hablado con él o que se habían visto. Se trataba de conversaciones que ella escuchaba con avidez aunque

por fuera fingiera indiferencia, desesperada por que nadie, y menos su padre, se diera cuenta de lo irremediablemente que se había enamorado de él seis años antes.

Aun así, por lo que su padre le había contado, nunca hubiera imaginado que su amistad llegara a tal punto que ahora Falkner se sintiera con la responsabilidad de ayudar a su hija. Sin embargo, no encontraba otro motivo para que estuviera allí con ella.

–Skye, Connor estuvo ahí cuando mi accidente hace tres años. Y también hace dos.

Ella recordó haber leído en los periódicos acerca del matrimonio de Falkner hacía cinco años, seguido por su aún más pública separación tras el accidente, y el complicado divorcio que había seguido un año después.

–Connor pasó gran parte de su valioso tiempo hablando conmigo, ayudándome a aceptar… cosas.

A Skye le resultó obvio que aquélla era su manera de devolverle su generosidad. Al menos, aceptó con pesar, era sincero, aunque le hubiera reconfortado más, por improbable que fuera, que su preocupación hubiera sido algo más personal. Suspiró y se volvió para mirar el paisaje por la ventanilla, reconociéndolo en parte, y consciente de que en breve llegarían a la casa de Falkner.

Al menos encontró algo positivo, y era que no estaría su esposa esperando para recibirla. Cinco años antes se había preguntado cómo sería su mujer, pues la fotografía que había aparecido en los periódicos no sólo era de mala calidad, haciendo poco distinguibles sus facciones, sino que había sido en blanco y negro. Fuera cual fuera la personalidad y el aspecto de Selina Harrington, su matrimonio sólo había durado dos inestables años, pues lo había abandonado poco después del accidente y se había divorciado un año después en medio de acusaciones de su posible relación con otra mujer. Entonces se le ocurrió algo, y era que quizá la otra mujer estuviera en la casa esperándolos. Se movió, incómoda, en el asiento de cuero.

–No quisiera ponerte en ningún aprieto ni a ti ni a nadie –comentó, y se mordió de forma nerviosa el labio inferior –, por aparecer así en tu casa.

–No te preocupes.

Aquello no la ayudó mucho. Conocía suficientemente bien a

Falkner como para comprender que era demasiado arrogante como para esperar que las reacciones de otras personas respecto a su inesperada huésped pudieran afectarle, mientras que ella había aprendido demasiado bien en los últimos meses lo que le podía doler un frío desaire, de los que había tenido unos cuantos. Dio un profundo suspiro.

–Falkner, ¿qué…?

–Vamos a pasar tranquilos el resto de la semana, ¿vale? –la cortó de golpe–. Ya habrá tiempo para hablar, ¿de acuerdo?

El resto de la semana, pensó Skye, hasta el funeral de su padre. Aún no podía creerlo. Todavía tenía la sensación de que iba a entrar por la puerta con una taza de café cargado que le habría ayudado a aguantar un largo día de trabajo, o que se lo iba a encontrar al doblar una esquina esperándola, tan grande y protector como siempre, con aquella risa estruendosa que le decía que todo estaba bien.

Se preguntó qué iba a hacer sin él. Habían estado siempre muy unidos, más aún desde que las circunstancias los habían dejado solos. No podía imaginarse la vida sin él. De repente, se vio abatida por tal desesperación que no se dio cuenta de que Falkner la había mirado, ni de que se hubiera detenido en un área de descanso y hubiera apagado el motor antes de soltarse el cinturón de seguridad y volverse para abrazarla. Precisamente fue el calor de aquellos brazos y el sentirse acunada contra su pecho lo que la derrumbó por completo. Se notó ahogada por un sollozo en la garganta y su cuerpo se agitó por los demás sollozos, al dejarse llevar por una sensación de completa desolación.

–Está bien, Skye –murmuró Falkner, mientras le acariciaba la espalda y la apretaba con fuerza–. Estoy aquí. Y lo estaré todo el tiempo que necesites. Skye, no… –gimió, preocupado, al comprobar que sus palabras sólo le hacían llorar más.

Segundos antes, Skye se había visto abatida por sentimientos de soledad y de vacío, pero cuando las palabras de Falkner penetraron en su dolor y con el calor de sus brazos protegiéndola, supo que no estaba totalmente sola, que era en serio lo que le había dicho de que estaría ahí siempre que lo necesitara.

Sin embargo, con aquello reconoció también el peligro que la esperaba, un peligro que, ahora que lo necesitaba tanto, no tenía la

menor idea de cómo sobrellevar. Le resultaría demasiado sencillo simplemente dejar que Falkner se hiciese cargo, quedarse con él y no marcharse nunca. Pero, tan enamorada como estaba, sabía que no podía hacerlo. Se separó un poco y se secó las lágrimas.

–Ya estoy bien –le dijo, sin poder mirarlo a los ojos–. Sólo ha sido un momento, pero ya estoy bien –repitió con determinación, y se separó del todo para sentarse bien en el asiento, tan separada de él como podía en la estrechez de un coche.

–¿Estás segura? –se quiso cerciorar él, con amabilidad.

Ella tragó saliva, pensando que le iba a costar demasiado si seguía tratándola con tanto mimo.

–Claro que estoy segura –protestó ella, de manera cortante–. Vamos, Falkner.

–De acuerdo –aceptó él, y arrancó el motor para volverse a meter en la carretera–. Skye, llegaremos en unos minutos, y…

–No te preocupes, Falkner –lo cortó ella con frialdad, pensando que habría alguien esperándolos–. Te prometo que seré lo más discreta posible el próximo par de días. De hecho, si me dices cuál es mi habitación puedo quedarme en ella hasta el viernes. Nadie tiene por qué saber que estoy contigo.

–Skye, cállate. No me importa quién sepa que estás allí. ¡Por mí como si te pones a andar desnuda alrededor de la casa! ¿Te ha quedado claro?

–Mucho. Pero creo que dejaré lo de andar desnuda alrededor de la casa, si no te importa.

–Lástima –contestó él, encogiéndose de hombros–. Podía haber sido divertido. Aunque quizá no muy práctico con mi ama de llaves viviendo en ella –desestimó, y giró el coche para entrar en un camino de grava que conducía a la casa.

Skye lo miró confusa pensando en el ama de llaves. Era obvio que Falkner estaba intentando desviar su atención hacia algo menos traumático que el siguiente par de días, y sin ninguna duda lo estaba consiguiendo.

–Estabas diciendo algo sobre cuando lleguemos –le recordó.

–No importa –dijo él, y aparcó frente a la casa–. También hablaremos de eso más tarde.

A Skye le pareció que había muchas cosas de las que hablarían más tarde, pero apartó todo aquello de su cabeza cuando Falkner se

bajó del coche y lo rodeó para ayudarla, agarrándola del brazo, pese a lo cual a ella le dolían las costillas con cada movimiento.

–Parece que te hubieran dado una paliza –le dijo Falkner, mirándola con pena.

–Créeme –sonrió ella–. Parte de mí se siente como si me la hubieran dado.

Falkner se rió y la ayudó a subir los escalones de piedra de la puerta principal. Skye había notado que tanto el camino como las tierras parecían estar cuidadas, y la casa ya no tenía el aspecto ruinoso de hacía seis años. Por lo que se veía, las acciones y la bolsa habían resultado más lucrativas que las carreras de saltos. Tomó aire y se preparó para lo que fuera que le esperara detrás de la gran puerta de roble.

–Todo va a salir bien, Skye –le aseguró Falkner–. Estoy aquí, no lo olvides.

En efecto, allí estaba, aunque ella aún no tenía ni idea de por qué. Sin embargo, le había prometido que lo estaría todo el tiempo que necesitase, todo el tiempo que necesitara para superar aquella pesadilla. Si es que alguna vez lo hacía.

–¿Te apetece dar un paseo fuera? –le preguntó Falkner después del delicioso té que les había preparado la vivaracha ama de llaves escocesa.

Segundos después de haber conocido a la mujer de mediana edad, Skye había sabido que no debía temer nada por su parte, pues Annie Graham trataba a Falkner como a un niño travieso, y a los pocos minutos de conocerla a ella, la había tratado de la misma forma amistosa, y la había persuadido para que comiera alguno de los sándwiches que había preparado, diciéndole que necesitaba poner algo de carne en aquellos huesos.

–¿O quizá prefieras subir a descansar un rato? –le sugirió Falkner–. Has tenido una tarde muy ajetreada.

–Creo que ya he descansado bastante esta semana. Pero si tienes que hacer otra cosa...

–Ven a pasear conmigo –replicó él mientras se ponía de pie, y le ofreció la mano.

Skye rechazó tanto la mano como la idea de salir. Aunque Annie

Graham la había tratado con calidez, aquello no significaba que el resto del personal que trabajaba en la casa fuera a recibirla igual. Falkner frunció el ceño, con la mano todavía extendida.

–Skye, no importa lo mucho o poco que te apetezca hacerlo ahora; no puedes quedarte ahí sentada y esconderte del mundo.

–¿Quién dice que no puedo? –preguntó ella, desafiante.

–Yo –contestó él sin dudarlo–. Sabes tan bien como yo que cuando te caes del caballo tienes que levantarte enseguida y volver a subirte a la silla.

–¿Es eso lo que tú hiciste? –le soltó ella, seguido de un grito ahogado al darse cuenta de lo insensible que estaba siendo–. Esto es diferente –añadió, incómoda.

–No lo es. Y tu padre te diría exactamente lo mismo.

–¡No pretendas decirme lo que mi padre diría o dejaría de decir! –gritó ella con furia.

–Skye –suspiró él, impaciente–, sólo estás enfadada porque sabes que tengo razón.

En efecto, así era. Su padre siempre había sido un hombre muy pragmático, y su filosofía había sido la de levantarse tras la caída. Era lo que él había hecho tras la muerte de la madre de Skye, y también en los seis últimos meses. Y ella sabía, tan bien como Falkner, que era lo que ella debía hacer ahora. Sin embargo, le seguía incomodando que alguien la viera con él.

–Estoy algo cansada, Falkner.

–Cobarde –musitó él en voz baja, aunque no lo suficiente como para que no lo oyera.

Lo odiaba por tener razón. Sabía que estaba siendo una cobarde, y que su padre se sentiría decepcionado y le habría contado alguna fábula irlandesa que hiciera burla de su cobardía. Enseguida se dio cuenta de que el método de Falkner de enfadarla tenía el mismo resultado.

–¡Está bien! –aceptó a la fuerza, aunque no hizo caso de la mano que él aún tenía extendida ni del dolor de sus costillas, y se puso en pie por sus propios medios–. ¿Satisfecho?

–Completamente –respondió él, y le abrió la puerta.

Pocos minutos después estaban cerca de los establos, extrañamente silenciosos, sin el bullicio y la actividad que habían tenido seis años atrás.

–¿Todo bien? –tanteó Falkner con dulzura.

–Todo bien –repitió ella, tensa.

–Por aquí –le indicó, y la guió por la hilera de establos individuales cerrados. En aquel momento se le notaba más la cojera.

–No entiendo, Falkner. ¿Dónde vamos?

Skye se preguntaba por qué la estaría llevando a los establos vacíos, y concluyó que quizá era su versión de la fábula irlandesa que le habría contado su padre, algo que le dijera cómo él había logrado tener éxito a pesar de no volver a estar metido en su adorado mundo de los caballos, del mismo modo que ella tendría que sobrevivir sin su padre. Decidió que si era aquello lo que Falkner pretendía, estaba perdiendo el tiempo.

–Ya casi estamos –anunció él.

–Yo...

Se calló de golpe al oír un sonido conocido y su cuerpo se quedó petrificado en dirección a aquel ruido. Se dio cuenta entonces de que no todos los establos estaban vacíos y abrió los ojos con sorpresa al escuchar un relincho de reconocimiento.

–¿Tormenta? –preguntó, aturdida, y corrió a abrir la puerta, sin poder creer lo que veían sus ojos cuando la enorme cabeza del animal se estiró por encima de la puerta para restregar el hocico contra su cara–. ¡Tormenta!

Por poco se ahogó de la emoción, y le correspondió metiendo la cabeza entre su brillante crin negra y colgándose prácticamente de su cuello sin poder reprimir las lágrimas.

La gran conmoción de su corta vida había tenido lugar hacía seis años, tres meses después de conocer a Falkner, cuando una tarde había llegado al establo de su padre un remolque de caballos con un evidentemente disgustado Tormenta. Skye se había vuelto a mirar a su padre, desconcertada, al reconocerlo.

–Falkner cambió de opinión –le había dicho lleno de satisfacción–. Me llamó la semana pasada para ofrecerme comprárselo –continuó, y, encogiéndose de hombros, añadió–: No te dije nada porque quería que fuese una gran sorpresa.

Aquel término se quedaba corto para lo que había sentido en aquel momento. Falkner Harrington no parecía una persona que cambiara de opinión sobre nada, y después del rapapolvo de hacía tres meses, Skye había estado convencida de que nunca le volvería a

permitir acercarse siquiera a sus caballos, y menos aún poseer uno.

–Es el ejemplo perfecto de que a caballo regalado no se le mira el diente –había bromeado su padre, al tiempo que le pasaba un brazo por los hombros, y los dos se habían abrazado mientras admiraban al ejemplar que no paraba de dar brincos.

Así era como Skye había conseguido tener a Tormenta después de todo, pero no explicaba en absoluto lo que hacía en Inglaterra, en lugar de en Irlanda donde debería estar, en el establo de su padre, donde había estado la última vez que habían hablado por teléfono con el tío Seamus la semana anterior.

–¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?

–Me lo traje anoche de Irlanda –contestó Falkner–. Aunque te aseguro que no estuvo tan calmado como ahora durante el viaje.

Podía imaginarlo. Tormenta odiaba viajar; era parte del mal humor al que tanto se había referido Falkner, y cruzar el Mar de Irlanda en un remolque de caballos no debía de haberle gustado nada. La explicación de Falkner había dado respuesta al cómo y al cuándo, pero seguía sin explicar el por qué.

Tormenta no había vuelto a salir de Irlanda desde su llegada hacía seis años, y desde el principio había dejado muy claro lo que sentía respecto a que lo volvieran a enjaular en un remolque. Aun así, Falkner lo había llevado de vuelta desde Irlanda, algo que había debido de resultar tan incómodo para él, con su pierna herida, como para el caballo.

Agitó la cabeza. No comprendía nada. El viernes, el día del funeral, iba a ser el segundo peor día de su vida, tras la propia muerte de su padre, pero estaba segura de que después nada la retendría en Inglaterra.

–¿Qué hacías en Irlanda? –le preguntó de repente.

–No tenía ni idea de lo que le había pasado a… no sabía lo del accidente, hasta que vi tu fotografía en el periódico –contestó él, encogiéndose de hombros.

–Me sorprende que me reconocieras –bromeó ella.

–No fue fácil –admitió él–. Estás mucho mejor ahora –añadió, para animarla.

–¿En serio? Entonces debía de estar horrible –comentó ella, que se había visto totalmente desastrosa al mirarse en el espejo del hospital.

–Lo estabas –le confirmó él llanamente–. Y también, según el recepcionista, rechazabas todas las visitas. Me dio la impresión de que no era negociable, así que en vez de desesperarme esperando a que estuvieras bien para que te dieran el alta, volé a Irlanda para ver si podía hacer algo –suspiró–. Tu tío Seamus es un borracho autocompasivo.

–Sí –confirmó ella.

Sin duda alguna lo era desde que lo había dejado su esposa hacía un año.

–El ama de llaves está bastante contenta de quedarse, y hablé con el mozo de tu padre y me dijo que está preparado para hacerse cargo de los caballos, pero pensé que podrías preferir tener a Tormenta aquí contigo.

Aquella explicación aún dejaba en el aire la pregunta clave, por qué llevar hasta allí a Tormenta cuando todo apuntaba a que Skye regresaría a Irlanda al cabo de una semana.

O quizá no.

Capítulo 3

Te recomiendo que hoy te acuestes pronto –sugirió Falkner después de cenar–. Has tenido un día muy agitado –le explicó cuando ella lo miró confusa.

Skye aceptó que en efecto lo había sido, en comparación con los días de inercia que llevaba, pero no estaba segura de que fuese una buena idea irse a la cama tan pronto, pues le daría demasiado tiempo para quedarse despierta en ella, pensando. Además, no estaba nada cansada y sentía que habían quedado demasiadas preguntas sin contestar. Sin embargo, Falkner había sido menos comunicativo aún de lo normal en la cena, y ella había imaginado que probablemente su anfitrión tendría que hacer otras cosas.

–Estoy segura de que debes de tener muchas cosas que hacer. No dejes que te distraiga de ellas. Todavía no estoy cansada. No te preocupes por mí, por favor.

–Pero es que sí me preocupo, Skye –contestó él, arrastrando las palabras.

–No hace falta, de verdad, y es demasiado pronto para irme a la cama.

–En ese caso, ¿juegas al ajedrez?

–Muy mal.

–Bueno. Entonces, ¿qué te parece…?

–Falkner, no soy una niña a la que haga falta entretener –le aseguró ella, impaciente, y se levantó, sin hacer caso a las punzadas en el costado, pues estaba cansada de aquello.

–¡A lo mejor todo esto sería más fácil si fueras una niña!

–No entiendo a qué te refieres –dijo ella, asustada por su rudeza.

–No –suspiró él–. Supongo que no. Skye, hago lo que puedo, dadas las circunstancias. Podías aflojar un poco.

Skye aceptó que en efecto estaba haciendo más de lo que podía, pero estaba enfadada. Consigo misma, con Falkner, con el tío Seamus y, sobre todo, con su padre, aunque sabía que no era lógico. Se sacó aquellos pensamientos de la cabeza.

–Falkner, ¿por qué te has tomado toda la molestia de traerte a Tormenta hasta aquí?

Él había evitado contestarle antes en los establos, deteniéndose a charlar con los jardineros, y Skye había tenido pocas oportunidades de volver a sacar el tema. Pero ahora quería respuestas. Él se metió las manos en los bolsillos del pantalón hecho a medida que se había puesto antes de cenar.

–Pensé que te gustaría ver un rostro amigo cuando salieras del hospital.

–¿No creíste que con el tuyo bastaría?

–Hasta ahora no he tenido esa impresión precisamente –repuso él, en tono seco.

Skye lo miró incrédula, aunque aliviada de que no se hubiera dado cuenta de que había tenido la desgracia de enamorarse de él hacía seis años, y de seguir estándolo. Suspiró.

–Lo siento si te he dado la impresión de que no te agradezco lo que estás haciendo.

–Skye –respondió él con una ligera risa–, te aseguro que no esperaba que te abalanzaras a mis brazos corriendo de alegría.

Nunca sabría que aquélla había sido precisamente su tentación, de no habérselo impedido el dolor de las costillas y el orgullo, de no haber permanecido en la cama deseando no mostrarle lo mucho que le alegraba su visita. Falkner era al mismo tiempo la primera y la última persona que necesitaba que la tratara con cariño.

–Dudo que pudiera correr a ningún sitio en este momento. Falkner, te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí…

–Pareces una niña a punto de rechazar una invitación de cumpleaños –bromeó él.

–Tampoco tú me lo estás poniendo muy fácil –protestó ella con impaciencia.

–A lo mejor cuando dejes de disculparte por existir lo haga. Pero hasta entonces…

–Seguirás irritándome –adivinó ella, a lo que él contestó abriendo mucho los ojos.

–¿Es eso lo que estoy haciendo? A lo mejor tan sólo me pregunto dónde ha ido a parar la Skye O’Hara que saltó a lomos de Tormenta hace seis años y salió cabalgando hacia la puesta de sol.

–¿Habré crecido? –preguntó ella, con calor en las mejillas ante

aquel recuerdo de su antigua impetuosidad.

Falkner la recorrió con la mirada de la cabeza a los pies, desde su pelo corto, pasando por la finura de sus facciones, hasta la delgadez casi masculina de su cuerpo. Skye se retorció incómoda bajo la atenta mirada, esperando que dijera cualquier cosa.

–Así es –murmuró al fin él con voz ronca–. Y muy bien, además.

–¿Disculpa? –preguntó ella, con los ojos muy abiertos.

–Estoy seguro de que me has oído la primera vez, pero si quieres te lo repito.

–¡No! No –repitió, más calmada, preguntándose cómo se había tornado tan íntima la conversación, cuando intimidad era lo último que esperaba de él.

–¿Qué pasa, Skye? –le preguntó él, que de repente estaba de pie junto a ella, demasiado cerca como para sentirse cómoda–. ¿Haciendo retos que no estás dispuesta a cumplir?

–Puedo cumplir cualquier reto que te atrevas a lanzarme.

–¿En serio? –la desafió él, que ahora estaba realmente cerca, de modo que ella sentía el calor de su cuerpo y de su aliento–. Veamos, ¿qué te parece…?

Tomó a Skye entre los brazos y la besó con fuerza en los labios. A ella le pareció llevar toda la vida esperando aquello, deseando sentir sus labios moviéndose de forma tan erótica y la fuerza de sus brazos, y rendirse al puro placer de estar cerca de él. Su propio cuerpo se amoldó a cada contorno del de Falkner, a quien abrazó por el cuello mientras correspondía a su beso con todo el deseo que había guardado tanto tiempo.

Él emitió un gruñido apagado al tiempo que le recorría la espalda con las manos y la apretaba contra la dureza de su cuerpo, en el que era evidente su excitación. Todo el tiempo sus labios continuaron sobre los de ella y su lengua rebuscó en la humedad antes de buscar en su interior. Skye ya no sabía dónde acababa Falkner y empezaba ella, y tan sólo quería que siguiera y acabaran haciendo el amor.

–¡No! –Falkner terminó aquello tan de repente que Skye se quedó tambaleándose cuando la alejó de él–. No es una buena idea, Skye. No tienes ni idea de lo que estás haciendo.

Ella sólo sabía que estaba besando al hombre al que amaba, al hombre con el que había soñado durante los seis últimos años.

–No tenía derecho a hacer eso –continuó él, toscamente–. Te pido disculpas.

Le estaba pidiendo disculpas por besarla, por realizar un acto de amor. Se le llenaron los ojos de lágrimas al tiempo que lo miraba completamente aturdida.

–Tenías razón antes –añadió Falkner con voz ronca–. Tengo cosas que hacer –dijo, y, tras girar sobre sus talones, se dirigió a la puerta–. Supongo que es inútil que te pida que te tomes las cosas con calma durante uno o dos días.

Skye no podía saber la figura tan desamparada que representaba allí de pie sola en medio de la elegancia del cuarto de estar de Falkner, pero lo podía imaginar. Físicamente estaba golpeada y llena de moratones, por no hablar de emocionalmente.

–Lo puedes pedir –contestó con voz cansada.

–Es lo que pensaba. Acepto que quieras pasar algún tiempo con Tormenta, pero no intentes montar aún, ¿de acuerdo? Esta vez podría verme tentado a darte el azote que debí haberte dado hace seis años –indicó, y se fue dando un portazo.

Skye se quedó pensando que, en lugar de aquello, la había besado hasta dejarla casi sin sentido, y lo acababa de volver a hacer. Sintió las lágrimas calientes en las mejillas y se las secó con impaciencia. No había hecho otra cosa más que llorar desde que Falkner la había recogido del hospital, y se preguntó si nunca terminaría aquella pesadilla.

–Pensé que todavía estarías arriba durmiendo.

Falkner se había detenido en seco en la puerta de la cocina al ver a Skye sentada a la mesa con una taza de café. Ella se sorprendió también, pues a las cinco y media de la mañana no pensaba que hubiera nadie despierto, o al menos no lo había indicado el silencio de la casa cuando había bajado las escaleras hacía media hora.

Falkner estaba ya vestido, con una camiseta azul y unos vaqueros gastados, y con el pelo mojado de la ducha, no como ella, que no se había molestado en vestirse y todavía llevaba el camisón corto con el que dormía. Salvo que no había dormido.

–No podía dormir –contestó–. Espero que no te importe, pero he

pensado que me podría ayudar tomar algo caliente.

A pesar de que afuera ya era de día, la cocina estaba oscura, y la única luz que había era la de encima de la cocina, que ponía en relieve a Falkner. Él, que no parecía muy contento de verla allí, suspiró con fuerza y, tras asentir, entró más en la habitación.

–No parece haberte funcionado –murmuró.

Skye pensó que podría haberlo hecho si él no hubiera entrado, pero, como siempre, le incomodaba su presencia, y ahora tenía menos sueño aún que hacía una hora.

–No –admitió–. Hay café en la cafetera si quieres.

Normalmente se habría levantado a servírselo, pero con un camisón tan corto no se sintió muy motivada a moverse. De hecho, ya se sentía desnuda en su compañía.

–¿No has hecho demasiado café para sólo «tomar algo caliente»? –apuntó Falkner mientras se servía.

–No creí… –tragó saliva–. Siempre hago, hacía, una cafetera grande por las mañanas para mi padre cuando estábamos en casa, y lo he hecho de forma automática. Mi padre siempre decía que me sale muy bien el café.

Se dio cuenta de lo que había hecho. Todo lo que decía o hacía tenía que ver con su adorado padre. Nada volvería a ser lo mismo sin él, y se preguntaba, si aquello ya le parecía una pesadilla, cómo sería cuando regresara a Irlanda, sin ningún padre al que cuidar o que cuidara de ella.

–Tenía razón –comentó Falkner mientras se sentaba frente a ella–. Te sale muy bien.

Todo aquello le parecía muy extraño, estar allí sentada casi de madrugada con su escueto camisón, hablando con Falkner. Si alguna vez hubiera pensado en volverlo a ver, que mentiría si dijera que no lo había hecho, desde luego no habría sido en aquellas circunstancias. Siempre se había imaginado como la belleza sofisticada que había deseado ser hacía seis años, había soñado con volverlo tan loco por su hermosura que no pudiera evitar enamorarse profundamente de ella. Pero en su lugar, tal y como él le había indicado, parecía que le hubieran dado una paliza.

–¿Qué haces levantado tan temprano?

–Yo tampoco podía dormir –contestó él con una mueca.

–Espero que no tuviera que ver conmigo.

–¿Por qué crees que tendría que ver contigo? –preguntó él, entrecerrando los ojos.

–Sólo quería decir... –balbució ella, aturdida por su rudeza–. Pensé...

–Tengo otras preocupaciones en mi vida aparte de ti, Skye.

Ella lo sabía. Sabía que al menos hasta la semana anterior, en que ella había aparecido a la fuerza en su vida, él probablemente ni se habría vuelto a acordar de ella en seis años.

–Lo siento –dijeron los dos a la vez.

–Después de ti –concedió Falkner.

–Siento mucho que te hayas visto envuelto en todo esto, Falkner.

–¿En todo qué?

–Yo… el accidente, el que yo esté aquí. Todo esto.

–Yo escogí verme envuelto, Skye –repuso él, tras un movimiento de impaciencia.

–Pero…

–No hay peros –la cortó él–. Perdona, no tenía que haberte hablado así.

–Falkner, toda esta situación se va a hacer todavía más ridícula si estamos todo el rato pidiéndonos perdón por todo lo que digamos los próximos cuatro días.

–¿Cuatro días? –repitió él con el ceño fruncido.

–Hasta después del funeral.

–Skye, no creo que debieras considerar volver a Irlanda de momento al menos. Primero, porque aún no estás bien para viajar a ningún sitio. Y segundo… –se calló, y la miró con expresión de cautela–. No tienes nada allí, Skye –añadió al fin.

A Skye le dolió la verdad de aquellas palabras. Todo lo que le quedaba en Irlanda era una casa vacía. Incluso Tormenta estaba cómodamente instalado allí ahora. La tarde anterior se había dado cuenta de que de nuevo Falkner había evitado responder a la pregunta de por qué había llevado al caballo hasta allí.

–Está el tío Seamus –le recordó de pronto.

–Creo que ya te he dado mi opinión sobre tu tío Seamus.

–Sí –suspiró ella–. Pero lo ha pasado mal este año…

–¿Y tú no?

–Mi mujer no me ha abandonado tras cinco años de matrimonio.

–Francamente, Skye, ahora que he conocido a Seamus, lo que

me extraña es que haya tardado tanto.

Lo cierto era que a Skye también. El tío Seamus había conocido a la tía Shanna hacía más de cinco años en Dublín, donde los dos habían disfrutado de la frenética vida social de la ciudad, y su decisión de mudarse a la finca que tenía su familia en el campo no le había gustado nada a Shanna. Hacía un año, ella le había anunciado que no aguantaba vivir en el campo ni un minuto más y se había vuelto a Dublín. Había sido entonces cuando los arranques de bebida del tío Seamus se habían vuelto todavía más frecuentes. Aun así, a Skye no le gustaba la abierta censura de Falkner respecto a su tío.

–Al menos él sólo bebió durante su matrimonio –lo defendió acaloradamente.

Se arrepintió en aquel mismo instante, al ver la expresión de Falkner, y reconoció que no sabía nada acerca de las circunstancias que habían rodeado la ruptura de aquel matrimonio, pues sólo había leído en el periódico las cosas de las que lo había acusado su mujer. Falkner se había quedado peligrosamente callado.

–¿Qué quieres decir exactamente? –inquirió al fin.

Skye no se dejó engañar por la suavidad de su tono, y sabía que había tocado un punto débil, uno sobre el que ella no tenía derecho a opinar.

–Falkner, no quería decir…

–Sí querías, ¡maldita sea! –gritó él, y empujó hacia atrás la silla para levantarse, haciendo mucho ruido–. No sabes nada de mi matrimonio ni de por qué se rompió. ¡Nada! –repitió, echando chispas por los ojos, que se clavaron en ella.

–Tienes razón, no tengo ni idea –admitió, pálida, y tragó saliva–. Yo sólo… no debía…

–Olvídalo –ordenó él, con voz áspera, y negando con la cabeza de forma impaciente–. Tengo una reunión en Londres esta mañana. ¿Crees que podrás arreglártelas para divertirte sin mí unas horas?

Skye sabía que estaba siendo deliberadamente insultante ahora, aunque también reconoció que tenía derecho después de lo que ella había insinuado sobre la ruptura de su matrimonio y el subsiguiente divorcio.

–Sí –aceptó ella, con la cabeza baja para no tener que seguir viendo su ira.

O para no tener que verlo irse. Porque de repente sintió que le faltaba algo ante la idea de que él se fuera. Aunque sabía que la señora Graham estaría en la casa durante la mañana, de modo que no estaría sola, no sería lo mismo que tener a Falkner.

–¿Skye?

No podía mirarlo, pues sabía que vería las lágrimas en sus ojos.

–No dejes que te entretenga, Falkner.

–Yo, Skye, ¿estás llorando? –le preguntó, y se agachó para agarrarle la barbilla y hacer que lo mirase–. Estás llorando.

Le tomó la cabeza y la apoyó en su hombro. Ella sentía las lágrimas arder en las mejillas, de modo que, cuando retiró la cabeza, la camiseta de Falkner estaba empapada.

–No puedo creerlo –dijo, agitando la cabeza–. No había llorado hasta que te presentaste ayer en el hospital.

–Entonces ya iba siendo hora de que lo hicieras.

Skye pensaba que ahora, en cambio, no podía parar. Sin embargo, aunque pudiera ser cierto que le hiciera falta, no le gustaba desmoronarse delante de él.

–Te he mojado la camiseta.

–Tengo otras muchas –comentó, impaciente, y la miró–. Skye, ¿quieres venir conmigo?

–¿A Londres?

–No es el antro de perversión que dicen –le dijo él, sonriéndole con cariño–. Y menos a las nueve de la mañana.

–Ya lo sé. Es sólo que, ¿no te estorbaré?

–Puede –respondió él con su habitual franqueza–. Pero podré superarlo.

–Entonces me quedaré aquí –decidió ella, con una sonrisa triste.

Fue su invitación a ir con él lo que le hizo saber que estaría bien hasta su regreso.

–¡Mujeres! O mejor, ¡mujer! Creo que nunca conseguiré entenderos.

–¿Te gustaría? –se burló ella–. Creía que eran las diferencias inexplicables entre hombres y mujeres lo que nos hacían interesantes para el sexo contrario.

Falkner la apoyó en el respaldo de la silla y se puso de pie, haciendo un gesto de dolor al estirar la pierna.

–Puede ser. Es demasiado temprano para pensar en esas cosas.

Skye frunció el ceño al verlo andar de forma extraña, apoyando la mayor parte del peso en la pierna izquierda, y se mojó los labios antes de preguntar.

–¿Todavía te duele, la pierna?

Fue como si una persiana hubiera caído sobre los expresivos ojos azules de Falkner, que de nuevo adoptó una expresión distante.

–Sí, todavía me duele. ¿Por qué lo quieres saber?

–Sólo me preguntaba…

Se calló al observar que estaba sobrepasando la línea al ver cómo él apretaba con fuerza la mandíbula.

–¿Sí? –la presionó él–. ¿Sólo te preguntabas qué?

–Si todavía puedes montar a caballo –contestó ella, antes de morderse el labio inferior–. Y si echas de menos competir –continuó, lamentando haber empezado la conversación.

–No es que sea asunto tuyo, pero sí, todavía puedo montar. Hasta cierto punto. Y en cuanto a competir… –empezó, y la expresión de su rostro era desoladora–. Bueno, algún día hubiera tenido que dejarlo de todos modos.

Ella pensó para sus adentros que sí, pero no de aquel modo abrupto. Hasta el día del accidente había sido uno de los mejores jinetes del mundo, y estaba segura de que debía de echar de menos todo aquello.

–Skye –reaccionó él, que parecía leer la lástima en sus ojos–. Ya deberías saber que la autocompasión es un sentimiento para el que no tengo tiempo. Y respecto a la compasión de otro, te sugeriría que te concentraras en tus propias lesiones y me dejaras en paz con las mías –le espetó, antes de volverse–. Debería estar de vuelta para comer, pero si no he vuelto come sin mí.

Mientras lo veía marchar cojeando, Skye se preguntó si alguna vez le volvería a apetecer comer. No había pretendido enfadarlo, pues estaba muy agradecida de lo amable que estaba siendo con ella desde que había ido al hospital, pero no podía evitar sentir curiosidad respecto a él, quería saber todo lo que le había ocurrido en aquellos seis años.

–Y, Skye –se detuvo cuando llegó a la puerta, y ella lo miró con esperanza–. Ya sé que en un principio te dije que no me importaba que anduvieras desnuda alrededor de la casa, pero si vuelves a tener ganas de bajar a tomar algo en mitad noche, ponte algo más de

ropa, ¿vale? La señora Graham podría asustarse.

Tras aquello, se fue cerrando con cuidado la puerta de la cocina. Skye se quedó mirando boquiabierta. No se le había ocurrido pensar que Falkner podía haberse dado cuenta de su desnudez bajo el camisón cuando la había sujetado entre los brazos.

Aunque entonces se preguntó por qué no, puesto que ella había sido consciente de él en cada poro de su piel.

Capítulo 4

Qué estás haciendo exactamente?

Skye dio un respingo al reconocer la aspereza en la voz de Falkner, y se estiró lentamente para mirar por encima de la cruz de Tormenta, hacia donde él estaba en la puerta del establo, con una expresión que no decía nada puesto que estaba a contraluz. Pero la impaciencia de su voz había sido suficiente indicativo de su humor.

–¿Cepillar a Tormenta? –contestó, de forma innecesaria, pues era obvio lo que hacía.

–Contra las instrucciones del médico –la reprendió él–. Y contra las mías –añadió, irritado, mientras se acercaba a ella tras cerrar la puerta baja del establo.

Skye podía hacerse una idea de qué instrucciones le molestaba más que no cumpliera. Pero había estado gran parte de la mañana en la cocina hablando con la señora Graham y hojeando algunos libros de cocina, que eran todo cuanto la mujer tenía para leer. Había comido los huevos revueltos que el ama de llaves había insistido en prepararle y Falkner todavía seguía sin regresar de su reunión de negocios. Pudiendo elegir entre ser un estorbo en la cocina toda la tarde o ir al establo a ver a Tormenta, Skye tenía claro lo que prefería. Y una vez en el establo le había parecido tonto no darle un relajante cepillado a Tormenta. Aunque, por la expresión reprobatoria de Falkner, se daba cuenta de que él no lo veía del mismo modo.

–Estoy bien –le aseguró, cepillando al caballo para demostrarlo–. ¿Ves? No duele.

A Falkner parecía costarle no darle los azotes que había mencionado el día anterior.

–Te dejo sola unas horas y…

–Falkner, tengo veinticuatro años, ¡no cuatro! –protestó ella, y sus ojos echaban chispas.

–Una niña de cuatro años con las costillas rotas sabría que no debería cepillar a un caballo –replicó él, mordazmente–. No se

puede confiar en que te comportes ni siquiera unas horas, ¿verdad?

–Se puede confiar en mí –dijo ella, que se había quedado quieta, y apretó la mandíbula en un esfuerzo por controlar su mal humor.

–No estoy de acuerdo… No lo decía en ese sentido, Skye –se exasperó él al darse cuenta de lo que ella hablaba–. Nunca he creído esas historias sobre Connor.

Demasiada gente las había creído, aunque la quiebra de O'Hara Whiskey aún se estaba investigando. Pero Skye reconoció amargamente que ya no tenía sentido, pues con su padre muerto ya daba lo mismo por qué o cómo había fracasado la compañía.

–¿Skye?

–¿Has tenido una mañana fructífera? –le preguntó ella, intentando escapar de su desolación.

–No ha estado mal –contestó él encogiéndose de hombros y sin sacarse las manos de los bolsillos–. No me molestaré en preguntarte qué has hecho tú.

–Creía que era tu invitada, Falkner, no tu prisionera.

–Y yo creía que estabas convaleciente de tus heridas.

–Y lo estoy –suspiró ella, y guardó el equipo del cepillado en la caja–, pero me aburro. Hay tantos libros de cocina que son lo único que puedo mirar que me dan ganas de tirarlos por la ventana. Sobre todo porque no sé cocinar.

–¿Nada? –preguntó él alzando sus cejas rubias.

–Huevos con bacon –contestó ella encogiéndose de hombros–, para cuando teníamos que madrugar. Pero aparte de eso, nada más –admitió con desgana, imaginándose que a Falkner no se le ocurriría otra cosa que insistirle en que pasara tiempo en la cocina con la señora Graham para aprender–. Era la ayudante de mi padre –se defendió–. Sé llevar una oficina, un establo, hacer un café buenísimo, hasta cambiar una rueda de cualquier vehículo, pero no sé nada de tareas domésticas.

En Irlanda siempre les había llevado la casa un ama de llaves, y hasta que apareció Shanna, ella ni siquiera había tenido una falda o un vestido; había sido su nueva tía la que había insistido en llevársela a comprar ropa más femenina. Quizá para alguna gente su educación, hasta hacía seis años, por parte de dos viejos solteros había sido poco ortodoxa, pero Skye nunca había sentido que le faltara nada. Falkner sonreía mientras ella lo miraba desafiante.

–En ese caso, harás de algún afortunado un marido fantástico.

–No voy a hacer nada a ningún afortunado –gruñó ella–. No me voy a casar.

–¿Por qué diablos no? –preguntó él, sorprendido.

–Porque… –se calló cuando Tormenta la rozó con el hocico, protestando porque no le hiciera caso–. Necesita hacer ejercicio.

–Le diré a George que lo saque. Espera un par de días antes de intentarlo tú, ¿vale?

–A Tormenta no le gusta que lo monte nadie más que yo –protestó.

–Y yo –le dijo él, calmadamente–. Lo monté en Irlanda, Skye.

–¿Lo montaste?

Skye no pudo ocultar su sorpresa, puesto que a medida que había ido creciendo, Tormenta se había vuelto más cascarrabias, tanto que incluso su mozo de cuadra se negaba a montarlo.

–Tenía que acostumbrarse rápido a mí si íbamos a viajar hasta aquí juntos –explicó Falkner–. Pero casi rompió el remolque a coces en un intento de mostrar su descontento.

–Pobrecito –comentó Skye, volviéndose al caballo, y le acarició el cuello.

–¿Y yo qué? –protestó Falkner.

–Tú habías elegido estar allí –contestó ella alzando una ceja–. Tormenta no.

–¡Serás desagradecida! Me dolía todo el cuerpo para cuando llegamos aquí a medianoche.

–Estoy segura de que te recuperaste con un buen baño caliente –replicó Skye.

En realidad, no era tan poco comprensiva como demostraba, pero sabía que Falkner no agradecería que ella prestara demasiada atención a las heridas que todavía lo incomodaban. Sin embargo, Skye había notado que aquella tarde cojeaba más; resultaba evidente que el viaje a Londres lo había cansado más de lo que estaba dispuesto a admitir, por lo que dedujo que el viaje desde Irlanda con Tormenta debía de haberle resultado extremadamente incómodo. Aquello le hizo preguntarse de nuevo por qué se habría molestado tanto.

–Ya veo que no voy a obtener ninguna comprensión por tu parte –murmuró Falkner–. Voy a ir a la ciudad en unos minutos. ¿Quieres

algo de allí?

–¡Ir contigo! –exclamó ella, con la expresión iluminada.

–No creo que sea buena idea.

–¿Y se puede saber por qué no? –protestó ella.

–Se supone que estás reposando…

–¡Si reposo más hoy voy a gritar! –le advirtió con decisión.

–Si hubiera sabido que ibas a ser tan problemática te habría dejado en el hospital.

–Y si yo hubiera sabido que iba a estar retenida aquí como una prisionera me habría quedado –replicó ella, mirándolo desafiante desde el rincón del establo.

–Es la segunda vez en pocos minutos que dices sentirte prisionera. ¿De verdad te sientes así?

La exaltación de Skye flaqueó al ver lo ingrata que parecía. Al fin y al cabo, él había ido a verla al hospital, lo cual era mucho más de lo que se podía decir de algunos de los supuestos amigos de su padre. El hecho de que tuviera otras cosas que hacer, dejándola a ella sin nada en que ocuparse, no era culpa suya.

–La verdad es que no –suspiró con fuerza–. Es sólo que me voy a volver loca.

Falkner se quedó mirándola unos minutos antes de asentir ligeramente.

–De acuerdo.

–¿De acuerdo? –repitió ella con los ojos muy abiertos.

–De acuerdo –asintió él, con mirada burlona.

–¿De verdad puedo ir contigo?

–De verdad puedes venir conmigo.

–Muchas gracias, Falkner –exclamó, y se lanzó a sus brazos.

Al instante se quejó de dolor cuando dos de sus costillas le recordaron que se habían roto recientemente. Aun así, no hizo el menor esfuerzo por separarse de Falkner. Se sentía muy a gusto con él, sentía calidez y protección; se sentía tan bien que se permitió aquel lujo durante unos maravillosos minutos más. Él movió los brazos lentamente para abrazarla por la cintura y bajó la cabeza para apoyarla en ella mientras ella se acomodaba contra su hombro.

Skye cerró los ojos, consciente de que estaba exactamente en el lugar donde había deseado volver a estar durante seis largos años. Por supuesto, habían sucedido muchos acontecimientos en aquel

tiempo, pero en aquel preciso instante, en el que respiraba el cálido aliento de Falkner apretada contra la dureza de su cuerpo, Skye se permitió perderse en el puro placer de simplemente estar allí.

–Skye, yo… ¡Oye! –chilló, y se volvió a Tormenta, que también lo miró con aire altivo–. ¡Me ha mordido! –protestó, y soltó a Skye para frotarse el hombro mordido.

Skye miró al caballo y al hombre, que se miraban fijamente, y no pudo contener la risa. De hecho, se rió tanto que tenía lágrimas en los ojos cuando por fin se incorporó y los miró, sólo para echarse a reír de nuevo al ver que los dos la contemplaban con el mismo desdén inquisitivo.

–Ya sé por qué no te vas a casar –masculló Falkner, y la agarró por el brazo para sacarla del establo–. Ese monstruo nunca dejará que ningún hombre se acerque a ti.

–Tampoco discute conmigo.

–No le hace falta –murmuró él, que seguía frotándose el hombro.

–¿Te ha hecho daño de verdad? –se puso seria ella, preocupada–. Quizá debería mirártelo.

–No –repuso él, y suspiró al ver cómo ella abría los ojos, sorprendida–. Estoy bien. Será mejor que vayamos a la ciudad antes de que cierren todas las tiendas.

A Skye le agradó la sugerencia, aunque no podía comprender la reticencia de Falkner a que le mirara el hombro. Había leído todo sobre el accidente hacía tres años en los periódicos, y pensaba que eran sólo las piernas lo que tenía dañadas, pero quizá tenía alguna otra lesión que le hacía rechazar su ayuda.

–¿Quieres que conduzca yo? –se ofreció al llegar al coche.

–¿Crees que podrías?

–Puedo intentarlo –contestó ella, aunque no creía que pudiera, pues le dolían enormemente las costillas, pero no iba a admitirlo porque veía a Falkner muy cansado.

–No, gracias –rechazó él, mientras le abría la puerta del acompañante, y la ayudó a sentarse, perdiendo ligeramente el equilibrio–. ¡Parecemos una pareja de carcamales! –comentó al sentarse en el asiento del conductor.

–Habla por ti –repuso ella.

–Todavía te consideras una niña, ¿eh? –le preguntó él tras arrancar el coche.

–No me considero ni vieja ni carcamal; eso seguro.

–Te aseguro que la lesión de mi pierna no se nota cuando estoy en posición horizontal.

Skye abrió la boca para ofrecerle otra respuesta inteligente, pero la cerró al imaginar las circunstancias en que se hallaría en posición horizontal.

–Vaya, vaya, por fin te has quedado sin habla –se burló Falkner, arrastrando las palabras.

–No te acostumbres –contestó ella al fin–. Nunca me quedo sin palabras mucho tiempo.

–Ya me he dado cuenta.

Después de aquel breve intercambio que tanta confusión le había proporcionado, el silencio posterior le resultó más amigable que incómodo, pues Skye disfrutó del aire fresco. A solas con Falkner y en un paisaje hermoso, casi logró olvidarse durante unos momentos de la pesadilla en que se había convertido su vida.

La ciudad más cercana, como la había llamado Falkner, resultó ser un hermoso pueblo campestre que a lo largo de los años había crecido hasta ser una pequeña ciudad comercial, y cuyas calles estrechas y casitas con tejados de paja recordaban a Skye a su hogar.

–Necesito unas cosas de la farmacia –informó a Falkner una vez aparcado el coche en la plaza.

–Voy contigo –se ofreció él.

–Eh, no, prefiero que no vengas –rechazó ella–. Tengo que comprar cosas personales.

–¿Personales? Ah. Está bien –asintió–. Yo tengo que comprar sellos. ¿Te parece que nos encontremos aquí después?

Le pareció perfecto. Era la primera vez en mucho tiempo que se sentía a su aire. Le pareció una ciudad muy agradable para pasear, y la gente era muy amigable y saludaba con una sonrisa al cruzarse con ella. Todo era muy normal, algo que tampoco había tenido en mucho tiempo.

Sin embargo, se sorprendió un poco al regresar a la plaza con sus compras y ver a Falkner de pie junto al coche charlando con una vivaz mujer castaña. Sabía que no debía sentir celos y, amándolo como lo hacía, debía saber mejor que nadie lo atractivo que resultaba Falkner a las mujeres. Aun así, la presencia de aquella

mujer la puso en un aprieto, pues no sabía si reunirse con él de todos modos o dejarlo con su conversación en privado.

Una parte de ella le decía que estaba haciendo el ridículo, puesto que lo sensato sería reunirse con él como si no encontrara nada extraño en que estuviera hablando con otra mujer, pero otra parte de ella no quería confirmar que aquella hermosa mujer era la que estaba en la vida de Falkner en aquellos momentos. Comprendió que el hecho de que no viviera ninguna mujer en la casa no significaba que Falkner no estuviera con nadie. De hecho, el comentario sobre que sus lesiones no suponían ningún problema en posición horizontal hacía pensar más bien lo contrario.

Skye se dijo que era una cobarde, y que el hecho de que estuviera sonriendo abiertamente a aquella mujer, con una actitud de total calidez, no significaba que tuviera una relación con ella. O quizá sí, pensó, pues se consideraba tan sólo una niña en cuanto a relaciones se refería. Su única experiencia había sido la de su tío Seamus y Shanna, y no era un buen ejemplo.

Por fin, decidió andar de forma natural hacia ellos, consciente de que no podía seguir merodeando en la esquina de la calle, pues varias personas ya la habían mirado con curiosidad. La mujer estaba de espaldas a ella, pero Falkner la vio cruzar la calle.

–Ah, ya estás aquí –la saludó, quizá más alegremente de lo necesario, pensó ella.

La mujer también se volvió, y su sonrisa desapareció al instante al tiempo que abría los ojos con evidente sorpresa.

–Selina –dijo, con voz entrecortada.

–No, yo… –negó Skye, consternada.

–Belinda, ésta es Skye O'Hara –la interrumpió Falkner, y se movió para ponerse al lado de su protegida–. Skye, ésta es Belinda…

–Lo siento –lo cortó la otra mujer–. Por un momento, con el sol detrás y como también tienes el pelo rojo… Pero está claro que no eres Selina –rechazó con una sonrisa forzada–. ¿Has dicho Skye O'Hara, Falkner? –cayó de repente, frunciendo el ceño.

Más de cerca, Skye vio que la mujer era mayor de lo que había creído al principio, entre treinta y treinta y cinco años. Claro que aquello no debía importarle a Falkner, pues se acercaba más a su edad que ella misma. Sin embargo, le había extrañado mucho que la

hubiera confundido con Selina, su primera mujer. Por lo que ella sabía, había desaparecido de la vida de Falkner hacía años, aunque por lo que se veía también era pelirroja. Se olvidó de todo aquello cuando Falkner contestó.

–Sí, eso he dicho –aclaró, y a Skye le pareció que tenía la mirada clavada en Belinda, una mirada de advertencia.

–Qué nombre más bonito –comentó la mujer, sonriente.

Skye se había puesto a la defensiva al ver la mirada que se habían cruzado, y no se dejó engañar por la amabilidad de la mujer. Era obvio que había oído su nombre antes, si es que no la había incluso reconocido, y por supuesto en circunstancias poco favorables.

–¿Cuál, Skye u O'Hara? –la retó.

Belinda enrojeció y enseguida Skye se arrepintió, pues consideró que debería estar acostumbrada ya a que la gente conociera su nombre e incluso su rostro.

–Tenemos que irnos ya, me temo –interrumpió Falkner, al tiempo que agarraba a Skye del antebrazo, y Belinda parpadeó y asintió con la cabeza, nerviosa.

–Les he dicho a los niños que los llevaría a verte después del colegio si ya has vuelto –le comentó, preguntando.

–He vuelto –contestó él, arrastrando las palabras.

–Entonces, ¿puedo llevarlos?

–¿Por qué no? –respondió él, encogiéndose de hombros.

–Ha sido un placer conocerte, Skye –se despidió Belinda, sonriéndole.

–La volverás a ver en unos minutos. Skye se está quedando en mi casa –le explicó.

Skye todavía le estaba dando vueltas a lo de los niños, pues no sabía de qué niños estaba hablando. Por lo que ella sabía, Falkner sólo se había casado una vez y no había niños como resultado de aquel fugaz matrimonio. Falkner la sacó de sus pensamientos al apretarle el brazo, y se volvió a sonreír a la mujer.

–Parece que te veré pronto entonces yo también –respondió Skye con cortesía.

Tendría que volver a verla pese a no saber quién era aquella mujer, ni lo que significaba para Falkner.

Capítulo 5

Es mi hermana.

Skye estaba tan sumida en sus pensamientos, mientras regresaban a la casa, acerca de la desconcertante confusión sobre su identidad, al hecho de que obviamente Belinda había oído su nombre antes y acerca del papel exacto que jugaba ésta en la vida de Falkner, que las palabras tardaron en penetrar en su cabeza.

–Mi hermana pequeña, claro –continuó Falkner–. Los niños que va a traer son mis sobrinos, Melissa y Jeremy, aunque en la familia les llamamos Lissa y Jemmy.

Skye se preguntó si resultaba tan evidente que le preocupaba saber en qué parte de su vida encajaban Belinda y los niños. Consideró que Falkner se estaba portando muy bien llevándola a su casa y que no necesitaba la complicación de averiguar que ella había estado tontamente enamorada de él todos aquellos años. Tragó saliva y forzó una sonrisa.

–Parece muy simpática –respondió, mientras reevaluaba aquella relación.

–Lo es –aseguró él, mirándola burlonamente–. Y ahora también siente mucha curiosidad sobre dónde encajas en mi vida.

–¿Cómo puedes saber eso? –preguntó ella, puesto que Belinda se acababa de enterar de que Skye estaba con él.

–Es mi hermana, y todas las hermanas sienten curiosidad sobre las mujeres que ven con sus hermanos.

–Entiendo –dijo ella, y se mordió el labio inferior–. No pretendo ser ningún estorbo con tu familia.

–No lo eres –se rió él–. Belinda ha estado emparejándome desde que yo recuerde. Sin ningún éxito –añadió con dureza.

Skye no pudo evitar preguntarse si Belinda habría tenido algo que ver en que Selina y él se conocieran. De ser así, no le extrañaba que ahora viese sus ardides de casamentera de forma negativa.

–Estoy segura de que lo hace con buena intención –dijo.

–También lo hacía Lucrecia Borgia, probablemente –se burló él.

Skye rompió a reír por la comparación.

–No creo que Lucrecia Borgia emparejara a mucha gente; estaba demasiado ocupada con los casamientos que le imponían su padre y su hermano.

–Me doy por corregido –afirmó Falkner, admirándola–. En cualquier caso, los esfuerzos de Belinda son inútiles en lo que a mí respecta –añadió con decisión.

–No hay que tropezar dos veces en la misma piedra, ¿no es eso?

–Creo que esa pregunta entra dentro del apartado de «Personal», Skye.

Ella se quedó pálida, aunque reconoció que tenía razón. Sin embargo, le molestaba que él supiera tanto de su vida privada y no podía evitar sentir curiosidad respecto a la de él. Si lo pensaba, sabía que sus padres vivían en Florida y que tenía una hermana llamada Belinda que obviamente vivía cerca con su familia, pero no eran cosas trascendentales, no como las cosas personales que él sabía sobre ella. Además, sintiendo lo que sentía por él, no podía evitar tener curiosidad sobre su corto matrimonio.

–Lo siento.

–Skye –dijo él, tras un grave suspiro–, hasta que tuve que retirarme del circuito profesional, hace tres años, mi vida era un libro abierto, sin nada, aparentemente, demasiado personal para aparecer en los periódicos. Cuando Selina y yo nos separamos también estuvo en los titulares, pero entonces todo se calmó. El divorcio lo volvió a disparar un año después. No te haces idea del alivio que han supuesto estos dos últimos años de relativo anonimato.

Skye no pudo estar más en desacuerdo, puesto que a ella le había ocurrido al contrario; la mayor parte de su vida la había pasado tranquilamente con su padre, hasta la pesadilla de la publicidad de los seis últimos meses. Comprendía perfectamente el deseo de anonimato de Falkner.

–Si eso es lo que sientes no deberías haber venido al hospital a verme, por no hablar de traerme a tu casa.

Le sorprendía que no hubiera reporteros acampados frente a su casa, esperando a ver a la hija de Connor O'Hara. Falkner la miró con pesar.

–¿Y en qué clase de amigo me convertiría eso?

–¿En uno sensato? –sugirió.

–¿Sabes, Skye? –dijo él con una gran sonrisa–. Si yo fuera más sensible me sentiría muy dolido por tu continua desgana de estar cerca de mí.

Skye reflexionó sobre lo equivocado que estaba, pues Falkner era exactamente la persona con la que deseaba estar, la misma persona con la que había deseado estar desde hacía seis años. Negó con la cabeza.

–No lo decía por mí, Falkner. Parece que están tardando, pero en cuanto la prensa se entere de que estoy en tu casa, me temo que tu anonimato volará por los aires una temporada.

–No te preocupes, ya soy maduro, y puedo aguantar todo lo que me echen. Y en cuanto a lo de que tarden… –hizo una pausa–. No sé si lo habrás notado, pero esta mañana hemos salido por un camino bastante oculto, el mismo por el que vamos a entrar –explicó, y giró el coche hasta un camino lleno de baches–. La razón es que me han informado de que ya hay gente de la prensa esperándonos en la entrada principal.

Skye se encogió en el asiento. Por supuesto se había dado cuenta de que no habían salido por la puerta principal, pero había supuesto que sería un camino más directo para ir al pueblo. Desde luego, no se le había ocurrido que pudiera haber una razón mucho más siniestra.

–¿Cómo lo aguantaste, Falkner? –imploró, ahogándose, y hundió la cabeza entre las manos–. ¿Cuánto más puedo aguantar?

De nuevo le dolía la pérdida de su padre. No se dio cuenta de que Falkner había detenido el coche hasta que la abrazó.

–Lo que haga falta, Skye –le susurró él con dulzura–. Lo estás haciendo muy bien –añadió, al ver que ella no daba más respuesta que acurrucarse entre sus brazos.

–¿Lo estoy haciendo muy bien? –repitió ella, que levantó la cara llena de lágrimas y negó con la cabeza–. ¿Cómo puedes decir eso cuando lo único que quiero es encontrar un lugar tranquilo para esconderme hasta que todo esto acabe?

–Porque todavía estás aquí y no allí –razonó él, agarrándole los brazos–. Skye, ¿crees que no sé cómo te sientes? Claro que lo sé. Pero lo cierto es que no vas a huir sino que te vas a quedar aquí, porque sabes que es lo que Connor habría querido.

Tenía razón. A pesar de todos los problemas de O'Hara Whiskey, de los rumores, la especulación en los periódicos, la reacción de los accionistas y toda la mala publicidad que había seguido, el padre de Skye había continuado viviendo tan abiertamente como siempre y se había negado a dejarse acobardar por nada de aquello, exactamente lo que ella estaba haciendo ahora en su lugar.

Falkner la miró intensamente con aquella mirada azul, y logró hacerle querer seguir, no dejarse arrastrar por las sensaciones de pánico que le hacían querer cortar con todo y huir. Por otro lado, tampoco podía, aunque sólo fuera porque debía asistir al funeral de su padre dentro de tres días. Se estiró y Falkner la soltó. Aun así, todavía sentía su calor en la piel.

–Lo siento –suspiró–. Lo del arrebato. Intentaré no volverlo a hacer.

Al decir aquello tragó saliva y levantó la barbilla con decisión. Falkner se sentó bien en su asiento y asintió.

–Sé que lo harás. Pero estoy aquí si me necesitas, Skye. Intenta recordarlo, ¿vale?

–Lo recordaré –aceptó ella, intentando sonreír.

–Eso está mejor –reconoció él, y volvió a arrancar para conducir a la parte de atrás de la casa.

–Falkner –lo llamó Skye unos segundos después, una vez controlados sus sentimientos.

–¿Sí? –preguntó él de forma distraída.

–Ayer dijiste que me habías visto en estos seis meses –dijo, mirándolo expectante.

Él la miró de reojo y sonrió.

–¿Por qué será que las mujeres parecen recordar perfectamente cada comentario que un hombre haga de ellas?

–¿Mientras que los hombres no recuerdan una sola cosa que le diga una mujer? –respondió ella.

–Recordamos las cosas importantes –negó él, abriendo más la sonrisa.

–¿Como por ejemplo?

–Como por ejemplo, como….

–¿Lo ves? –saltó ella–. Y todavía no has contestado a mi pregunta.

–¡La he olvidado! –bromeó él–. Mira, hemos tardado tanto que

Belinda y los chicos ya han llegado.

Skye se giró y vio una ranchera verde aparcada frente a la casa.

–Qué oportunos.

Falkner aparcó junto al coche de su hermana e inclinó la cabeza burlonamente.

–De vez en cuando las hermanas sirven para algo.

Skye decidió mientras salía del coche que volvería a sacar el tema en un momento más oportuno, pues ahora no tuvo tiempo puesto que dos pequeños tornados salieron a todo correr de la casa, los dos decididos a ser el primero en abalanzarse a los brazos de su tío.

–¡Vale, vale! –murmuró él cuando los dos niños estuvieron a punto de tirarlo al suelo–. Que sólo me he ido tres días, no tres años –dijo, y tomó a cada uno en un brazo.

Skye estaba segura de que aquello no podía ser bueno para su pierna. Le pareció evidente que los niños, ambos morenos y con los ojos azules, debían ser mellizos, y que tendrían unos seis años. También le pareció que eran muy grandes para su edad.

–Bajad, vosotros dos.

La madre los había seguido y se detuvo en los escalones hasta que Lissa y Jemmy bajaron de los brazos de su tío.

–Mejor. Ahora saludad correctamente a la invitada del tío Falkner.

Los dos niños miraron a Skye con vergüenza, y Lissa, obviamente la líder, sonrió abiertamente mientras que Jemmy se había situado tras las piernas de su tío, desde donde la observaba.

–Hola –saludó Skye con una sonrisa–. Lissa y Jemmy, ¿verdad? Yo soy Skye.

Jemmy levantó la vista al cielo y volvió a mirar a la chica.

–Porque tienes los ojos azules como el cielo –apuntó Lissa, más desinhibida.

–Sí –confirmó ella, que miró a Falkner como diciendo que hasta un niño sabía de dónde procedía su nombre.

–Hemos venido a tomar el té –la informó Lissa–. ¿Verdad, tío Fork? –preguntó, mirando a su tío y metiendo su manita en la de él.

–Eso parece. De hecho, no me extrañaría que la señora Graham estuviera preparándolo ya.

–¿Estás seguro de que no te importa que te molesten hoy? –

preguntó Belinda.

A Skye le pareció obvio que lo decía porque estaba ella, pero ya había decidido que le caía bien la hermana de Falkner, y los sobrinos le parecían encantadores, cada uno agarrado de una mano de su tío.

–¿Creéis que habrá tostadas con mermelada? –preguntó a los mellizos–. A mí me encantan.

–A mí también –aseveró tímidamente Jemmy–. De fresa.

–De fresa, por supuesto –confirmó Skye, y los precedió por las escaleras hasta donde esperaba Belinda.

–Y tarta de chocolate –añadió alegremente Lissa.

–Es mi favorita –asintió ella, que se volvió a sonreír a Belinda–. Tienes unos hijos encantadores.

–Deberías probar a cuidarlos una semana – bromeó ella con una mueca.

–Yo ya lo he hecho –comentó Falkner–. ¡Todavía tengo las cicatrices que lo demuestran!

Oyendo cómo la familia de Falkner se dirigía a él con tanto afecto, y viéndolo con dos niños tan adorables como Lissa y Jemmy, Skye pensó que el mundo no era tan terrible.

–Creo –le susurró Falkner al oído cuando entraron todos en la casa– que el tío Fork y tú deberíais tener una pequeña charla más tarde.

–¿En serio? –le preguntó ella, también susurrando, asegurándose de que nadie los oía.

–En serio –repitió él.

–Esperaré ansiosa –se burló ella.

–Tío Fork, ¿nos has traído un regalo de Irlanda? –preguntó de repente Lissa.

–¡Melissa Chapman! –la reprobó su madre–. ¿Qué te he dicho acerca de pedir regalos?

–Que espere a que me los ofrezcan y después dé las gracias –recitó la niña–. Sólo se lo he preguntado por si se le había olvidado.

–Tienes toda la razón, Lissa –admitió Falkner, haciendo verdaderos esfuerzos por reprimir la risa–, se me había olvidado. Creo que hay un regalo para cada uno en la mesa de mi despacho.

Antes de que terminara de decirlo, los niños ya estaban corriendo por el pasillo que daba al despacho. Falkner se echó a reír

y al instante se le unió su hermana.

–Son incorregibles –dijo Belinda con pesar–. Siento todo esto, Skye.

Skye no había seguido la conversación, puesto que se había quedado pensando en la mención de Lissa sobre el viaje de Falkner a Irlanda. Era obvio que su familia sabía dónde había estado, pero se preguntó si también sabrían que había sido por ella.

–No tienes nada que sentir –la tranquilizó–. Ya te he dicho que tus hijos me parecen fantásticos.

Por otro lado, sentía que la intrusa era ella, pues por la familiaridad con que se trataban le resultó evidente que los niños iban a tomar el té regularmente.

Fue precisamente la euforia de los niños lo que hizo que se le pasara la tarde de forma muy relajada, con Lissa sin parar de hablar de su muñeca nueva y Jemmy fascinado con su juguete transformable, y ambos devorando la merienda que les había preparado la señora Graham. De hecho, Skye se encontraba tan cómoda que no se sintió en absoluto fuera de lugar cuando Falkner tuvo que ir a atender una llamada.

–Siento mucho tu pérdida –le dijo Belinda en tono suave, sin llamar la atención de los niños, concentrados en su tarta de chocolate. Skye tragó saliva.

–Gracias –contestó con voz ronca, al comprobar que la mujer sabía perfectamente quién era ella y quién era su padre–. No sé qué habría hecho sin Falkner estos últimos días.

–Tu padre y él eran muy buenos amigos.

Eso parecía. Lo cual le hacía parecer más extraño que ella no hubiera estado al corriente de su continuada amistad al abandonar Falkner los caballos.

–Sí.

–No quiero decir que no lo seáis vosotros –se apresuró a seguir Belinda, avergonzada–. Es que conocía a tu padre de haberlo visto aquí varias veces.

–Belinda, ¿crees que podría hablar contigo en privado antes de que te fueras?

Falkner, con rostro impasible, habló desde la puerta de la cocina. Aunque su rostro no tuviera expresión alguna, Skye sintió su descontento, y también Belinda, a juzgar por la rapidez con que

salió de la cocina.

Cuando diez minutos más tarde Belinda no había regresado, Skye se excusó con el pretexto de ir al baño, segura de que los niños se quedarían muy contentos con la indulgente señora Graham. No quería en realidad escuchar tras la puerta, sino que iba a buscar a Belinda y Falkner sin alarmar a los niños, pues dada la tardanza se preguntaba si ocurriría algo. Pero al pasar por la puerta entreabierta del despacho, las palabras de Belinda la dejaron helada.

–Sabes que habrá que decirle a Skye lo que está pasando, Falkner.

–Y crees que ahora es el momento adecuado, ¿no?

–¿Alguna vez va a ser el momento adecuado?

–El funeral es dentro de tres días. Dejémoslo hasta entonces, ¿vale? –gruñó él.

–No veo en qué va a cambiar las cosas dejarlo para…

–No recuerdo haberte pedido tu opinión –la cortó él duramente–, ¡sólo tu cooperación!

Skye sabía que si Falkner le hablaba de aquel modo querría morirse, y por el silencio de Belinda, se veía que ella también estaba asustada por la dureza de su hermano.

–Lo siento, Lindy –suspiró Falkner–. No debía haberte metido en esto. Si supieras la tensión a la que estoy sometido en este momento.

–Después de haber conocido a Skye puedo hacerme una idea muy aproximada.

–No sumes dos y dos y que te dé cinco, ¿eh?

–No, con cuatro es suficiente. Falkner, ¿por qué…? ¿Qué ha sido eso? –dijo de repente–. Me ha parecido oír un ruido fuera.

El ruido que había oído Belinda eran los mellizos corriendo por el pasillo en busca de su madre y su tío. Skye se encontraba en medio, y sabía que no podría seguir allí de pie, pues si Lissa y Jemmy no la alcanzaban antes, en cualquier momento saldrían Belinda o Falkner para ver qué había sido el ruido y descubrirían que había estado escuchando.

–Cuidado –se volvió sonriendo a los niños, al ver que estaban a punto de chocarse contra ella.

Justo a tiempo, pues en aquel momento Falkner abrió la puerta

del despacho y frunció el ceño al ver a los tres allí.

–Los niños se preguntaban dónde os habríais metido –le dijo.

Falkner seguía con el ceño fruncido y con los ojos entrecerrados, en una clara evidencia de que la explicación no lo había convencido.

–Le estaba diciendo a Falkner que deberíamos irnos ya –informó Belinda, que apareció tras la puerta–. Si no papá se va a preguntar dónde estamos cuando llegue a casa–dijo a los niños.

Skye también frunció el ceño, pues sabía que no era aquello de lo que estaba hablando, y se preguntó qué significado tendría la conversación que acababa de escuchar, qué le estaría ocultando Falkner y por qué.

–Lo cierto es que le estaba recordando a Falkner la barbacoa que vamos a hacer el domingo para celebrar el sexto cumpleaños de los niños –continuó Belinda–. A la cual, por supuesto, estás invitada. A Falkner no le parecía que fuese un buen momento para decírtelo.

Skye continuó mirando a la mujer con el ceño fruncido. Aquella explicación encajaba con lo que había oído, pero tampoco le acababa de convencer.

Capítulo 6

Sólo un par de horas, Skye, y todo esto habrá acabado –la tranquilizó Falkner amablemente mientras se sentaba a su lado.

«Todo esto» era el funeral de su padre. Skye había estado esperando con Falkner en el salón al coche que había llegado a las dos y media, y en el que aún se encontraban de camino a la iglesia, seguidos en otro coche por Belinda y su marido, Charles, los únicos otros asistentes al entierro.

–Estaré contigo todo el tiempo –le aseguró Falkner, y le agarró la mano–. ¡Estás helada!

Estaba más que eso; estaba entumecida, tanto física como emocionalmente, la única forma de poder sobrellevar aquellas dos horas.

Su tensión había ido incrementándose gradualmente en los tres últimos días, tanto que al final Falkner había desistido de intentar mantener una conversación con ella, pero al mismo tiempo no la había querido dejar sola ni un momento y se había asegurado de que siempre estuvieran con ella la señora Graham o Belinda si él tenía que salir.

Aquel día estaba siendo tan horrible como había creído, con reporteros rodeando el coche mientras salían, y varios de ellos saltando a otros coches para seguirlos.

–Skye...

–Estoy bien, Falkner –lo cortó de forma brusca–. Estoy bien –repitió, con la mirada perdida hacia delante.

Era lo único de ella que miraba hacia delante, pues por dentro no podía ver más allá del entierro. Falkner le había dicho que el abogado de su padre iría después para leer el testamento, algo en lo que ella no tenía el menor interés, puesto que su amor incondicional era lo único de valor que su padre hubiera podido dejarle.

–El tío Seamus debería estar aquí –expresó en alto sus pensamientos.

–Sí, debería.

–Es el único familiar de mi padre –le reprochó Skye, mirándolo con ojos de dolor.

–Un buen ejemplo de que se puede elegir a los amigos, pero no a la familia.

Era evidente que el tío Seamus no le había causado buena impresión, lo cual le daba pena puesto que ahora era su única familia. Se volvió a quedar en silencio y se quedó así durante el resto del viaje. Agarró con fuerza la mano de Falkner mientras él se abría paso entre los periodistas que esperaban en la iglesia, una mano a la que siguió agarrada durante toda la pesadilla de la ceremonia. Y después.

–¿Cuándo terminará, Falkner? –estalló al fin de regreso en la casa dos horas más tarde, y con su padre yaciendo junto a su madre, una mujer a quien nunca había conocido pero a quien su padre había amado hasta el final de sus días–. ¿Cuándo me dejarán en paz?

Los reporteros los habían seguido desde la salida de la iglesia hasta su casa.

–Os esperamos en la galería –susurró Belinda a Falkner, agarrada del brazo de su marido.

Los dejaron solos en la sala de estar, y Falkner abrazó suavemente a Skye y le acunó la cabeza contra su hombro.

–Nadie te va a hacer daño mientras esté yo aquí, Skye –le aseguró, con voz ronca.

Sin embargo, Skye sabía que no siempre estaría cerca, pues en algún momento tendría que recuperar las riendas de su vida. Se preguntó desesperada si los periodistas seguirían esperándola entonces. También se preguntó si no les parecía suficiente que la vida de su padre se hubiera arruinado justo antes de morir. Falkner respiró hondo ante su silencio.

–Skye, hay algunas cosas que debo decirte, pedirte…

–Falkner, siento mucho interrumpir –lo cortó de repente Belinda–, pero ha llegado el abogado.

–No puedo hacer eso ahora, Falkner –rogó Skye, con lágrimas en los ojos–. ¡No puedo!

–Claro que no puede –protestó Belinda, y cruzó la habitación para abrazarla–. Tendrá que volver en otro momento. Lo que Skye

necesita ahora es paz y tranquilidad, estar rodeada de gente a la que le importa.

El problema era que Skye no parecía tener a nadie a quien le importara, con su padre muerto y su tío en el hospital. Aunque sabía que Falkner y su familia habían sido muy cariñosos con ella, pero aquello acabaría pronto. Nunca se había sentido tan sola.

–Encárgate tú, ¿vale, Belinda? –le pidió Falkner con la mirada fija en Skye, que deambulaba como un zombi por la habitación para mirar sin ver por la ventana.

–Claro. Pero, Falkner…

–Ya lo sé, Lindy.

Skye apenas notaba la presencia de los hermanos, con una sensación de flotar, de no estar en aquel lugar, que se intensificaba a medida que miraba en la crudeza de su vida. Le había dicho a Falkner que se quedaría hasta el funeral, pero aquello ya había llegado, y ahora no sabía qué hacer con su vida ni a dónde ir. Irlanda le parecía el lugar más sensato, o el único, adonde ir, pero, como Falkner le había señalado, no le quedaba nada allí. Quizá su tío Seamus la necesitara un tiempo cuando saliera del hospital, pero incluso aquello no sería más que retrasar lo inevitable, que tendría que encontrar un trabajo, algún modo de sustento. Pero lo peor de todo era que una vez que se fuera ya no vería a Falkner.

–¿Skye?

Falkner apareció detrás de ella, y subió las manos para agarrarle los antebrazos. Ella tragó saliva, luchando contra el deseo de girarse y abalanzarse en sus brazos, algo que sólo los avergonzaría a los dos.

–No me importa lo que digan; mi padre era un buen hombre –le dijo, desafiante.

–Sí, lo era –confirmó él.

–¿Cómo es que tú crees eso y nadie más lo cree?

–Probablemente porque ellos no conocían a tu padre como nosotros.

–¡Oh, Falkner!

Estuvo a punto de desmayarse contra él al sentir cómo él la abrazaba con dulzura, y apoyó la cabeza contra su hombro mientras él le acariciaba el cabello.

–Mejorará, Skye –le dijo para tranquilizarla–. Ahora mismo todo

parece muy oscuro –suspiró–, pero mejorará.

–¿De verdad? –le preguntó ella, mirándolo con los ojos húmedos.

–Tiene que hacerlo –asintió él, y la besó en una ceja–. Cuando se toca fondo el único camino posible es hacia arriba.

–¿Eso piensas?

–Lo sé –le aseguró–. Skye, eres joven y guapa; te mereces lo mejor que la vida te pueda dar.

Ella consideraba que él era lo mejor que la vida podría darle, pero dudaba mucho que alguna vez fuera suyo. Se separó un poco de él, pues necesitaba poner alguna distancia entre ellos.

–Esos periodistas son como sabuesos aullando ante el olor de sus presas. ¿Qué les pasa?

–Skye, hay algunas cosas que no sabes.

–Falkner –se rió ella, nerviosa–, todo lo que no sé alcanzaría de aquí a…

–No me refiero a esas cosas. Skye, sentémonos, ¿de acuerdo? Tengo que hablar contigo.

Skye lo miró con el ceño fruncido y se sentó en la silla que él le había indicado frente a la chimenea con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas sobre la falda. Se sentía como una colegiala esperando su reprimenda, salvo porque no tenía ni idea de lo que había hecho.

–¿Sí? –le apremió.

Falkner parecía tener problemas en poner en palabras sus pensamientos, una circunstancia inusual, pues nunca lo había visto quedarse sin palabras.

Al observarlo, comprobó que aquellos días tampoco habían sido fáciles para él, al verlo con ojeras, arrugas en las mejillas junto al gesto severo de sus labios y una cautela que estaba convencida de que no era su actitud habitual.

–Deberías decírmelo –lo animó–. Si no, sólo voy a imaginar lo peor.

–Está bien –aceptó, y sonrió sin ganas–. Skye, yo… Quiero que consideres la idea de casarte conmigo.

Se quedó petrificada, sin poder ni pestañear, tan sólo mirándolo. De todo lo que hubiera podido imaginar que le iba a decir, desde luego habría sido cualquier cosa menos aquello. No sabía cuántas

veces había imaginado ser su esposa en los últimos seis años, que él se enamorara de ella, que ella le dijera lo mucho que lo amaba. Pero no era aquello precisamente lo que Falkner le estaba diciendo. Le había pedido que considerara la idea de casarse con él, lo cual era algo completamente distinto.

–Por Dios santo, ¡di algo! –refunfuñó él al fin.

–¿Por qué?

–¿Por qué decir algo? ¿O por qué…?

–¿Por qué iba a considerar la idea de casarme contigo? –lo corrigió impaciente.

Estaba convencida de que él sabía perfectamente a lo que se refería, pero estaba retrasando la respuesta. Se preguntó por qué. Él se puso de pie y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

–¿Por qué no? Vale, lo admito, probablemente no soy tu marido ideal. Por un lado, soy mayor que tú y el accidente me destrozó una pierna, pero soy rico, lo suficiente como para hacerme cargo de ti, y…

–¡Para ahí! –le ordenó ella al tiempo que también se ponía de pie, cada vez más convencida de que había algo completamente erróneo en aquella proposición de matrimonio, y era que no incluía una declaración de amor–. Falkner, ¿qué está pasando? ¿Por qué me pides que me case contigo? –le preguntó con mirada apremiante.

–No crees que sea porque eres una hermosa joven…

–No, no lo creo –lo cortó ella–. Como tampoco creo que sea porque te has enamorado de mí locamente.

–Sabía que debía haberme arrodillado como manda la tradición, pero pensé que sería algo embarazoso para los dos cuando no me pudiera volver a levantar.

Skye no correspondió a su gracia, segura como estaba de que no estaba más que retrasando la respuesta. Mentiría si no reconociera que cuando había oído por primera vez la mención al matrimonio de sus labios le había dado un vuelco el corazón, pero no había habido en su conducta ninguna muestra de amor hacia ella.

–Aquí hay algo más, Falkner, y creo que ya es hora de que me digas qué es.

Desde el principio había sentido que había algo extraño en la forma en que Falkner se había presentado en el hospital, llevándosela a su casa e incluso, más extraño aún, llevando a

Tormenta desde Irlanda. A pesar de todo aquello, aquella repentina propuesta de matrimonio le pareció lo más extraño que había hecho hasta entonces.

Skye estaba mirando expectante a Falkner, apenas capaz de contener su impaciencia, mientras él respiraba profundamente, cuando apareció la hermana por la puerta.

–Siento interrumpiros otra vez –se disculpó–, ya he hablado con el abogado –informó, y se dirigió a su hermano–. Ahora me temo que Charles y yo nos vamos –dijo, y miró a Skye con una sonrisa llena de disculpas–. La madre de Charles ha estado cuidando de los niños desde que los ha recogido del colegio, pero no se encuentra muy bien últimamente y no me gusta dejárselos mucho tiempo.

–Os agradezco mucho que hayáis venido, Belinda –le aseguró ella, y cruzó la habitación para despedirse con un breve abrazo–. Los dos habéis sido fantásticos estos días.

Skye había conocido a Charles la noche anterior, en que el matrimonio había cenado con ellos.

–Me ha alegrado serte de ayuda. No te molestes en acompañarnos, Falkner, te llamaremos luego esta tarde–dijo, y besó a su hermano en la mejilla.

El silencio en la habitación, una vez que se fue Belinda, se hizo demasiado pesado, y la tensión entre ambos se podía cortar.

–Falkner –lo rompió al fin Skye–, ¿podrías decirme ahora por qué me estás ofreciendo un matrimonio de conveniencia? –le preguntó, sin poder ocultar la indignación.

–Créeme, Skye, yo no considero que un matrimonio sea una conveniencia.

Tras el desastre de su anterior matrimonio, Skye estaba segura de que desde luego no lo consideraría así. De hecho, estaba convencida de que ni siquiera habría considerado nunca volver a casarse. Hasta aquel momento.

–Me estás dando evasivas.

–¡Claro que te estoy dando evasivas! –reventó él, tenso de rabia–. Tu reacción a mi propuesta no ha sido precisamente positiva, ¿no crees? De hecho, por cómo te comportas, cualquiera diría que te estoy ofreciendo mantenerte como a una querida.

–En lugar de eso me estás ofreciendo la frialdad de…

–Un matrimonio de conveniencia –terminó él furioso, y cruzó la

habitación en dos zancadas para agarrarla entre sus brazos y besarla con fuerza en los labios.

Fue como si aquellos seis años no hubieran transcurrido, exactamente igual que la primera vez que Falkner la había besado; su cuerpo se derritió y sintió cada centímetro de piel como si ardiera y la sangre latía con fuerza por sus venas. Entonces movió las manos de forma incontrolada sobre sus hombros y luego le agarró la mata de pelo y lo besó con todo el deseo que tenía reprimido en su interior. El cuerpo de él se curvó en perfecta composición con el suyo y sintió los pezones contra su pecho y los latidos de ambos corazones sonaban acompasados en sus oídos. Skye abrió los labios y él introdujo la lengua, acelerándole el pulso mientras ella se acercaba más, con los pezones erectos, el calor de sus muslos contra la dureza de los de él, y las manos de Falkner agarrándole la cara mientras la besaba a conciencia.

Skye dio un grito sofocado cuando él le puso una mano en el pecho y le acarició el pezón, provocándole un placer como no había sentido nunca. Lo deseaba; lo deseaba en aquel momento, de todas las maneras posibles.

Le apretó con fuerza los hombros cuando él separó la boca para besarle el cuello y mordisquearle el lóbulo de la oreja, con un aliento ardiente como lava contra su piel sensibilizada, al tiempo que movía la mano contra la suavidad de su seno y los muslos le indicaban su propia necesidad.

–¿Frío, Skye? –gruñó de repente–. No sé por qué no lo creo.

Aquellas palabras tuvieron el mismo efecto que un hielo en la espalda de Skye, que se separó para mirarlo. Falkner la seguía sujetando de los antebrazos mientras la miraba.

–¿De verdad sería tan horrible casarte conmigo? –preguntó, y la sacudió–. Podrías llevar una buena vida aquí como mi esposa. Sin preocupaciones de dinero, con toda la libertad para ser lo que quisieras, ir donde quisieras, ver a quien quisieras. Y tengo suficiente espacio para que montes a Tormenta.

Skye consideró que después de todo no estaría mal; de hecho, no podía imaginar nada que deseara más, pero no de aquel modo. Se separó de él, respirando con dificultad.

–Todavía no me has dicho por qué, Falkner.

–¡Por lo que te acabo de decir! –contestó él, separándose de

ella–. Porque sólo quiero cuidar de ti y protegerte.

–¿De qué? ¿Qué hay tan horrible ahí fuera que tienes la necesidad de protegerme casándote conmigo?

Falkner se quedó quieto de repente, aunque se notaban sus nervios en la mandíbula apretada.

–Nada, no hay nada ahí fuera, Skye. Sin negocio, ni un hogar; desde luego tampoco un tío preocupado.

Skye también se quedó parada y lo miró con el ceño fruncido. No sabía de qué le estaba hablando. Era cierto que ya no tenía un negocio, por lo que tendría que buscar un empleo, pero su casa, la que había sido el hogar de los O'Hara durante generaciones, seguía ahí. Y en cuanto a su tío Seamus, debía salir del hospital aquel mismo fin de semana. Falkner se atusó el pelo nerviosamente.

–No queda nada, Skye, nada de aquello que habían construido tu bisabuelo, tu abuelo y tu padre, todos esos años. Todo eso borrado por la avaricia de un hombre –añadió.

–Ya te lo he dicho –le retó ella–, mi padre no hizo lo que han dicho.

–No fue tu padre, Skye –la cortó él con impaciencia–. Creo que ya te he asegurado que siempre he creído en la inocencia de tu padre respecto a la mala administración de la que lo acusaron. El hecho es que –suspiró– ya hay suficiente evidencia de que es más que una creencia.

–¿Qué?

–Skye, había una muy buena razón para que tu tío no estuviera hoy en el funeral.

–Me dijiste que estaba en el hospital con una pierna rota.

–Si pudiera ponerle la mano encima sería el cuello lo que tendría roto. Pero desgraciadamente su caso está ahora en manos de la policía, lo que significa que Seamus está lejos de mi alcance.

–¿La policía? –repitió ella, sin comprender.

–Skye –continuó él, tras asentir–, tu tío Seamus ha sido acusado formalmente esta semana después de haber admitido que fue él quien cometió el desfalco en O'Hara Whiskey y quien estafó a la empresa y a sus accionistas. Fue él el responsable de la caída de la empresa, y con ello de arruinar a tu padre y su reputación.

Falkner respiraba con dificultad por la agitación, mientras Skye lo miraba boquiabierta, incapaz de asimilar lo que le estaba

contando. No podía creer lo que oía.

Capítulo 7

No te creo –negó Skye, y le dio la espalda.

Falkner se acercó a ella, pero se detuvo cuando ella se retiró.

–Skye, no es fácil para mí contarte todo esto. He conseguido ocultarte la verdad toda esta semana asegurándome de que no te llegaban periódicos a tu habitación de hospital o que no recibieras llamadas…

–¿Hiciste eso? –preguntó ella incrédula.

–Sí –confirmó él–. Hice lo mismo cuando llegaste aquí, y lo volvería a hacer. Pero tarde o temprano alguien metería la pata y diría algo que no debía, dejaría un periódico que no deberías ver, encendería la televisión…

–La señora Graham y Belinda también estaban metidas en esto –comprendió ella de repente, y comprendió también la conversación que había oído entre Falkner y su hermana.

–Pero sólo porque yo se lo pedí –asintió él–. Había cientos de posibilidades de que descubrieras la verdad de lo que había ocurrido y en cierto modo no quería que así fuera y no podía vigilarlos a todos. También existía el riesgo de que una vez que conocieras la verdad –se detuvo, y agitó la cabeza de frustración–, que fueras a odiarme por no habértelo contado antes –concluyó.

Skye sólo podía mirarlo sin poder creer todo lo que había removido para protegerla de la verdad, aunque todavía no sabía lo que sentía hacia él por haberlo hecho. Por otro lado, veía a Falkner tan convencido de lo que le estaba contando que ya no podía seguir sin creer que al menos él creía estar diciéndole la verdad. Sin embargo, no podía creer de ninguna forma que su tío Seamus hubiera hecho las cosas de las que lo acusaba Falkner.

Su padre y ella habían regresado a Irlanda hacía más de veintitrés años para vivir con su abuelo y su tío Seamus en la casa familiar, y Skye se había convertido en la niña mimada de los tres hombres. Por ello ahora le era imposible creer que el tío Seamus, el hombre que había sido como un segundo padre para ella todos

aquellos años, fuese culpable de desfalco y fraude.

Se sentó en la silla más próxima, pues sentía que si no lo hacía se iba a caer.

–Todo eso de tío Seamus no puede ser verdad, Falkner –dijo entre dientes, mientras negaba con la cabeza–. Tiene que haber algún error.

Falkner tenía una expresión severa y de nuevo se metió las manos en los bolsillos.

–Skye, fue tu mismo tío el que, incapaz de vivir con su conciencia después de la inesperada muerte de tu padre, se entregó a la policía y confesó lo que había hecho.

–Pero, ¿por qué? ¿Por qué haría algo así? –preguntó, y parpadeó cuando las lágrimas le nublaron la visión.

–Le pregunté eso mismo el pasado fin de semana cuando lo visité. Era el mayor de los dos, ¿verdad?

–Sí –contestó ella, sobresaltada–. Sí lo era. Pero a él no le interesaba la rutina de llevar una empresa, así que mi abuelo… Falkner, no me estarás diciendo que lo hizo por despecho, porque mi abuelo dejó el control de O'Hara Whiskey a mi padre cuando murió hace diez años.

–Básicamente, sí. Pero a grandes rasgos, no.

–No comprendo.

–No me extraña –suspiró él–. A mí también me costó entenderlo. Pero, por lo que se ve, tu tío no tenía ningún problema con su categoría, y era bastante feliz simplemente cobrando un cheque mensual sin tener que hacer nada… Hasta que se casó; ahí llegó el problema.

Un pequeño atisbo de luz se encendió en la penumbra que había rodeado a Skye. Su tía Shanna no había sido una mujer fácil para convivir, pues le gustaba llevar una vida de lujos sin tener que esforzarse por conseguirla.

–Parece ser que mientras residían en Dublín, Seamus y Shanna vivían muy por encima de sus posibilidades –explicó Falkner–. Por lo visto Shanna había asumido que, como hermano mayor, Seamus era en realidad O'Hara Whiskey, y no le hizo ninguna gracia cuando descubrió que no era así en absoluto y empezó a mofarse de él porque no era más que un subordinado de su hermano pequeño y cosas por el estilo. La única forma de acabar con el problema, para

el tío Seamus, era echar mano a los beneficios de la compañía.

–Pero –preguntó ella, pestañeando–, ¿cómo pudo hacerlo sin que mi padre se enterara?

–Tu padre lo sabía, Skye.

Ella lo miró con los ojos desorbitados

–Connor lo sabía –le aseguró él–. Y yo debía haberlo adivinado –añadió, y agitó la cabeza, disgustado consigo mismo–. Hace muchos meses me di cuenta de que Connor ocultaba algo, que estaba protegiendo a alguien, pero hasta este último fin de semana no tenía ni idea de qué o a quién. Tu padre lo sabía, Skye; estoy seguro.

Skye recapituló hasta el repentino regreso de Dublín de su tío hacía dos años a la finca familiar, sobre el evidente descontento de Shanna y la determinación del tío Seamus, a pesar de su obvio desasosiego, de que se quedaran en aquel lugar. Entonces se preguntó si sería porque su padre se lo habría pedido tras averiguar lo que su hermano estaba haciendo.

Lo que le estaba confesando Falkner ponía en un contexto completamente diferente los movimientos de su tío. Seamus se había puesto furioso cuando Shanna lo dejó para regresar a Dublín y se había dado a la bebida y provocado peleas con su hermano que a menudo eran físicas además de verbales. Entonces tragó saliva y se sintió desvanecer al pensar exactamente en por qué su tío había estado tan furioso.

–Mi padre lo sabía –confirmó con seguridad–. Todo este tiempo lo sabía –gimió, y se tapó la cara con las manos, avergonzada por lo ingenua que había sido.

–Skye...

Entonces ella levantó la cabeza de golpe y lo fulminó con tal mirada de advertencia que habría sido estúpido no hacerle caso, y se detuvo a escasos centímetros de ella.

–¡No me toques! –chilló–. No te vuelvas a acercar a mí –añadió con frialdad–. Puedo entender los motivos de mi padre para su silencio, porque era su hermano, pero tú… ¿Cómo te has atrevido a ocultármelo toda la semana? –le preguntó furiosa; ya había decidido lo que sentía–. ¿Con qué derecho has hecho todo lo que has hecho para mantenerme en la ignorancia?

–Skye, ahora mismo estás dolida y enfadada, lo cual no es una

buena combinación para hacer ningún juicio.

–Tienes razón en lo de estar enfadada, Falkner –concedió, y se levantó, con las mejillas ardiendo de ira–. Y en cuanto a mi juicio, yo decidiré sobre eso, muchas gracias –anunció, y se rió burlonamente–. ¿Sabes? Hasta hace un momento me sentía completamente sola, sin tener ni idea de lo que iba a hacer o a dónde iba a ir, y después me has confundido aún más con esa propuesta de matrimonio. Todavía no estoy segura de lo que voy a hacer o adónde iré, pero sí sé una cosa, no me casaría contigo aunque…

–¿Fuese el último hombre en la tierra? –terminó él–. Qué original.

–Iba a decir que aunque vinieras envuelto en papel de regalo. Por lo que has dicho antes, entiendo que venderán la casa de Irlanda con todo lo demás para poder pagar a los accionistas lo que mi tío les estafó.

–Sí.

–De verdad eres el hombre más arrogante que he tenido la desgracia de conocer. ¿Cómo te atreves a pedirme matrimonio como si fuese un caso de caridad?

–No es ésa la razón por la que te lo he pedido, Skye.

–Claro que sí –le espetó ella–. ¿Qué te crees que soy? ¿De verdad pensaste que me iba a sentar aquí mansamente y escuchar todo lo que tuvieras que decir y después aceptar agradecida tu propuesta de matrimonio? Porque si es así…

–En ningún momento he esperado una actitud mansa –le aseguró él sin humor.

Skye quería gritar y golpear algo o a alguien, pero no iba a hacer nada de aquello, pues no quería darle aquella satisfacción a su anfitrión.

–Entonces no te habrá decepcionado. Ahora voy a subir a hacer mi maleta. Dadas las circunstancias, ¿sería demasiado que me pidieras un taxi?

–¿Entiendo que eso es un no definitivo a mi proposición?

Skye abrió la boca para contestar, pero se lo pensó mejor, y decidió que tenía que salir de aquel lugar antes de perder la cabeza y decir cosas que hubiera deseado no decir.

–Sólo pídeme un taxi, ¿quieres? –le ordenó, cansada, y se dirigió

a la puerta

–Pero ¿adónde vas a ir?

–Lo creas o no –repuso ella, volviéndose a él–, y aunque hayas pensado lo contrario, tengo otros amigos aparte de ti. De hecho, tú estás bastante abajo en mi lista de personas a las que pediría…

–No hace falta que me insultes, Skye –le advirtió–. Sea lo que sea lo que pienses sobre mí ahora, puedo asegurarte que lo he hecho por amistad.

–Hacia mi padre.

–Y hacia ti.

–Nosotros no somos amigos, Falkner. Los amigos no se mienten.

–Nunca te he mentido, Skye. Quizá te he ocultado parte de la verdad, pero no mentí.

–Eso no es más que semántica, Falkner, y lo sabes.

–Puede ser –suspiró él–. Si te vas ahora, ¿qué vas a hacer con Tormenta?

–Ya que fuiste lo bastante arrogante para traerlo, te sugiero que sigas cuidándolo hasta que arregle otra cosa.

Aunque no tenía ni idea de adónde iban a ir o cuándo; sólo sabía que no quería estar allí ni un minuto más viviendo de la caridad de Falkner. Él asintió.

–Te llevaré a donde quieras.

–Gracias, pero no.

Todavía seguía enfadada, pero sabía que la reacción a lo que Falkner le acababa de decir pronto se iba a calmar, y entonces se derrumbaría, y no quería hacerlo con él cerca.

–Skye.

–No te preocupes, Falkner, yo llamaré al taxi –le dijo, impaciente–. O andaré, pero me voy a ir de aquí como sea.

–No te molestes, llamaré al maldito taxi –gritó, mirándola con expresión severa, mirada fría y los puños apretados, como si se estuviera conteniendo para no retorcerle el cuello.

Sin más palabras, Skye abandonó la sala y corrió al dormitorio que había estado usando durante su estancia allí, sin dejar de rumiar cómo se había atrevido a ocultarle aquello.

Cerró dando un portazo y se movió con decisión por la habitación para meter de cualquier forma la ropa en la maleta sin darse tiempo para meditar, algo que podría hacer una vez lejos de

allí. Le parecía imposible que hiciera sólo unas horas que había enterrado a su adorado padre. Pero tampoco quería pensar en aquello, pues quería concentrarse en alejarse de aquella casa, de Falkner, sin derrumbarse.

Al oír un coche se asomó a la ventana y vio que Falkner se acercaba a hablar con el taxista, cojeando más de lo habitual. Se alejó de la ventana, decidida a que no le afectara el cansancio de Falkner, pues, si rechazaba su caridad, sabía que él no agradecería su compasión.

Cuando bajó las escaleras lo vio esperando en el vestíbulo con expresión todavía severa, aunque parecía que su enfado se había disipado.

–No deberías haber cargado con eso por las escaleras –le dijo, indicando la maleta.

–Falkner, en este preciso instante mis costillas son el menor de mis problemas.

–De verdad desearía que lo reconsideraras, Skye –murmuró tras un suspiro.

–¿Tu insultante propuesta de matrimonio, o marcharme?

–Marcharte, claro –contestó él, apretando los labios.

–No tengo intención de reconsiderar nada de lo que me has dicho hoy –replicó ella con una sonrisa–, y mucho menos el irme. De hecho, me muero de ganas de marcharme. Estaré en contacto en lo concerniente a Tormenta –le informó, y de repente frunció el ceño–. ¿También hay que venderlo a él?

–Tormenta es tuyo –respondió él, alzando la cabeza desafiante.

Skye pensó que probablemente aquello significaría que se había asegurado de que Tormenta siguiera siendo suyo, probablemente comprándolo él mismo. No sabía cómo ni cuándo, pero se aseguraría de pagarle hasta el último centavo.

–Gracias –dijo, con una lacónica inclinación de cabeza.

–Eso te ha debido de doler –le espetó Falkner, torciendo el gesto.

–No te haces idea –contestó ella, y se agachó a recoger su maleta.

–Ya he dado instrucciones al taxista para que salgáis por la puerta trasera…

–Entonces yo se las daré para lo contrario –lo cortó ella al incorporarse.

–Los periodistas seguirán aún en la entrada principal –razonó él con impaciencia.

–¡No me importa! Mis días de esconderme han terminado, Falkner.

–No es una buena idea, Skye…

–No tengo nada que ocultar.

–¿De verdad crees que les importa? Skye, en este momento eres noticia.

–Y lo seguiré siendo mientras dé la sensación de estar ocultando algo –dijo, y negó con la cabeza–. Ninguno de vosotros lo conseguiréis.

Falkner resopló ante el evidente insulto.

–Si me necesitaras…

–No lo haré –negó ella.

De hecho, pensaba asegurarse de no volverlo a ver, y tendría que vivir con el hecho de seguir amándolo. Ya había vivido con ello durante seis años, así que qué importaba el resto de su vida. Se alejó de él bruscamente.

–Puedo arreglármelas. Adiós, Falkner –se despidió con firmeza, y fue a la puerta–. Me pondré en contacto contigo en cuanto encuentre un sitio para Tormenta.

–Está muy bien aquí.

–Preferiría que estuviera conmigo.

–Lo que tú digas –suspiró Falkner derrotado.

Lo vio por última vez en el espejo retrovisor del taxi mientras se alejaban por el camino de tierra, de pie solo en la gravilla, una figura alta y solitaria con expresión seria mientras observaba cómo el taxi desaparecía lentamente.

Capítulo 8

Escúchame, Skye! Antes de darme con la puerta en las narices –se apresuró a decir Belinda, obviamente al darse cuenta de que había probabilidades de que lo hiciera.

Abrir la puerta de la habitación de hotel para encontrarse a Belinda Chapman era lo último que habría esperado Skye, que había creído que sería la señora de la limpieza con más toallas.

No había ido muy lejos el día anterior, tan sólo a la ciudad próxima, donde había alquilado una habitación en el hostal que había visto cuando había ido de compras con Falkner. Había decidido que tampoco importaba dónde fuera de momento, y que aquél era un buen lugar para pensar qué hacer. Además, no podía malgastar el dinero y aquello sería más barato que un hotel en Londres.

–Si te envía Falkner…

–No –le aseguró Belinda–. De hecho, sus instrucciones fueron que me mantuviera alejada de ti, pero nunca se me ha dado bien cumplir lo que me dicen.

Skye sonrió con pena. Ella era igual y además Belinda le caía bien.

–Será mejor que entres –la invitó a regañadientes.

–Gracias –contestó Belinda, y entró admirando la pequeña pero acogedora habitación–. Éste es un lugar muy agradable, ¿no?

–Eso pienso yo –asintió Skye, que seguía mirándola con cautela, pues que no la hubiera enviado Falkner no significaba que le alegrara su visita–. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

–Ah –repuso la otra mujer con una mueca–. Bueno, podría decirte que es una ciudad muy pequeña. O que mi asistenta también trabaja aquí, lo cual es cierto. O…

–La verdad, Belinda –le indicó ella, y fue a preparar café.

–Falkner le pidió al taxista que le hiciera saber dónde te llevaba ayer –admitió por fin–. Ya sé cómo suena eso, Skye –se apresuró a decir al ver el rostro de la joven.

–Suena exactamente a Falkner –la corrigió ella, exasperada.

–Sí, así es –reconoció Belinda–. Pero está verdaderamente preocupado por ti.

–Por favor, no te ofendas –replicó–, pero cuanto menos oiga sobre tu arrogante hermano ahora mismo, mejor.

–Lo entiendo –suspiró Belinda–. Intenté advertirle.

–Te oí. No pretendía escuchar, pero no pude evitar oír tu conversación con Falkner el día que fueron los niños a tomar el té –explicó–. ¿Azúcar?

–Estoy a régimen –negó Belinda–. Lo estoy siempre desde que tuve a los niños. De hecho, es por ellos por lo que estoy aquí. Bueno, no sólo por ellos pero…

–Belinda, ¿por qué no lo sueltas ya? –la animó Skye mientras se sentaba en la otra silla.

–Mañana es su fiesta de cumpleaños.

–Lo recuerdo –reconoció Skye, de nuevo alerta.

–Bueno, les disgustó mucho no poder ir a cenar con nosotros el jueves cuando fuimos a casa de Falkner, así que para calmarlos les dije que estarías en su barbacoa, creyendo, por supuesto, que estarías. Están muy enfadados con su tío por dejar que te fueras antes de su fiesta.

–No creo que fuera precisamente un caso de dejarme hacer nada –contestó Skye, alzando una ceja.

Podía imaginar que Falkner no estuviera acostumbrado a tener a sus sobrinos enfadados con él, pues lo estaba más a su adoración.

–No, bueno, ya traté de explicarles eso. Pero los niños no entienden esas cosas.

Skye había pasado las últimas veinticuatro horas en aquel hostal intentando hacerse a la idea de su nueva situación. Lo primero que había hecho había sido llamar a su tío a Irlanda para asegurarle que seguía queriéndolo y apoyándolo, algo que, tras pensarlo mucho, estaba convencida de que habría hecho su padre. El tío Seamus había rechazado su oferta de regresar a Irlanda a estar con él, pero ella le había prometido que iría para el juicio.

Lo segundo había sido estudiar exactamente lo que le quedaba; había encontrado quinientas libras entre los efectos personales de su padre que le habían dado en el hospital. Y lo tercero que había hecho, consciente de que quinientas libras no darían para mucho,

había sido ver cuáles eran sus opciones para encontrar un empleo. Había sido la asistente personal de su padre desde los dieciocho años, tanto en O'Hara Whiskey como en el establo, pero al final decidió que, con su tío pendiente de juicio, nadie querría contratarla como asistente personal, y que probablemente tendría más posibilidades de encontrar un trabajo en lo segundo.

Le pareció que aquél era el mejor sitio para un trabajo de tales características, en el corazón del país de las carreras de caballos y con más de una docena de establos en el directorio de teléfonos. De hecho, ya había llamado a un par de ellos y había averiguado que había vacantes para mozos de cuadra y se iba a acercar al día siguiente para hablar con los encargados. Por otro lado, pensaba que si vivía y trabajaba en un establo tendría más posibilidades de poder llevarse a Tormenta con ella.

De hecho, el único inconveniente que había visto era la proximidad de Falkner. Pero incluso aquello no debía ser problema, pues ya le había dejado claro lo que sentía respecto a volverse a ver. Por otro lado, antes de aquella visita de Belinda, había decidido que él no tendría por qué saber que aún seguía en la zona, pues no creía que por sus trabajos fueran a coincidir.

Salvo porque, si no entendía mal, ahora Belinda le estaba pidiendo lo contrario.

–Sé que te pido mucho, Skye –la otra mujer percibió sus recelos–, pero te prometo que haré todo lo que esté en mi mano por manteneros alejados.

–¿Y qué posibilidades crees que tendrás si Falkner decide lo contrario? –preguntó ella con mirada de pena, aunque por cómo se habían separado dudaba que aquello ocurriera.

Claro que por otro lado no creía que Falkner le hubiera confesado a su hermana lo del matrimonio y el rechazo de ella. Belinda sonrió de repente.

–Lo pondré a cocinar la barbacoa con Charles. Así estará ocupado.

La primera reacción de Skye fue pensar que Falkner no debería estar mucho tiempo de pie, y se enfadó por ello, pues nada de lo que él hiciera debía importarle.

–Los niños se pondrán tan tristes si no vas –la engatusó Belinda.

–¿Normalmente te funciona esa táctica, Belinda?

–Normalmente sí –admitió ella.

Después de dos semanas en que había sentido que toda su vida estaba descontrolada, Skye sentía que había vuelto a recuperar el control en las últimas veinticuatro horas. No iba a dejar que Falkner ni nadie se lo volviera a quitar. Aun así, se preguntó si estaba preparada para volver a verlo tan poco tiempo después de haberle dicho lo que podía hacer consigo mismo y con su idea de ayudarla, y la respuesta fue que sí. Sentía que había ganado más seguridad en sí misma en aquellas veinticuatro horas, sobre todo si conseguía el trabajo, pero también había madurado en las dos últimas semanas, una madurez que implicaba que era más que capaz de ver a Falkner al día siguiente.

–De acuerdo –suspiró al fin–. Pero si Falkner hace siquiera un amago de montar una escena…

–No lo hará –le aseguró Belinda, y se levantó sin ocultar su sonrisa de satisfacción–. Ah, por cierto, es ropa informal –le dijo de camino a la puerta.

–Eres la última persona a quien esperaba ver aquí.

Pronto se había incumplido la promesa de Belinda. No hacía ni cinco minutos que había llegado Skye cuando casi la primera persona en hablar con ella fue Falkner. Se quedó paralizada y se tomó su tiempo para volverse frente a él y sonreír a Jemmy para agradecerle el zumo de naranja que estaban repartiendo su hermana y él. Falkner llevaba otra bandeja con copas de vino y no parecía haber empezado aún con la barbacoa. Por su comentario, era evidente que Belinda no le había contado que la había convencido.

–Yo había esperado lo mismo –le contestó con frialdad.

–Siento decepcionarte.

–No lo sientes en absoluto, Falkner.

–No –admitió él, y la miró con los ojos entreabiertos–. ¿Estás bien?

–¿Por qué no iba a estarlo? –se erizó ella.

–Los periódicos de ayer no fueron muy benévolos contigo –contestó él encogiéndose de hombros.

–He decidido no leer los periódicos hasta que empiecen a publicar cosas que de verdad sean noticia –le explicó, aunque lo

cierto era que había visto lo del funeral de su padre en el periódico, y la poco favorecedora fotografía de ella saliendo de la iglesia–. ¿Todavía los tienes acampados en tu casa?

–Uno o dos.

Skye asintió, consciente de que en un par de días ya no sería noticia, y esperando que quizá entonces cada uno pudiera seguir con su vida.

–Lo siento –dijo, con una sonrisa.

–No importa –negó él–. Skye…

–Falkner, es hora de que vayas a ayudar a Charles con la barbacoa –lo interrumpió de repente Belinda–. Además, no estás haciendo un buen trabajo sirviendo el vino –le regañó, y le quitó la bandeja, a lo que él no opuso mucha resistencia.

–No es para lo que me han educado.

–Todavía tengo que ver para qué te han educado exactamente. ¿Por qué no pruebas con la cocina?

–¿Por qué tengo la sensación de que soy el blanco de alguna conspiración femenina?

–Probablemente porque los hombres siempre llegáis a la misma conclusión.

–Debí haber advertido a Charles sobre ti antes de casarse contigo –comentó él, negando con la cabeza.

–Ya le advertí yo –bromeó ella–. Dijo que estaba dispuesto a asumir el riesgo.

Falkner miró hacia donde estaba su cuñado riéndose con los mellizos mientras llevaban la comida que iban a necesitar para los cincuenta invitados, entre padres y niños.

–Parece bastante bueno en eso –murmuró.

Skye había observado y escuchado fascinada aquella interacción entre hermanos, pues, como hija única criada por hombres, nunca había tenido un intercambio verbal como aquél, y le pareció divertido. Si no fuera porque el hombre que tanto se divertía era el hombre del que se tenía que mantener alejada si quería sobrevivir las semanas siguientes, el hombre al que amaba.

–Deberías probarlo alguna vez, Falkner –desafió Belinda a su hermano, a quien le cambió el gesto.

–Ya lo hice, ¿recuerdas? Y fue un desastre. Sería tonto de siquiera considerar pasar por aquello otra vez –dijo, mirando

fríamente a Skye, que se sonrojó.

–¿Vas a ayudar a Charles o no?

–Ya voy –aceptó él, y asintió brevemente a Skye–. Quizá te vea luego.

Skye se quedó mirando cómo cruzaba hasta donde estaba su cuñado, pensando que no la vería si ella lo veía antes.

–Uf –suspiró de alivio Belinda–. Lo siento mucho, Skye. Te he visto hablando con los niños y de repente Falkner estaba aquí.

–No te preocupes, puedo enfrentarme a él –le aseguró con dulzura, sabiendo que así era.

–Ya lo sé, pero te lo prometí. A los niños les han encantado los juguetes que les has traído.

–Me alegro mucho –aceptó ella con una sonrisa.

–Sé que lo he echado sin piedad ahora –comentó Belinda mirando hacia donde Falkner y Charles estaban ocupados poniendo la carne en la barbacoa–, pero Falkner de verdad lo ha pasado mal estos años, tanto sentimental como físicamente –añadió, con gesto afectuoso.

–Si estás intentando hacerme sentir culpable… –se defendió Skye frunciendo el ceño.

–Oh, no –le aseguró enseguida la otra mujer–, sólo estaba… Bueno, sí, supongo que podría parecerlo. Es sólo que… Falkner y yo siempre hemos estado muy unidos y no me gusta verlo triste.

–Si está triste no es por mí –aseguró Skye–. De hecho, debería alegrarse de perderme de vista.

–No parece muy alegre.

–Ya se acostumbrará –concluyó la joven, y echó a andar–. Preséntame a tus invitados.

Durante los minutos siguientes Skye pudo comprobar que la familia Chapman era muy querida en la zona, y al fin Belinda tuvo que disculparse porque la requerían para organizar la comida.

Había alrededor de cincuenta personas, y si alguien la reconoció por el periódico del día anterior, fueron lo suficientemente corteses como para no decir nada. De hecho, una hora más tarde Skye se lo estaba pasando tan bien que casi había olvidado la amenazadora presencia de Falkner.

Pero sólo casi, pues le resultaba imposible olvidarlo, sobre todo porque cada vez que miraba hacia donde él estaba, tenía la mirada

fija en ella.

–¿Selina?

Skye frunció el ceño al girarse para mirar al hombre que le había hablado desde detrás, y sonrió con curiosidad al ver a un hombre alto y guapo de unos treinta años, aunque ahora estaba pálido mirándola como si le costara creer lo que veía.

–No –volvió a hablar–. No lo eres, ¿verdad? Por un momento había creído... –se detuvo y negó con la cabeza mientras intentaba recuperarse–. Lo siento, estoy siendo terriblemente desagradable –dijo, e intentó una sonrisa–. Es sólo que me habías recordado a otra persona.

–No pasa nada –dijo ella, pensando que la «otra persona» era Selina Harrington, aunque al menos pensaba que no la había reconocido como la Skye O'Hara del periódico–. No eres el primero que se confunde.

En aquel momento, Skye se preguntó si sería aquélla quizá la razón para la repentina proposición de matrimonio de Falkner, porque se parecía a su ex mujer.

Capítulo 9

Lo siento, debería haberme presentado –se disculpó el joven, recuperado ya de su error, con una amplia sonrisa y con color en las mejillas–. Soy Paul Barclay, uno de los muchos veterinarios que hay por aquí.

–Skye –se presentó ella, mientras se estrechaban la mano–. Encantada de conocerte.

–Igualmente –asintió él, un hombre alto y delgado, con un revuelto cabello rubio que le caía por la frente–. ¿Eres amiga de la familia?

–Sí, conozco a toda la familia –se encogió de hombros–, pero me han invitado los niños.

No sabía cómo llamar a Falkner y Belinda, pero desde luego no eran amigos.

–Belinda y Charles son una pareja genial, ¿verdad?

–Casi nos acabamos de conocer, pero sí, parecen muy agradables –contestó ella con cautela–. Y los mellizos son encantadores –añadió sin dudarlo.

–De vez en cuando me llaman para que le eche un vistazo al perro.

–No creo que hoy te vaya a necesitar –bromeó ella, que había visto antes al perro labrador agitando feliz el rabo entre los invitados.

–No –le devolvió él la sonrisa–. Creo que Belinda ha anunciado que la comida ya está lista. ¿Vamos a ver si comemos algo?

Dejando a un lado el que la hubiera confundido con la ex mujer de Falkner, Paul Barclay parecía simpático, y pensó que Belinda había cometido el mismo error el primer día y aquello no había afectado para que no le cayera bien. Además, prefería no estar sola al ir a por la comida, pues Falkner seguía en la barbacoa.

–Suena genial –aceptó, y dejó el vaso vacío en una mesa.

–Genial –aplaudió el joven con sonrisa de niño.

En el camino Skye averiguó que tenía treinta y tres años, estaba

soltero y llevaba cuatro años en la zona, que le gustaba mucho.

–Y ahora incluso más –la aduló.

Skye no estaba segura de querer gustarle demasiado, pues iba a vivir allí durante un tiempo y, tal y como estaban las cosas, no le parecía buena idea complicarse más la vida. Además, la había confundido con Selina Harrington.

–¿Eras amigo de Selina Harrington? –le preguntó de manera casual.

Recordaba el tono de placer de Paul cuando la había confundido con ella, y pensó que, si había sido su amigo, era la primera persona que hubiera conocido que lo admitiera.

–La conocía bastante, sí –repuso él, poniéndose colorado y encogiéndose de hombros.

Skye meditó que no era una muy buena admisión y se preguntó qué clase de «amigos» serían exactamente Selina y él.

–Mmmm, la comida tiene una pinta estupenda –se entusiasmó Skye cuando llegaron a las mesas llenas de ensaladas, pastas y carnes a la barbacoa.

–Soy soltero; cualquier comida preparada por otra persona me parece fantástica –bromeó Paul mientras le daba un plato antes de tomar otro para él–. Mi comida habitual de los domingos es una tostada con judías.

Skye re rió. Se había dado cuenta de que a Paul no le había hecho gracia que le preguntara sobre su relación con Selina Harrington, pero concedió que tampoco era asunto suyo. Después de todo, Selina se había divorciado de Falkner entre acusaciones de que hubiera otra mujer, no lo contrario.

–¿Qué crees que estás haciendo?

Skye se quedó paralizada. Paul se había adelantado y ella oyó claramente la voz de Falkner en su oído. Se volvió a él con el ceño fruncido, frunciéndolo más al ver el gesto de él.

–Pues sirviéndome comida, ¿a ti qué te parece? –contestó ella irritada.

–Paul Barclay y tú parecéis muy amigos.

–Parece muy simpático –repuso ella, mirando hacia donde estaba él charlando con Charles.

–No te creas que eres la primera mujer por aquí que piensa eso –replicó Falkner, apretando las mandíbulas.

–¿Por qué no? –comentó ella, encogiéndose de hombros, y preguntándose si se estaría refiriendo a Selina–. Probablemente sea un soltero muy cotizado.

–Mucho –reconoció él–. ¿No crees que ya tienes suficientes complicaciones en tu vida sin meter a un hombre en ella?

–A lo mejor «un hombre en mi vida» es precisamente lo que necesito para que no sea tan complicada –soltó ella–. Exceptuándote a ti, claro –añadió, mirándolo con ira.

–¿Por qué exceptuándome a mí? –preguntó él, tomando aire.

–Quizá porque eres el hombre más complicado que conozco.

–¿Qué es lo que me hace tan complicado?

–Mira, no hay suficiente tiempo ahora como para entrar en eso.

–Cena conmigo mañana y lo discutiremos.

Skye abrió los ojos de sorpresa. No comprendía si la estaba invitando a salir o tan sólo a que regresara a la casa para cenar. Además, el que le pidiera quedar al día siguiente confirmaba que sabía que se estaba quedando en el hotel, y se puso seria al recordar el modo tan arrogante como había conseguido aquella información.

–Hay un restaurante francés muy agradable a las afueras de la ciudad –continuó Falkner con firmeza, como si hubiese notado que estaba a punto de rechazar la invitación.

Hacía seis meses se habría vuelto loca con aquella invitación, incluso hacía tres semanas, pero después de las últimas dos semanas veía aquella invitación con sospecha.

–Si reservo mesa para las ocho puedo pasar a recogerte al hotel a las siete y media.

–No, no puedes –lo cortó ella.

–¿Por qué?

–Primero, porque no he aceptado tu invitación a cenar –se exasperó.

–¿Y segundo?

Lo segundo era que ya no estaba alojada en el hotel, pues lo había dejado una hora antes de acudir a la fiesta de cumpleaños. Había tenido éxito en su primera entrevista de trabajo por la mañana y el puesto de moza de cuadra incluía alojamiento cerca de los establos. Tal como había imaginado, el sueldo no era muy alto, pero al incluir alojamiento le compensaba. Pero no le quería contar a Falkner lo de su empleo, ni lo que era ni dónde vivía. Por primera

vez en su vida vivía por su cuenta, labrándose su propio camino, y le parecía que de momento no lo estaba haciendo nada mal. Había encontrado un empleo con alojamiento y el director de la cuadra estaba encantado de que llevara allí a Tormenta, siempre que ella lo cuidara y pagara su mantenimiento.

–Lo primero es motivo suficiente por el momento. Exactamente, ¿por qué me estás invitando a cenar, Falkner? –quiso saber, pues si tenía algo que ver con que hubiese entablado conversación con Paul Barclay, podía olvidarlo.

–Parece una norma de buenos vecinos, ¿no?

–De buenos vecinos –repitió ella–. ¡Si vives a más de cuatro kilómetros!

–Casi cinco –reconoció él–. Pero las distancias no son lo mismo en el campo. Skye, el viernes no era el momento de seguir con esto, pero todavía tenemos que hablar de algunas cosas –continuó, mientras miraba a Paul Barclay, que regresaba hacia ellos.

–¿Como qué? –preguntó ella, que también se había dado cuenta de que el otro hombre se acercaba, así como de la creciente tensión de Falkner.

No tenía ni idea de si sería por él, así como tampoco sobre si aceptar la invitación a cenar. Una parte de ella pensaba que una vez que se había alejado de él debería mantenerse así, pero la otra, la parte de ella que lo amaba tanto que le dolía hablar con él, se desesperaba por aceptar.

–No hay suficiente tiempo, o intimidad, ahora como para entrar en eso –repitió lo que ella le había dicho antes, sin dejar de mirar a Paul, que se acercaba rápidamente–. Vamos, Skye, es sólo una cena, por Dios –se impacientó al ver que seguía dudando.

Para él quizá sólo era una cena, pero para ella era reabrir la puerta que acababa de cerrarle en las narices. Falkner agachó la cabeza hasta poner la boca a centímetros de su oreja.

–¿Qué me dices si te prometo que no mencionaré la palabra «matrimonio»?

–Ni lo pienses siquiera –contestó ella, tensa, y separando la cabeza–. Está bien, Falkner, cenaremos mañana. Pero iré por mi cuenta al restaurante.

–¿Y cómo vas a ir, si no tienes coche?

Aún no lo tenía, pero sí podía utilizar uno; el director del establo

le había dicho que había un par de todoterrenos que podían usar los empleados. Sin embargo, la mención de que no tuviera coche le hizo recordar lo que había ocurrido hacía dos semanas con el Mercedes que había alquilado su padre para su estancia en Inglaterra, que había quedado destrozado. El gesto de Falkner se ensombreció al notar la repentina desolación del rostro de Skye.

–Maldita sea, no quería…

–Estás aquí, Skye –saludó Paul Barclay, que acababa de llegar con un plato lleno–. Te estás perdiendo toda la comida. ¡Falkner! –lo saludó.

A Skye le pareció que lo miraba con cautela, aunque quizá fuese su imaginación. Decidió que no debía serlo a juzgar por la actitud de Falkner también respecto a él.

–Barclay –replicó él, distante–. Te veré entonces mañana en la cena, Skye –añadió, y se despidió de Paul con un asentimiento cortante.

Se marchó dando zancadas con aquel paso torcido que había adoptado tras el accidente, hasta unirse a Charles en la barbacoa, y dejando un silencio tenso tras su marcha con el comentario final.

–No sabía que Falkner y tú fueseis tan buenos amigos –habló por fin Barclay, con ligereza.

Una ligereza forzada, según adivinó Skye al ver su gesto tenso, y dio crédito a su idea de que los dos hombres no se caían muy bien, y se preguntó si sería por Selina Harrington. No iba a preguntárselo a Paul y dudaba mucho que Falkner se lo fuera a confiar.

–Somos conocidos –le corrigió–. Te dije que conozco a la familia.

–Sí, me lo dijiste. Estoy seguro de que Belinda os hará una cena fantástica mañana; es una gran cocinera.

Skye estaba segura de que era una buena cocinera, pues le parecía que era buena en muchas cosas, sólo que no cocinaría para ellos al día siguiente.

–¿Es verdad que se llega al corazón de un hombre por su estómago? –bromeó.

–Lo es para un soltero de treinta y tres años.

–Qué pena que yo nunca pasara de los huevos fritos con bacon.

–Estoy seguro de que no es tarde para aprender –repuso él con un brillo en la mirada.

Skye se puso seria, pues no le veía sentido a alentar a aquel

hombre cuando su único interés hacia él era que le resultaba simpático. A través de los años, había descubierto que el mundo estaba plagado de hombres simpáticos, pero una vez que se enamoraba de uno, no tenía sentido ligar con los demás. Y desde luego no iba a tontear con Falkner.

–Por desgracia no tengo ningún interés en aprender –le dijo bruscamente–. Pero dado que tengo mucha hambre te voy a hacer caso y voy a ir a por algo de comida.

Paul no captó la indirecta de que la dejara en paz y la acompañó a la mesa una vez que tuvo su comida. Se sentó con ella, quien derivó deliberadamente la conversación hacia asuntos más generales sobre la zona. Paul resultó ser un acompañante muy divertido y le contó algunos de los casos más graciosos a los que se había enfrentado.

Sin embargo, le fue imposible relajarse porque todo el rato, mientras Paul hablaba, estuvo pendiente de la presencia de Falkner, que tenía la vista fija en ellos en un gesto de total desaprobación.

Capítulo 10

Se puede saber qué has hecho para estar así?

Skye miró con impaciencia a Falkner, que ya estaba sentado a la mesa que había reservado en el restaurante. Había intentado con todas sus fuerzas que él no se diera cuenta de lo recta que se movía, pero las horas que había pasado en la silla de montar no le habían hecho ningún bien a sus costillas rotas. Se sentó con cuidado en la silla que Falkner le estaba sujetando y agradeció cuando él se sentó frente a ella.

–¿Y bien? –carraspeó ante su silencio.

–Buenas noches a ti también, Falkner –contestó ella con evidente sarcasmo–. ¿Puedo decirte lo guapo que estás esta noche?

–Tú también estás radiante –repuso él, sin impresionarse–. Siempre lo estás. Pero también te mueves como si te hubiera pasado una apisonadora por encima.

–Gracias –dijo ella, que por dentro reconocía que en efecto estaba muy guapo, con un elegante traje oscuro hecho a medida y una camisa del mismo tono azul de sus ojos.

–De nada –replicó él secamente–. Bueno, ¿qué has estado haciendo?

–Cosas. ¿Crees que podría pedir un agua con gas?

–Voy a pedir vino.

–Tengo que conducir –rechazó ella–. El agua con gas estará bien.

–¿Tienes que conducir? –repitió él después de pedir dos aguas con gas a un camarero que pasaba–. ¿Te has comprado un coche desde ayer?

–No exactamente –evitó contestar ella–. Pero tengo transporte. Creo que dijiste que teníamos que hablar de algunas cosas…

–¿Te importa si pedimos la comida antes?

–Claro –aceptó ella, que sintió aquello como un ligero tirón de orejas.

Tomó la carta y se la puso delante, mientras maldecía a Falkner por parecer tener siempre el control de la situación y aprovecharse.

Dado que no había estado muy segura de aceptar la invitación, Skye pensó que sería mejor que tuviera una auténtica razón para hacerle ir.

–Has dejado el hotel –le dijo Falkner en cuanto hubieron pedido.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Te he llamado antes, y Margaret me ha dicho que te fuiste ayer.

En efecto, se había marchado el día anterior, y, aunque la vivienda del establo no tenía tantos lujos como el hotel, además de no tener calefacción, al menos iba incluida con su nuevo empleo. Por la noche, mientras se ponía unos calcetines para meterse en la cama, había decidido que los pobres no podían elegir.

–¿Y? –replicó ella suavemente.

–Y te has ido del hotel –repitió él, intencionadamente.

–¿Adónde quieres llegar, Falkner? –se impacientó ella.

–Quiero llegar a que es obvio que sigues por la zona.

–¿Y?

–Skye –suspiró él–, por si no lo has notado, ésta es una comunidad muy pequeña. Antes o después alguien me va a decir dónde te alojas, así que podrías darme tú la información.

–¿Y privarte del gusto de escuchar los cotilleos?

–Yo no escucho los cotilleos, Skye –le advirtió–, pero Belinda sí. Y puedes estar segura de que entonces mi hermanita me pasará la información, lo quiera o no.

–Entonces, ¿por qué no te esperas a ver cuánto tarda en llegarte esa información?

–Skye…

–Creo que lo que importa aquí es por qué me has llamado antes –lo cortó–. ¿Tú no?

Falkner pareció querer discutir aquello, pero justo entonces llegó el primer plato y esperó hasta estar solos otra vez.

–El abogado de tu padre me ha vuelto a llamar esta mañana; quiere vernos cuanto antes.

Sólo podía haber un motivo por el que el abogado quisiera verlos, y era para leer el testamento. La sola mención le aguó la cena a Skye, como si no hubiera tenido bastante, y, para retrasar más el momento de la verdad, agarró una tostada y se untó paté, a pesar de haber perdido el apetito de repente.

Aquello la desoló, pues, aparte de que le doliera todo el cuerpo

tras un penoso día de trabajo, había sentido que aquel nuevo empleo era un paso hacia delante, y la mención del abogado la había devuelto a su pesadilla.

–No entiendo por qué tiene que verme. Mi padre puso todo el dinero que tenía para pagar a los acreedores de O'Hara Whiskey. No le quedaba dinero cuando… cuando murió.

–La empresa no tenía dinero –corrigió Falkner.

–Es lo mismo.

–En realidad, no. Aunque tengas razón hasta cierto punto.

–¿Y qué punto es ése?

–Skye, hace unos años, antes de todo el lío de tu tío, tu padre y yo nos metimos en algunas operaciones financieras, para nuestro mutuo beneficio.

–¿En serio? –preguntó ella, pues su padre nunca le había contado nada de aquello.

–En serio.

–Aunque sea verdad –comenzó ella, pues no sabía si creerlo, pues sospechaba que podría tratarse de algún otro acto de caridad, aunque no lograba imaginar cuál–, ¿cómo puedes estar seguro de que no lo reinvirtió en O'Hara Whiskey?

–Estoy seguro –le aseguró él.

Skye lo examinó. Parecía lo suficientemente tranquilo, con la mirada fija en la de ella, aunque también provista de cierta cautela, que le inducía a pensar que había algo más.

–Falkner, acabas de decirme que el abogado quiere vernos a los dos –se dio cuenta.

–Eso he dicho.

–¿Y bien? –le animó a seguir, al ver que no decía nada más.

–Skye, ¿qué edad tienes?

–¿Qué tiene eso que ver con nada? –se exasperó.

–Bastante, la verdad.

–Pues dímelo tú, Falkner –suspiró.

–Tu cumpleaños es en febrero, ¿verdad?

–¿Cómo lo sabes?

–Lo debió de mencionar tu padre –contestó él con un encogimiento de hombros–. Febrero, ¿cierto?

–Cierto –confirmó ella con cautela.

–Es lo que pensaba –asintió él–. Skye, en su testamento tu padre

metió todo el dinero que sacó de esas inversiones conmigo en un fondo fiduciario para ti para cuando cumplieras veinticinco años.

–¿Hizo eso? –pestañeó ella.

–Hizo eso –aseveró él con media sonrisa–. Dentro de siete meses vas a heredar ese dinero.

Nombró una suma de dinero que, tras los seis espantosos meses que habían pasado su padre y ella, dejó sin habla a Skye. Le parecía increíble que su padre hubiera hecho todo aquello sin decirle una sola palabra. También le pareció algo más.

–Lo sabía, ¿verdad? –dijo, lentamente–. Que, por mucho que lo intentara, O'Hara Whiskey se iría a pique –le explicó ante la mirada dubitativa de Falkner–. Lo sabía y me aseguró el futuro.

–Visto en perspectiva, ahora puedo decir que sí, que es exactamente lo que hizo. Cuando hizo el testamento yo no tenía ni idea, claro, pero ahora que conozco la relación de tu tío con la caída de O'Hara Whiskey, estoy seguro de que Connor hizo ese fondo para ti, con dinero completamente aparte de la empresa, para no arruinar tu vida también.

Skye sintió un pinchazo en los ojos. Incluso después de muerto, su padre seguía cuidando de ella. Pero ella habría dado todo aquello por tenerlo a su lado.

–Skye –gimió Falkner al ver las lágrimas que le corrían por las mejillas, y se apresuró a agarrarle la mano–. Todo va a salir bien.

Pero ella no lo creía; nada volvería a estar bien puesto que él nunca volvería, por mucho que se hubiera preocupado por su futuro. Y llorar delante de Falkner tampoco le iba a facilitar las cosas. Se soltó la mano para limpiarse las lágrimas y se estiró.

–¿Dónde está la trampa, Falkner? –le preguntó, mirándolo desafiante a los ojos.

–¿La trampa?

–¿Qué tienes que ver tú en todo esto? –inquirió, forzando una sonrisa–. Aparte de que mi padre te confiara lo de mi fondo, para empezar.

Todavía le resultaba extraño, aunque lo cierto era que no había dejado de sorprenderse aquellas últimas semanas ante la profundidad de la amistad de su padre con Falkner.

–Como ya te he dicho, el dinero está en un fondo hasta que cumplas los veinticinco años. Skye, el fondo tiene dos

administradores –soltó por fin, pues ella seguía observándolo sin hablar–. Por evidentes razones legales, el abogado de tu padre es uno…

–Y tú eres el otro –cayó de repente.

Vio en el rostro de Falkner que tenía razón, vio mientras él mantenía la vista en la mirada acusadora de ella, que aquello era exactamente lo que le estaba intentando decir. Falkner era su administrador, lo que equivalía a ser su guardián, su guardián financiero, o al menos uno de ellos.

Se preguntó por qué, entre toda la gente, su padre habría elegido a Falkner, un hombre al que ella ni siquiera había visto en seis años, por no hablar de algo más. Pero la razón era obvia, porque su padre confiaba en él. Una cosa sí que sabía, y era que el amor de su padre hacia ella era absoluto y que la felicidad de su hija era su principal preocupación en la vida. Aun así, nunca le había hablado del fondo fiduciario que le había abierto en su testamento, por no hablar de que había puesto a Falkner Harrington como uno de los administradores. Supuso que sería porque su padre esperaba que nunca hubiera hecho falta que lo supiera. Después de todo, todavía era un hombre joven y había luchado hasta el final por salvar su reputación; no podía saber que iba a morir poco antes del vigésimo quinto cumpleaños de Skye. También sabía que la conocía lo suficiente como para saber que ella odiaría la idea de siquiera pensar en que hubiera hecho tal previsión para ella, y lo que implicaba.

–Lo soy –le confirmó Falkner con un suspiro.

–Genial. Sencillamente genial –masculló ella.

–Me doy cuenta de que no estás muy entusiasmada con la idea de la administración, Skye, pero…

–No puedes ni imaginarte lo poco entusiasmada que estoy, Falkner –lo cortó.

La idea de no volver a verlo ya le dolía, pero la idea de estar atada a él por su control financiero y él atado a ella por lo mismo, le resultaba inaceptable.

–Creo que me atrevo a sugerir algo. Mira, Skye, no tenía por qué haberte dicho nada de esto hoy, podía simplemente…

–Claro que sí. Porque sabías exactamente cómo habría reaccionado de haberlo oído directamente del abogado.

–¿Por qué no lo miras por el lado bueno, Skye? Son sólo otros siete meses, y entonces podrás repetirme todo lo que puedo hacer con mi amistad.

No quería decirle lo que podía hacer con su amistad, pues era precisamente el hecho de que fuera sólo amistad lo que se lo hacía tan insoportable. Si tan sólo sintiera un poco del profundo amor que ella sentía por él, todo sería muy distinto.

–Estoy deseando que llegue. Creo que no voy a comer más –dijo, y retiró su plato.

–No comer no te va a resolver nada.

–¿Preferirías que me pusiera enferma en el restaurante?

–Preferiría que te comieras la comida.

–Como una niña buena.

–No sé por qué dudo que alguna vez lo hayas sido. De hecho, recuerdo perfectamente que eras bastante precoz a los dieciocho años.

–Ya no era una «niña buena» a los dieciocho –reaccionó ella, sintiendo el calor en las mejillas al recordar lo que había sucedido entre ellos hacía seis años.

–¿No? –se burló él alzando una ceja.

–¡No! –exclamó ella–. Bueno, ¿cuándo se supone que voy a ver a ese abogado?

–Cuándo se supone que *vamos* a ver al abogado –la corrigió él.

–No veo por qué tienes que estar presente. Total, ya sabes lo que hay en el testamento de mi padre.

–Lo cual es precisamente por lo que tengo que estar allí.

–No puedo creer esto –masculló ella–. ¿En qué estaba pensando mi padre?

–En ti –contestó Falkner, sin dudarlo.

La rabia de Skye se desinfló como un globo, y se dejó caer débilmente en la silla. Fuera lo que fuera lo que pensara ella de la situación, y por muy inaguantable que le resultara tener a Falkner como su administrador durante los siete meses siguientes, sabía que su padre sólo había actuado como había creído que era mejor para ella, y el hecho de que ella no sintiera lo mismo respecto a su elección no era culpa de su padre.

Nunca le había confesado a su padre lo que sentía por Falkner, y por ello nunca podría haber imaginado lo mucho que ella odiaría

tener que depender de él de aquel modo.

–Sí –admitió–. ¿Cuándo te gustaría que fuéramos?

–Yo había propuesto mañana por la tarde, a las cuatro. ¿Te parece bien?

–O sea, que nos has concertado una cita con el abogado mañana a las cuatro en punto.

–Sujeta a tu aprobación, por supuesto –asintió él.

–Por supuesto –se burló ella, mientras lo meditaba en su mente.

Si la jornada del día siguiente se parecía a la de aquel día, debería tener un par de horas libres por la tarde antes de dar de comer por segunda vez a los caballos a última hora. Tenía claro que no iba a pedir un día libre en su segundo día.

–Sí, creo que a las cuatro me vendrá bien. Si no, te avisaré.

–Skye, necesito saber…

–No tienes derecho a preguntármelo –le advirtió suavemente, adivinando que iba a volver a preguntarle dónde se alojaba ahora.

–No estoy de acuerdo.

–Entonces tendremos que estar en desacuerdo, ¿no crees? Puede que seas mi administrador, Falkner, pero eso no te da ningún derecho sobre el resto de mi vida.

–No me lo estás poniendo fácil, Skye –suspiró él.

–No creo que esto vaya a ser fácil para ninguno de los dos, pero no me cabe duda de que nos arreglaremos.

–No hay duda de que tendremos que hacerlo. ¿Sabes? No creo que Connor pretendiera que fuera así.

–Probablemente –concedió ella, consciente de que su padre no podía tener la menor idea de lo que odiaría aquella dependencia de Falkner. Él puso una mano sobre la de ella.

–¿No podemos tratar de ser amigos, Skye? –preguntó con voz ronca.

Ella no comprendía cómo podrían ser amigos cuando ella quería mucho más.

–Antes no éramos amigos –le espetó ella, soltándose–, así que, ¿por qué tendríamos que serlo ahora?

–¿Por tu padre?

Ella tragó saliva y lo miró llena de dolor.

–Eso no es justo, Falkner.

–Puede ser –concedió él–. Pero piénsalo, ¿vale?

Skye tuvo mucho tiempo de pensarlo durante la noche en vela que pasó que siguió a aquella velada. Una parte de ella estaba eufórica por no haber roto por completo su relación con Falkner, pero otra estaba consternada por ese motivo.

Había otra cosa que le preocupaba, algo en los últimos días que le preocupaba pero al mismo tiempo se le escapaba, algo que Falkner había dicho o hecho que no acababa de encajar. Pero, con todos los otros pensamientos que la bombardeaban, no podía pensar en qué era.

Capítulo 11

Sabía que eras una imprudente, pero no me había dado cuenta de que estabas loca.

Skye había dejado caer el cubo de agua que llevaba nada más oír la voz de Falkner detrás de ella, y se volvió a él, mirándolo acusadoramente mientras el agua le empapaba los pantalones y las zapatillas.

–¿Tienes que acercarte siempre sigilosamente a mí? Me recuerdas a Houdini.

–¿Qué demonios te crees que estás haciendo? –preguntó él, irritado, y se aproximó a ella.

–¿A ti qué te parece que estoy haciendo? –protestó ella, y se agachó a recoger el cubo–. Tendré que llenarlo otra vez.

Estaba irritada, pero sabía que parte de su irritación se debía al hecho de estar tan cerca de él. Falkner estiró el brazo y le quitó el cubo.

–No lo creo –le dijo con dureza.

–¿Ah, no? –replicó ella, asombrada ante el tono autoritario de él.

No sabía qué estaba haciendo Falkner en el establo donde ella trabajaba, aunque podía hacerse una idea. De alguna forma se habría enterado de dónde se alojaba, y era obvio que no le había agradado. Tanto que ni siquiera había podido esperar las cuatro horas que faltaban hasta que se volvieran a ver para decirle lo poco que le gustaba.

–No, no lo creo –repitió él–. ¿Estás completamente loca, o sólo a medias?

–Creo que sólo a medias –respondió ella–, pero no estoy segura.

–Yo sí –aseguró él, y colocó el cubo a un lado antes de volverla a mirar–. ¿Has olvidado que hace dos semanas te rompiste las costillas?

Por supuesto que no lo había olvidado; le resultaba imposible. Al levantarse aquella mañana le dolía todo el cuerpo, no sólo las costillas, y le había costado mucho levantarse, ducharse y vestirse.

El dolor del resto del cuerpo se había calmado al empezar con las tareas del trabajo, pero el de las costillas era peor.

–¿Qué tiene eso que ver?

–¡Todo! –estalló Falkner–. Por el amor de Dios, Skye, anoche te dije que no tenías que trabajar…

–No me dijiste eso –negó ella, casi tan enfadada como él–. Si te refieres al fondo fiduciario, no tendré veinticinco años hasta dentro de siete meses, ¿recuerdas?

–Pero como tus administradores, Peter Bryant y yo estamos autorizados para administrar tu dinero hasta que tengas veinticinco años.

–¡Bueno, pues nadie me lo había dicho!

De no ser por la diferencia de alturas, en aquel momento se habrían quedado cara a cara, los dos furiosos, con las mandíbulas apretadas y los ojos centelleantes de ira. Falkner pareció ver lo divertido de la situación segundos después que Skye, y torció la boca intentando contener la sonrisa, y algo de la tensión desapareció cuando suspiró.

–Así que no te lo dijeron, ¿eh? –admitió–. Bueno, pues así es. Y lo haremos. Hablaremos de ello cuando nos veamos hoy a las cuatro. Mientras tanto, ¿por qué no recoges tus cosas…?

–¿Perdona? –lo interrumpió ella, frunciendo el ceño.

–Que recojas tus cosas. Ya he hablado con James y no le importa que te vayas enseguida…

–¿Que has hablado con James Hurley? –repitió Skye, pues ni siquiera ella había hablado con el dueño de los establos, sólo con el gerente.

–Ya te dije que ésta es una comunidad pequeña. James y yo nos conocemos desde hace años.

–Bueno, estoy segura de que eso os agrada mucho a los dos, pero, ¿qué tiene eso que ver con que yo trabaje aquí?

–Le he explicado a James la situación…

–¿Qué situación? –lo cortó ella.

Hasta entonces nadie del establo parecía haberla reconocido como la hija de Connor O’Hara que tanto había aparecido en los periódicos, y si lo habían hecho, no habían dicho nada.

–Que has tenido un accidente de coche hace poco, por supuesto. No soy un insensato.

–¿No?

En aquel momento, estaba demasiado enfadada como para importarle lo insultante que estaba siendo; enfadada con Falkner por buscarla hasta allí, consigo misma por sentir otra vez ganas de llorar, y sobre todo porque sabía que no quería más que lanzarse a los brazos de Falkner, besarlo y que él la besara hasta perder el sentido.

Por fuera, podía parecer que estaba furiosa con él por lo que parecía su despotismo al decirle a James Hurley que ya no trabajaría allí, pero lo que le resultaba más insoportable era que por dentro ella ya había llegado a la misma conclusión. Ya se había dado cuenta de que todavía no estaba físicamente preparada para aquel trabajo.

Falkner había tomado aire profundamente ante su insulto y se había quedado pálido.

–No –confirmó él, con voz tensa–. Skye, ¿estás intentando matarte adrede?

–No, claro que no –ahora fue ella quien se puso pálida.

–¿Qué crees que te va a pasar si se te mueve una de esas costillas y te perfora un pulmón? –le dijo con dulzura–. ¿Qué pasa si estás sola en el establo cuando eso ocurra? ¿Y qué pasaría si…?

–Vale, vale, ya lo capto –se exasperó, de nuevo porque sabía que tenía razón.

–Bien. Ahora, ¿vas tú a por tus cosas o quieres que vaya yo?

–Creo que ya te has ocupado de mis cosas demasiado, gracias –rechazó ella, que aún se avergonzaba al recordar cómo él le había recogido sus pertenencias del hotel de Londres, sobre todo la ropa interior–. Yo recogeré mis cosas. Y si no te molesta, me gustaría volver al hotel.

–No –contestó él sin dudar.

–¿Qué quiere decir no? –preguntó ella, deteniéndose en su camino fuera del establo.

–Exactamente lo que he dicho. Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones, puedes quedarte conmigo o…

–No voy a quedarme contigo –lo interrumpió ella.

–¿Por qué no?

–¡Porque no! –logró decir, impaciente, pues la razón era que no soportaba estar cerca de él, sintiendo lo que sentía.

–Lamento que sientas eso. A lo mejor te parece más aceptable la segunda opción. Belinda y Charles estarían encantados de tenerte en su casa hasta que encuentres algo.

Una vez más, sintió una punzada de lágrimas por la amabilidad que había hallado en la familia Harrington. Por ello, intentó controlarse ante lo que consideraba un despotismo arrogante por parte de Falkner, pues también sabía que él actuaba por bondad, si no hacia ella personalmente, por el afecto que había sentido hacia su padre. Sentía que también Belinda y Charles habían sido demasiado amables con ella.

–Y eso por no hablar de que los niños están locos con la idea de que te quedes con ellos.

Ella sonrió al pensar en ellos, y consideró que quizá la inocencia de Jemmy y Lissa, su gusto por la vida, podría ser lo que le hacía falta en aquel momento.

–¿Me tomo eso como un sí a la segunda opción?

–Sí.

–Bien. Ahora ¿podemos irnos?

Ella se quedó mirándolo. Cuando había llegado le había parecido que estaba tenso por la esperada oposición a su propuesta, pero ahora pensaba que quizá había otra razón, y era que hasta hacía tres años los establos, el bullicio, el inconfundible olor de los caballos, había sido su mundo.

–Sí, claro –aceptó enseguida.

–¿Me he perdido algo? –Falkner no trató de ocultar su sorpresa ante el repentino consentimiento.

–No que yo sepa. Aunque no lo creas, no soy tan irrazonable.

–Tendré que creer en tu palabra –murmuró él mientras cerraba la puerta del establo tras ellos–, porque hasta ahora no he visto muchas pruebas de ello.

–A lo mejor no has buscado lo suficiente.

–¿Alguna vez te quedas sin palabras? –se rió él.

–Ya te lo dije, raramente –contestó ella enseguida.

–Te esperaré en el todoterreno mientras recoges. Ah, casi se me olvida –dijo él, y se sacó un sobre del bolsillo–. Es tu sueldo, Skye; me lo ha dado James antes para que te lo diera.

–Gracias –respondió ella, y tomó el sobre, su primer sueldo, aunque fuera sólo de un día.

–Por lo visto eres muy buena. James me ha dicho que si alguna vez quieres volver lo llames.

Skye se sintió halagada. A pesar de haber estado incómoda, había disfrutado trabajando con los caballos y le agradaba saber que se habían apreciado sus esfuerzos.

–Lo cual, por supuesto, no vas a hacer –añadió Falkner con firmeza.

–¿No lo voy a hacer? –preguntó ella, sorprendida.

–Skye, con el dinero que recibirás dentro de siete meses, puedes tener tu propio establo.

–¡Ah! –asintió ella lentamente, ocupada en guardarse el sobre en el bolsillo.

En realidad, estaba evitando la mirada penetrante de Falkner, pues le parecía demasiado astuto como para dejarle ver sus sentimientos en sus expresivos ojos.

–¿Skye? –la llamó, y ella lo miró con expresión deliberadamente inocente–. ¿Qué estás tramando?

–¿Tramando? ¿Se puede saber qué te hace pensar que estoy tramando algo? –repitió, con voz confundida, aunque se dio cuenta de que había sonado demasiado inocente.

–Te recuerdo que tengo una hermana pequeña.

–Y muy simpática –repuso enseguida ella–. Belinda y Charles son muy amables al ofrecerme quedarme con ellos.

–Les has caído muy bien a todos.

–Ellos a mí también –convino ella, aunque sabía que no lo había conseguido distraer–. ¿No deberíamos darnos prisa si tengo que instalarme, ducharme y cambiarme antes de ir al abogado? –le alentó, al ver que él seguía parado, mirándola con el ceño fruncido.

–Skye.

–¿Sí?

–¿Qué no me estás contando?

–No tengo ni idea de qué estás hablando –agitó ella la cabeza, mirándolo a los ojos.

–Hay algo. ¿Has vuelto a ver a Paul Barclay? –le preguntó de pronto.

–¿A Paul…? ¡Ah!, te refieres al veterinario que conocí en la barbacoa. No, claro que no.

–¿Tienes intención de volver a verlo? –insistió él.

–No que yo sepa –respondió ella, encogiéndose de hombros.

No comprendía cómo había surgido aquella conversación. Paul Barclay le había parecido un chico muy agradable y simpático, además de atractivo, pero no tenía ninguna intención de tener una relación con él; de hecho, con nadie. No se iba a quedar en aquella zona el tiempo suficiente para ello. Miró a Falkner inquisitivamente.

–Era amigo de tu mujer, ¿no? –sondeó en voz baja.

–Uno de tantos –repuso él, que se había puesto tenso–. Y ni uno solo significaba nada para ella. A Selina le gustaba tener más de un admirador al tiempo –explicó, con sorna–. Barclay estaba muy abajo en su lista de intereses, me temo.

–Bueno, no tengo intenciones de volverlo a ver –aseguró ella, pensando en que, sin embargo, había sido ella la que se había divorciado diciendo que había «otra mujer»–. Voy a por mis cosas y nos vemos en el coche.

En el camino a la vivienda del personal, Skye se preguntó si Falkner todavía estaría enamorado de Selina. Había estado muy seguro el otro día cuando le había asegurado a su hermana que nunca volvería a casarse, y se preguntó si sería porque aún estaba enamorado de su ex mujer.

Una cosa sí que tuvo segura en aquel momento, y era que cuanto antes se alejara de aquel lugar, y de Falkner, mejor para ella.

Capítulo 12

No!

Falkner no dijo nada más, no dio más explicaciones, simplemente no. Skye echaba humo y lo fulminó con la mirada, mientras se le encendían las mejillas.

–Estaba hablando con el señor Bryant –le dijo, furiosa.

–No me importa con quién estés hablando. La respuesta sigue siendo no.

Los dos estaban sentados en la oficina de Peter Bryant, y el pobre hombre parecía perplejo ante el antagonismo que de repente parecía haber estallado en su normalmente tranquila oficina.

Skye había averiguado diez minutos antes, al llegar a la oficina, que Peter Bryant era el abogado inglés de su padre, el socio mayoritario de Bryant, Bryant y Ogilvie, un hombre alto y delgado cercano a los sesenta años, con pelo canoso y ojos marrones y amables.

Aunque aquellos ojos estaban completamente perplejos en aquel momento, lo cual no era de extrañar, pues, una vez pasada la cortesía preliminar, Skye le había dicho al abogado que necesitaba un adelanto de su fondo para poder regresar a Irlanda, y Falkner había interrumpido la conversación de un modo implacable.

–Sin duda es razonable que la señorita O'Hara quiera volver a Irlanda, ¿no? –comentó el abogado–. Aunque sólo sea para organizar sus asuntos –añadió mirándola y sonriendo.

–Si fuera ésa la razón por la que quiere volver, sería perfectamente razonable –aceptó Falkner, que iba vestido con un traje oscuro, camisa blanca y corbata gris–. Pero no es ésa la razón, ¿verdad? –añadió, sin dejar de mirarla fríamente a los ojos. Era demasiado astuto. Skye respiró profundamente.

–Yo…

–La verdad, Skye –le advirtió Falkner en voz baja–. Puede que Peter no te conozca tan bien como yo, pero puedo asegurarte que no le va a gustar cuando descubra que le has mentido sobre por qué

quieres el dinero.

–¡Es mi tío, Falkner! –se defendió ella.

En un principio había pretendido hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudar a su tío cuando tuviera el dinero, pero se había dado cuenta de que entonces sería demasiado tarde, y el comentario de Falkner de que podía obtener un adelanto le había parecido caído del cielo. Salvo porque Falkner sabía para qué quería el dinero.

–Es mi tío –repitió, con voz ronca–. Podría utilizar ese dinero para ayudarlo…

–¿Y crees que es para lo que tu padre quería que lo utilizaras?

Probablemente no, admitió ella, pues según le había contado Falkner, había abierto aquel fondo al saber lo del desfalco de su tío. Pero al mismo tiempo estaba segura de que su padre no podía haber esperado que se quedara sentada mientras su tío iba a la cárcel sin al menos intentar ayudarlo. Se puso recta y levantó la cabeza con decisión.

–Mi padre habría esperado que hiciera lo correcto.

–Sí –convino Falkner, cuya expresión se relajó–. Igual que esperaba que yo también hiciera lo correcto.

–Mi padre nunca te perdonaría que permitieras que su hermano fuera a la cárcel sin al menos luchar.

Falkner se la quedó mirando unos segundos antes de girarse al otro hombre.

–Peter, ¿puede leer la última disposición del testamento de Connor?

–Por supuesto –aceptó, y se puso corriendo las gafas.

El pobre hombre parecía contento de al fin tener algo oficial que hacer después de todo el estallido de emociones al que se había visto expuesto.

–«Por último, lego a mi buen amigo Falkner Harrington todas mis acciones de modo que pueda venderlas y utilizar las ganancias para ayudar a mi hermano, Seamus O'Hara, en caso de necesidad» –leyó, y miró por encima de las gafas a Skye–. Ése debe de ser el tío al que se refería.

–Sí –confirmó ella, sin poder mirar a Falkner; debía haber sabido que su padre no habría abandonado a su hermano.

–Ya nos hemos hecho cargo de eso –le informó tranquilamente

Falkner–. Ya hay contratado un abogado que represente a tu tío. Tu padre ya había pagado lo que había podido y la venta del patrimonio y otros activos deberían hacerse cargo del resto. Teniendo todo eso en cuenta, unido al hecho de que fue tu tío quien se entregó a la policía y confesó, el abogado cree que la condena no será muy grave.

Skye sintió un gran alivio al oír aquello, pero al mismo tiempo no pudo evitar preguntarse por qué no se lo había dicho antes.

–En las actuales circunstancias, ¿todavía desea la misma cantidad de dinero, señorita O'Hara? –preguntó Peter Bryant.

–Sí.

–No.

Skye miró a Falkner con el ceño fruncido cuando contestaron al mismo tiempo.

–Sea aquí o en Irlanda voy a necesitar dinero para comprar una casa y para mantenerme hasta que decida lo que voy a hacer con mi vida.

–Y yo creo que es demasiado pronto para que tomes ese tipo de decisiones.

–¡No lo era para pedirme matrimonio! –declaró ella, exaltada.

Ahí estaba de nuevo, ese «algo» que persistía en lo más recóndito de su mente, ese «algo» que no encajaba, ese «algo» que no conseguía entender, que no tenía sentido.

–No importa; olvida que he dicho eso –dijo ella, impaciente, y se agachó para recoger el bolso antes de ponerse de pie–. Tendré que volver a verlo en otro momento, señor Bryant. Me temo que ahora mismo no puedo pensar correctamente.

–Exacto –concluyó Falkner, que también se levantó.

–Tú eres la principal razón de que no pueda pensar correctamente –le dijo, con expresión afligida–. Dices una cosa y haces otra, y yo… –se detuvo de pronto, al quebrársele la voz–. Tengo que salir de aquí.

Se giró y salió disparada por la puerta. Tal y como había imaginado que haría, Falkner la alcanzó en la calle, pero ello no le impidió retorcerse cuando él la agarró de la cintura para llevarla hasta el coche. Ella se volvió y apoyó la cabeza contra su hombro mientras las lágrimas le recorrían las mejillas.

–No se está poniendo más fácil, ¿eh? –murmuró dulcemente

Falkner, que se detuvo junto al coche para abrazarla.

Skye negó con la cabeza, deseando poder quedarse para siempre a salvo en los brazos de Falkner.

–¿Sabes? Todo esto podría ser algo menos doloroso si dejaras de pelear conmigo –le susurró en la nuca–. ¿Todavía no te has dado cuenta de que no haría nada para dañarte?

–Sí, lo sé. Es sólo… –dijo, y agitó la cabeza–. No entiendo…

–Es muy pronto, Skye –la reconfortó él–. Y por lo que acabas de decir en la oficina, yo no te he ayudado a hacerlo menos confuso al pedirte que te casaras conmigo. Olvida que lo haya dicho, ¿quieres?

Aquello no la hacía sentirse mejor, porque si Falkner hubiera repetido la proposición de matrimonio en aquel momento habría aceptado y simplemente esperado que algún día la correspondiera.

–Claro –dijo, y se separó de él, sin poder mirarlo–. ¿Podemos volver a casa de Belinda? Necesito estar un tiempo sola.

–No creo que tengas mucha oportunidad con los terribles mellizos –bromeó él, mientras abría la puerta, y, una vez ella en su asiento, rodeó el coche para ponerse al volante.

Sin embargo, no era tiempo alejada de los mellizos lo que ella necesitaba, o de Belinda y Charles; era Falkner el que siempre la ponía en aquel estado de confusión.

Belinda y Charles no pudieron haber sido más acogedores cuando llegaron a la casa, y la mujer la acompañó a la habitación en la que se quedaría para que pudiera cambiarse.

–Es preciosa –Skye contempló agradecida la habitación decorada en tonos oro y crema, con incluso un jarrón de flores para darle la bienvenida–. De verdad es muy amable por vuestra parte…

–No, Skye –la interrumpió Belinda, y le apretó un brazo–. Estamos encantados de tenerte aquí.

–Gracias de todas formas.

Los dos hombres estaban sentados tranquilamente con un vaso de whisky en la mano cuando las mujeres se reunieron con ellos en el salón, y Falkner se levantó.

–¿Va todo bien? –le preguntó a Skye.

–Bien –asintió ella, sin querer devolverle la mirada.

–Bien –sonrió él–. Voy a la cocina para ver a los niños antes de

irme –le dijo a Belinda, y dejó el vaso vacío.

–Creía que te ibas a quedar a cenar –comentó su hermana, extrañada.

–Es una buena idea, Belinda, pero creo que Skye ya me ha visto bastante por hoy.

En otras circunstancias, Skye sabía que nunca habría querido que se marchara, pero tampoco quería ser responsable de echarlo de la casa de su propia hermana.

–Quédate, Falkner –lo animó.

Él la miró con cautela, pero al final negó con la cabeza.

–No, si no os importa. De todas formas tengo que hacer algunas llamadas –añadió enseguida al ver que Belinda iba a protestar.

–Te acompaño a la puerta –se ofreció Charles, poniéndose de pie.

Falkner le dio un beso a su hermana en la mejilla y miró a la pálida Skye.

–Te llamo mañana –le dijo.

Ella no sabía qué decir. Una parte de ella quería que se quedara, pero la otra sabía que por el momento no tenían nada más que decirse.

–Perdona, Skye –se disculpó Belinda cuando las dejaron solas–. No sé qué le pasa últimamente a los modales de Falkner.

–No es culpa suya –lo defendió enseguida ella–; es mía.

–No seas tonta.

–Lo es –insistió–. Falkner no necesita todo esto en su vida.

–Skye, tu padre era su amigo.

Sólo entonces estaba empezando a comprender lo buenos amigos que debían de haber sido, y la pérdida que suponía también para Falkner.

–Sí, pero esta situación es complicada, por decirlo suavemente –declaró con una mueca–. Y me temo que yo no he ayudado mucho esta tarde al soltar delante del abogado que Falkner me había pedido que me casara con él.

Skye se dio cuenta enseguida que lo acababa de volver a hacer cuando Belinda parpadeó aturdida ante aquel descubrimiento.

Capítulo 13

Skye…

–No te lo tenía que haber dicho –añadió ella enseguida, con un gesto de vergüenza–. Supongo que no puedo pedirte que te olvides de que lo he dicho.

–No, claro que no –le aseguró Belinda riéndose, obviamente recuperada del shock–. ¿De verdad Falkner te ha pedido que te cases con él?

–Sí, pero sólo porque me tiene lástima –se apresuró a explicar.

–Tonterías –contestó ella sin dudarlo.

–Pero es verdad –repuso Skye, parpadeando ante aquella seguridad.

–Tonterías –repitió la otra mujer–. Puede que le dé lástima la situación, pero puedo asegurarte que ésa no es razón suficiente para empujarlo a hacer una proposición de matrimonio. Supongo que es mucho esperar que hayas dicho que sí.

–¡Claro que no he dicho que sí! –contestó ella sin poder creerlo–. En realidad, Falkner no quiere casarse conmigo. Ya te lo he dicho, sólo me tiene lástima.

–Y yo creo que te he dicho que eso son tonterías. Dos veces.

–Sí, pero no tengo ni idea de por qué piensas eso –dijo; ahora era ella la aturdida.

–Pues por varias razones, la verdad. Dime, Skye, ¿cuándo os conocisteis de verdad?

–Creía que ya lo sabías; vino al hospital a la semana del accidente.

–No, no digo esta vez –la apremió Belinda–. ¿Cuándo os conocisteis la primera vez?

–Hace seis años –contestó ella sin dudar.

Exactamente seis años, seis meses y cinco días. Podría contar hasta las horas.

–Eso pensaba –dijo, y se miró el reloj–. Me temo que ahora tengo que ayudar a los niños con los deberes, y luego bañarlos y

acostarlos. Pero volveremos a hablar de esto –le aseguró–. Quiero mucho a mi hermano, pero a veces es tan idiota.

Skye no pudo evitar reírse, pues le resultaba extraño oír a alguien expresarse en esos términos del seguro de sí mismo Falkner Harrington que ella conocía. Y amaba.

–Mientras esperas, a lo mejor te gustaría echarle un vistazo a esto –sugirió la otra mujer, mientras rebuscaba en un armario, de donde sacó un álbum de fotos–. No te preocupes, no soy una madre devota a punto de aburrirte con docenas de fotos de su prole –se rió Belinda ante la expresión aturdida de Skye–. Es que hay algunas fotografías aquí que podrían resultarte interesantes. Mientras tanto, estás en tu casa. Llévatelo si quieres a la cocina y prepárate un café. Charles y yo bajaremos en una hora o así. Lo que importa recordar es que Falkner te conoció antes –añadió, enigmática, y se fue corriendo.

Skye fue lentamente a la cocina, cuya rusticidad encontró encantadora mientras se movía por ella para hacerse el café, retrasando el momento de sentarse a la mesa de roble para abrir el álbum. Estaba segura de que habría varias fotografías de Falkner, y también de que, con lo que lo amaba, una fotografía no supliría al hombre de carne y hueso por el que se moría.

Las primeras páginas fueron lo suficientemente inocuas; varias fotos de los niños de bebés sonriendo a la cámara. Las siguientes eran fotos de familias o de parejas, y la primera foto de Falkner no apareció hasta casi la mitad del álbum. Estaba muy formal con un traje, con Charles a su lado igual de elegante con un traje similar, y los dos llevaban claveles en el ojal. Se dio cuenta de que se trataba de una boda, la boda de Falkner.

Aunque las fotos estaban tomadas desde el punto de vista de Belinda, centradas en los niños, la familia Harrington y por supuesto Charles y Falkner, Skye estaba convencida de que las fotos eran de la boda de Falkner con Selina. Le temblaban las manos cuando dejó el álbum sobre la mesa, y se quedó mirándolo fijamente como si fuera una serpiente a punto de morderla. Se preguntó por qué haría Belinda algo así, pues había creído que le caía bien a la hermana de Falkner, y ella debía saber que le disgustaría ver las fotos de aquella boda.

Aunque luego se preguntó por qué debía saberlo, si ella misma

le había ocultado sus sentimientos hacia Falkner a todo el mundo, incluido a su adorado padre. Aun así, le parecía algo muy extraño por parte de Belinda.

Tragó saliva. Una vez superado el primer impacto, la curiosidad empezó a ocupar su lugar, y Skye se preguntó si sería lo que Belinda había imaginado. Estaba empezando a aprender que no debía subestimar a la aparentemente nada complicada Belinda.

Tomó el álbum despacio y, al pasar la página, se enfrentó a la primera foto de los novios juntos andando por el pasillo tras la ceremonia. Aquello la enganchó y empezó a pasar las hojas cada vez más rápido, apareciendo ante ella la verdad que Belinda le había querido contar. Ya no le extrañaba que tanto ella como Paul Barclay la hubieran confundido con Selina, pues a juzgar por su cara podían haber sido hermanas, incluso gemelas.

Selina era más alta que Skye, pues le llegaba a Falkner por la barbilla mientras ella tan sólo le alcanzaba los hombros. Selina era también mucho mayor que ella; en las fotos tendría unos veintitantos años, y también tenía las curvas voluptuosas que ella tanto había deseado cuando era más joven, pero los dos rostros, los ojos azules, los rasgos, hasta el pelo castaño cobrizo eran prácticamente idénticos.

Entonces se preguntó qué significaba aquello; aún más, qué pensaba Belinda que significaba. Se apoyó en el respaldo sin retirar la vista de las fotografías. Un año después de su desastroso encuentro, Falkner se había casado con una mujer que podía haber sido su doble. Aunque sólo físicamente, porque por lo poco que había deducido de lo que otras personas habían dicho sobre su personalidad, las semejanzas terminaban ahí, pues si hubiera sido ella la afortunada de casarse con él nunca habría mirado a otro hombre.

Se giró de golpe al oír que alguien entraba en la cocina y vio a Belinda en la puerta con la cabeza ladeada, interrogante. Skye tragó saliva, todavía confusa por su parecido con Selina, y aún más confusa respecto a por qué Belinda había creído que debía ver aquello. También sabía que debía encontrar las respuestas, y sólo había una persona que pudiera responderlas. Se mojó los labios secos, habiendo olvidado por completo el café.

–Ya sé que ha dicho que tenía que hacer unas llamadas, pero,

¿crees que Falkner estará en casa esta noche? –le preguntó con voz ronca.

–Estoy segura. ¿Qué razón tendría para salir? –le confirmó Belinda, y Skye se levantó de golpe–. Llévate la ranchera –le ofreció al tiempo que le daba las llaves–. ¿Estarás bien conduciendo tú?

–Sí –le aseguró Skye mientras agarraba las llaves–. Podría estar a punto de hacer el mayor ridículo de mi vida, ¿comprendes? –añadió, cada vez más nerviosa.

–No lo creo –le aseguró Belinda, negando con la cabeza.

Skye sólo podía esperar que tuviera razón, y que ella tuviera razón también en las conclusiones que había sacado.

–Toma; llévate esto –le dijo Belinda, y le dio una bolsa–. Es una lana que me pidió la señora Graham para hacerles unos jerseys a los niños. Es una excusa débil, pero es algo.

–Eres la mejor hermana del mundo –le agradeció Skye, abrazándola.

–¡Díselo a Falkner! –se rió la otra mujer.

–Creo que ya lo sabe.

–Buena suerte.

Skye tenía la sensación de que la iba a necesitar.

Entregarle la lana a la señora Graham no supuso ningún problema, aunque en efecto a ella le sorprendió que condujera hasta allí sólo para eso. Skye había entrado a propósito por la puerta de atrás para no alertar a Falkner de su presencia.

–¿Eso es para Falkner? –le preguntó al ama de llaves, que estaba preparando una bandeja.

–Dice que no tiene hambre. No come nada últimamente, pero he pensado que a lo mejor come algo de sopa casera y pan si se lo pongo delante.

–¿Le importa que se lo lleve yo? –le pidió, tras preguntarse cuánto tiempo sería «últimamente»–. De todas formas tengo que hablar con él de unas cosas.

–Es menos probable que te grite a ti –asintió ella, con una sonrisa maliciosa.

–Yo no estaría tan segura –comentó ella, y agarró la bandeja.

–¡Anda! –bromeó la mujer–. Está en su estudio.

A Skye le desapareció la sonrisa en cuanto salió de la cocina con la bandeja, y sus nervios aumentaron a medida que se acercaba al estudio. No sabía qué le iba a decir, pues no podía soltarle directamente que había cambiado de opinión respecto a su propuesta de matrimonio. De repente cayó. Era aquello, la proposición de matrimonio, lo que había estado en su mente los últimos días. Sus pasos fueron más decididos ahora, pues ya sabía exactamente cuál iba a ser su primera pregunta.

La puerta estaba entreabierta, por lo que pudo observarlo unos segundos sin que se diera cuenta. Tenía un gesto desolado más que severo, la mirada perdida en la ventana, detrás de su mesa, la cara pálida de tensión, y las arrugas de su boca y sus ojos parecían más profundas que la primera vez que lo había vuelto a ver hacía una semana.

Entonces comprendió que, si ella no había sido feliz en aquellos días, a Falkner tampoco le había ido mucho mejor. Tomó aire para conseguir reunir el valor para aquella confrontación con él. No pudo llamar a la puerta porque tenía las dos manos ocupadas, así que la abrió con la pierna y entró.

–La señora Graham ha pensado que a lo mejor te apetecía un poco de sopa –anunció.

Le satisfizo ver la conmoción de Falkner ante su inesperada aparición en su despacho. Aunque fue una expresión muy breve, porque enseguida controló sus emociones y se incorporó en la butaca para mirarla con los ojos entreabiertos.

–¿Qué haces aquí?

–Ya te lo he dicho, traerte sopa.

–No me refería a eso, y lo sabes.

–Sin embargo, te he traído sopa. La señora Graham dice que no comes últimamente.

–¿Eso dice?

–Eso dice –asintió ella, mucho más segura por fuera que por dentro, pues le temblaban las piernas y las manos–. ¿Te importa que me siente?

–Cómo no. También te puedes tomar la sopa, si quieres.

–No, gracias. Yo también me he quedado sin apetito de repente.

Falkner continuaba observándola con el ceño fruncido; no parecía tranquilizarle lo que veía en el rostro de Skye.

–Todo esto es muy agradable, Skye –masculló, con evidente impaciencia–. Pero, ¿no deberías estar sentada a la mesa con Belinda y Charles?

–Es probable –asintió ella, deseando poder leer algo en su gesto; un pequeño atisbo de placer por su inesperada presencia allí la ayudaría con aquella conversación–. Pero hay algo que quería preguntarte.

–Y no podía esperar a mañana.

–No, no podía –se irritó ella, fulminándolo con la mirada. No se lo ponía fácil.

–¿Y bien? –la alentó él al ver que se quedaba callada.

Skye se humedeció los labios mientras se preguntaba, ahora que ya estaba frente a Falkner, si Belinda no estaría equivocada y si ella no estaba a punto de quedar en ridículo. Sin embargo, se dijo que no tenía nada que perder y no se le iba de la cabeza la inconsistencia del momento escogido por Falkner para la proposición de matrimonio. Tomó aire y se obligó a mantenerle la mirada. No tenía nada que perder, pero, si tenía razón, tenía todo que ganar.

–Falkner, ¿por qué me pediste que me casara contigo?

En aquel momento se alegró de no haberle retirado la mirada, pues de otro modo se habría perdido el repentino fuego que se encendió en los ojos de Falkner, un fuego enmascarado enseguida por la expresión anterior. Fue ella la que abrió los ojos esperando su respuesta.

Capítulo 14

Falkner se levantó agitado. Se había cambiado el traje por unos vaqueros gastados y una camisa azul, y se le notaba más la incomodidad de la pierna mala, reflejo de su agotamiento. Aquella evidencia le llegó a Skye al corazón, y tuvo que esforzarse para no decir nada, pues sabía que tan sólo sería una invitación a un comentario cortante por parte de Falkner.

–¿Y bien? –inquirió al fin como había hecho él antes.

–Estoy seguro de que es obvio por qué. Además, ya hemos zanjado eso.

–Yo no –le espetó ella–. Y no es nada obvio, Falkner; al menos, no para mí. Cuando me lo pediste, estaba convencida de que había sido por lástima, porque me acababa de quedar sin padre y sin dinero.

–Y era eso –confirmó él con impaciencia.

–¡Tonterías! –repitió el comentario de Belinda–. Vale, admito que lo primero podía ser cierto, pero desde luego lo segundo no. Y, como mi administrador, sabías que no lo era.

Aquél era el «algo» que persistía en su subconsciente, el «algo» que no encajaba, el «algo» que había estado demasiado triste como para encontrarle el sentido hacía cuatro días, el «algo» para el que desesperadamente necesitaba respuesta.

–Yo... –empezó Falkner–… Tú…

–¿Sí? –lo animó ella, tensa, aunque tranquilizada por haberle dejado sin palabras.

–¿Alguna vez has pensado en ser abogada? Porque desde luego tienes el estilo de un fiscal.

–No –negó ella, decidida a no dejarle cambiar de tema–. Ahora, ¿te importa responder a mi pregunta?

–He olvidado cuál era.

–¿Por qué me pediste que me casara contigo?

–¿Por qué crees tú que te lo pedí? –repitió él, con las manos en los bolsillos.

–Si lo supiera no estaría aquí preguntándote.

Skye se preguntó si el motivo de que no quisiera contestarle era el que ella esperaba. Entonces él tomó aire.

–Lo quieras creer o no, sí que sentía lástima por ti. No sólo por tu padre, también por lo de tu tío. Quería… –se detuvo, y empezó a respirar agitadamente–. ¡Quería cuidar de ti!

–¿Por qué?

–Porque estabas sola, por mi amistad hacia tu padre, por…

–¿También te casaste por eso con Selina? –lo cortó Skye con decisión, y también se puso de pie para estar frente a él–. ¿O te casaste con ella porque era como yo?

Ya estaba dicho. Ahora sólo deseaba que no estuvieran equivocadas Belinda y ella. Falkner se quedó de piedra y se puso pálido.

–¡Selina no se parecía en nada a ti! –gritó él–. ¡En nada!

Skye retrocedió ante la vehemencia de su tono, pues no sabía si quería decir que ella era mucho mejor que Selina o al contrario. Aquella incertidumbre la dejó parada en su sitio, mientras Falkner se acercaba a ella y la agarraba de los brazos.

–¿Por qué me preguntas eso, Skye? –inquirió, desolado, agitándola ligeramente.

–¿No lo sabes? –preguntó ella, con lágrimas en los ojos–. ¿De verdad no lo sabes, Falkner?

Él se puso rígido y apretó la mandíbula.

–Dímelo –le pidió con voz ronca.

–Te lo pregunto por una niña de casi dieciocho años que se enamoró de ti hace seis años –soltó–. Te lo pregunto por una mujer de casi veinticinco años que sigue enamorada de ti.

–¡Dios santo! –gimió Falkner, mirándola incrédulo, y le apretó más los brazos hasta hacerle daño–. Skye.

–¡Falkner! –repuso ella, dejando manar las lágrimas.

–¿Me quieres? –preguntó él con voz ronca.

–Siempre te he querido. Y siempre te querré.

–¡Dios santo! –repitió dolorido y la abrazó con fuerza–. ¡Skye! –exclamó, con la cara en el cabello de ella.

No estaba equivocada. Ella le abrazó por la cintura, sintiendo cuánto lo amaba. Falkner se separó un poco, le tomó la cara con las manos y la miró.

–Eres tan valiente como una leona. No estoy seguro de que yo hubiera podido hacer lo que tú acabas de hacer –le explicó con la voz quebrada ante la mirada atónita de ella–. Pero no sabes cuánto me alegro de que lo hayas hecho –añadió fervientemente, y la besó en los labios–. Te quiero, Skye O'Hara. Siempre te he querido. Siempre te querré –repitió sus palabras.

–Oh, Falkner –gimió ella–. ¡Cuánto tiempo hemos malgastado!

–Pero ya no más –declaró firmemente–. Cásate conmigo, Skye. Cásate conmigo y llena mi vida.

–Con mucho gusto –le aseguró, y abrió los labios cuando Falkner empezó a besarla.

Se sentía en casa. No quería estar ni en Irlanda ni en Inglaterra, sino en cualquier sitio donde estuviera él. Se apretó aún más a Falkner y los dos cuerpos se fundieron en uno.

–Has dejado que se te enfríe la sopa –comentó Skye un rato después, sentada en el regazo de Falkner–. No le va a gustar a la señora Graham –bromeó.

–La señora Graham me perdonará cuando sepa que vas a ser mi esposa –contestó él, sonriendo, y jugando con el pelo de Skye. Entonces dejó de sonreír y la apretó con fuerza entre sus brazos–. Nunca voy a dejarte ir, ¿te das cuenta?

–A partir de ahora –repuso ella, mirándolo con gesto de sueños cumplidos–, te va a costar ir a cualquier sitio sin mí. «En la riqueza y en la pobreza» y todo eso.

–Y todo eso –repitió él–. Sólo me siento vivo cuando tú estás cerca, Skye. Siento que sólo he existido estos últimos seis años y medio.

–¿Los últimos seis años y medio? Pero, Falkner…

–Me enamoré de ti la primera vez que te vi –admitió, tembloroso–. Por supuesto traté de negarlo, incluso a mí mismo. Después de todo, no tenías ni dieciocho años y yo ya era un curtido treintañero –reconoció–. La sola idea era ridícula, era lo que me decía, e incluso que debía de ser senilidad prematura. No podía haberme enamorado de alguien que acababa de conocer, y menos de una niña como tú.

Skye le acarició la cara, regodeándose de la libertad de poder

tomarse aquella confianza.

–Pero lo habías hecho –le dijo con dulzura.

–Oh, sí –asintió él–. Después de tres semanas de infierno, en que intenté negar la verdad incluso a mí, y en las que llegué a perder tres competiciones seguidas, me di cuenta de que no estaba más que perdiendo el tiempo. ¿Por qué crees que te mandé a Tormenta si no era por la esperanza de volver a saber de ti, aunque sólo fuera para preguntarme por qué había cambiado de opinión?

–No tenía ni idea –respondió ella, mirándolo con incredulidad–. Y yo estaba tan aturdida por su llegada, y tan confundida por haberme enamorado de ti, que ni siquiera te escribí una carta de agradecimiento.

–No. Pero de todos modos me alegré de que te quedaras con Tormenta; esperaba que alguna vez te acordaras de mí, para bien.

–No he pensado en otra cosa que en ti estos seis años. Cuando vi lo de tu compromiso en el periódico, y luego la boda, creí que me iba a morir.

–¡Oh, Skye! –exclamó él, y hundió el rostro en el cuello de la joven, respirando su perfume y su calor como un hombre que hubiera estado a punto de ahogarse–. Casarme con Selina fue el mayor y el más egoísta error de mi vida –confesó, y levantó la cabeza–. La conocí en alguna fiesta de Belinda. Lo único que de verdad vi en ella fue lo que se parecía a ti. Lo único que quería ver, creo. Ya estábamos en la iglesia firmando en el registro cuando por fin me di cuenta de lo que estaba haciendo, que la mujer que tenía a mi lado era una extraña. Para entonces, ya era tarde.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Skye ante el carácter definitivo de aquellas palabras, aunque el hecho de que Belinda y ella hubieran tenido razón en su suposición no consiguió aliviar su tristeza por Selina y Falkner. En las circunstancias que él le estaba describiendo, era imposible que aquel matrimonio hubiera tenido éxito.

–Fui totalmente injusto con Selina –continuó Falkner–. ¿Es raro que, con lo que te he descrito, buscara a otros hombres en busca del amor y la atención que yo nunca pude darle? Lo intenté, Skye, lo intenté de verdad, sabía que le debía a Selina intentarlo y hacerlo funcionar. Pero no sirvió de nada. Ya estábamos más o menos separados cuando tuve el accidente, y, dadas las circunstancias,

pensé que era mejor dejarle divorciarse de mí. Ahora está felizmente casada de nuevo y con un niño.

–Había rumores… Se decía…

–¿Que había otra mujer? Eras tú, Skye; ya te lo he dicho, siempre has sido tú.

–¿Le hablaste a Selina sobre mí?

–No hacía falta. Entre marido y mujer no hay cabida para tales secretos –negó él, y suspiró–. No la quería, Skye, no podía. Nuestro matrimonio fue una farsa desde el principio.

Skye no podía decir nada, sólo mirarlo fijamente ante el significado de todo aquello.

–Puedo ser muchas cosas –concluyó Falkner–, y mi comportamiento respecto a Selina fue despreciable, pero tras los primeros meses comprendí que no podía seguir viviendo una mentira.

Ahora le parecía increíble a Skye que el matrimonio hubiera durado tanto. Pero sabía perfectamente lo que Falkner quería decir sobre lo de que fuera una mentira fingir que le importara otra persona. Era precisamente por sentirse así por lo que siempre había dicho que nunca se casaría. Si no era con Falkner, no quería estar con nadie más.

–Fue un infierno, Skye –continuó él ante el silencio de ella–. Vivía con una mujer pero estaba enamorado de otra. Creo que fue un alivio para los dos cuando al fin se rompió del todo. Si no hubiera sido por Connor…

–¿Mi padre sabía todo esto?

–No que estaba enamorado de ti, pero me ayudó mucho en aquel momento de mi vida, y como consecuencia de aquello nos hicimos muy buenos amigos. Pero puedes imaginarte el horror de tu padre si alguna vez le hubiera confesado que era de su adorada única hija de la que estaba enamorado.

Skye no estaba tan segura de que a su padre le hubiera horrorizado. Después de todo, lo había elegido a él, de toda la gente, para que fuera uno de los administradores de su hija. Pensó que quizá si hubiera habido más tiempo, si no hubiera muerto, habría sido él el que, en su propio estilo inimitable, hubiera intentado juntarlos. A Skye le gustó creerlo.

–Claro que me habría gustado que las cosas fueran distintas –

suspiró Falkner–, pero después del accidente, la larga convalecencia y el divorcio, mi situación era horrible. Dejando a tu padre a un lado, no había forma de que se me hubiera ocurrido nunca pedirte que te casaras conmigo, un hombre tan mayor, inválido y divorciado.

–No me habría importado –le aseguró ella.

–Pero yo no lo sabía. Skye, los últimos tres años han sido un infierno. Después de todo lo que había pasado con mi vida, creía que no tenía ninguna posibilidad contigo. Una vez me preguntaste por qué, si era tan amigo de tu padre, no me habías visto en los seis últimos meses –suspiró cuando ella asintió–. Acuérdate de que te dije que estabas equivocada, que sí lo había visto, y te había visto también a ti.

–Sí –asintió ella, tragando saliva al recordar aquella conversación.

–Hace tres meses estabas en Londres con él y fuiste a recogerlo después de una reunión en un hotel. Yo era la persona con quien se había reunido, y os observé por la ventana cuando os encontrasteis en la calle.

Skye comprendió que por eso no había demostrado sorpresa cuando la había visto tan cambiada en el hospital, mucho más delgada y con el pelo corto. Ya la había visto.

–En los tres últimos años te he visto cinco veces en circunstancias similares.

–Falkner, creo que te equivocas respecto a que mi padre no supiera que estabas enamorado de mí. Desde luego no tenía ni idea de lo que sentía yo por ti, pues siempre me había esforzado por ocultárselo, pero no creo ni por un momento que no hubiera comprendido de quién estabas enamorado tú. Me habló de ti muchísimas veces, y todas ellas fui yo la que cambió de tema, para dar la sensación de que no estaba en absoluto interesada en ti.

Estaba convencida de que su padre aprobaba sin reservas a Falkner como su posible marido, y estuvo más segura que nunca, después de lo que Falkner le acababa de decir, de que su padre nunca hubiera confiado el futuro de su hija a un hombre en quien él no tuviera plena confianza. En todos los aspectos.

–Seguro que ahora mismo está en algún sitio sonriendo ante la conveniencia de todo esto –continuó, con voz ronca–. Así que te lo

voy a volver a preguntar, Falkner –le dijo, y lo miró intensamente–. ¿Por qué me pediste que me casara contigo el viernes?

–Porque te quiero más que a mi vida, porque pensé que a lo mejor podría convencerte para que te casaras conmigo en un momento de debilidad. Porque pensé que una vez casados algún día podría persuadirte para que me quisieras. Porque la idea de que te fueras de mi vida una segunda vez era más de lo que podía soportar. Porque…

–Ya es bastante –lo calló ella poniéndole los dedos en los labios–. Me casaré contigo, pero sólo porque todo lo que me acabas de decir podría decirlo yo también respecto a ti. No te imaginas lo tentada que estuve de aceptar tu proposición con la esperanza de que algún día me amaras. ¿No es maravilloso que ya nos queramos? –le preguntó, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad.

–Maravilloso.

Skye y Falkner se besaron como si nunca quisieran parar, mientras Skye le daba las gracias mentalmente a su padre, donde quisiera que estuviese.

Epílogo

Qué haces?

Skye se volvió sonriendo a Falkner cuando él le preguntó desde la puerta del establo.

Aquel último año casada con Falkner había sido el más feliz de su vida. Casi nunca se separaban y disfrutaban de sus silencios juntos tanto como de sus charlas o las salidas graciosas que eran habituales en su relación. También disfrutaban de su vida sexual. Falkner no había mentido al decir que la lesión de su pierna no se le notaba en posición horizontal.

Skye lo abrazó por la cintura cuando él llegó hasta la casilla de Tormenta.

–Le estaba explicando a Tormenta que no lo montaré durante una temporada.

–¿Y eso?

Falkner parecía sorprendido, pues sabía lo que disfrutaba Skye con sus paseos diarios sobre Tormenta, a menudo acompañada de él con su yegua; el semental parecía haber aceptado que aquel hombre era un accesorio permanente de su dueña. Al menos ya no intentaba morderle.

–Sí –sonrió Skye tímidamente–. Claro que también le he explicado que es sólo hasta que nazca el niño.

Contuvo el aliento cuando lo miró para estimar su reacción ante la noticia. Los dos eran tan felices y disfrutaban tanto de la vida juntos que nunca habían tratado el asunto de los niños. Skye llevaba dos semanas con la sospecha, hasta que una visita al ginecólogo confirmó que iban a tener un bebé en primavera.

De camino a casa, Skye fantaseaba con si sería un niño, con el pelo rubio y los rasgos de Falkner, o una niña, con su propio pelo rojo ardiente.

–¡Skye! –exclamó Falkner entusiasmado, y la abrazó con fuerza, aunque enseguida la soltó al ver que la estaba aplastando–. ¿Es cierto? ¿Estás segura?

–Lo está el médico, lo cual es más importante –dijo, relajándose en sus brazos.

–Nunca pensé... todavía me cuesta creer... –balbuceó Falkner, y negó con la cabeza–. Skye, nunca pensé que podría ser más feliz de lo que ya soy, pero esto… ¿Tú estás contenta?

–Encantada –le aseguró, sin dudarlo–. No puedo imaginar nada más fantástico que tener un hijo contigo.

–Yo tampoco –convino él, y la volvió a abrazar–. Si es niño lo llamaremos Connor, como tu padre.

Skye volvió a dar las gracias a su padre mentalmente. Le agradecía haberle dado a Falkner, y haberle dado a ella a Falkner.